

En torno a la **IDENTIDAD CULTURAL**

Adriana Mercedes Ortiz Blanco
Pedro Manuel Tejera Escull
(compiladores)



En torno a la **IDENTIDAD CULTURAL**

Adriana Mercedes Ortiz Blanco
Pedro Manuel Tejera Escull
(compiladores)



Ediciones UO

Edición: Nora Nuñez Gollot
Maquetación: Carlos Manuel Rodríguez García
Diseño de cubierta: Adrian Amed Garcia Jardines
Imagen de cubierta: Federico Americo, *La carreta* (fragmento),
Museo Nacional de Bellas Artes, Cuba

© Adriana Mercedes Ortiz Blanco y Pedro Manuel Tejera Escull, 2022
© Sobre la presente edición:
Ediciones UO, 2022

ISBN: 978-959-207-689-1

EDICIONES UO

Patricio Lumumba s/n, Altos de Quintero
Santiago de Cuba, Cuba
e-mail: edicionesuo@gmail.com
redes sociales: www.facebook.com/edicionesuo
página web: <https://ediciones.uo.edu.cu>

Este texto se publica bajo licencia *Creative Commons Atribucion-NoComercial-NoDerivadas* (CC-BY-NC-ND 4.0). Se permite la reproducción parcial o total de este libro, su tratamiento informático, su transmisión por cualquier forma o medio (electrónico, mecánico, por fotocopia u otros) siempre que se indique la fuente cuando sea usado en publicaciones o difusión por cualquier medio.

Prólogo

La riqueza de la diversidad del género humano se expresa en el fenómeno de la identidad. Unidad de lo diferente y diferenciación de lo único, la identidad es un proceso que se construye en el tiempo; es no solo la singularidad del sujeto, sino también la asunción de la misma por él y el reconocimiento por “el otro”. En la identidad se refleja lo que el sujeto acepta de lo heredado, junto a elementos que él selecciona de su pasado, de su presente y de presunciones futuras.

El libro *En torno a la identidad cultural* es una compilación de trabajos seleccionados y ordenados escrupulosamente que nos introduce en el análisis de este complejo fenómeno de la identidad en una gama amplia de relaciones y matices que invitan a la reflexión. Los autores participantes, investigadores de la Universidad de Oriente y de la Casa del Caribe de Santiago de Cuba, nos presentan resultados sólidos, algunos elaborados durante mucho tiempo y que han constituido parte de proyectos de maestrías y doctorados; otros introducen novedosos análisis que encontrarán en este espacio su primera socialización importante.

Los diecisiete trabajos compilados están agrupados en tres partes. La primera compendia aquellos que se conceptualizan como estudios de la identidad y la cultura. Aportan los razonamientos teóricos necesarios a la comprensión de los textos incluidos. La segunda parte analiza la identidad en su contexto, agrupa siete trabajos que analizan el condicionamiento histórico de la identidad cubana, la haitianidad en su relación con esta y en un planteamiento más amplio con la cultura caribeña, la cuestión de la problemática racial. También se introduce la cuestión de la cultura ambiental, así como aspectos tales como el mercado de vírgenes en el poblado de El Cobre como manifestaciones de aspectos del proceso identitario.

En la tercera parte se incluyen cinco trabajos que enfocan la identidad y la cultura desde diversas miradas. En común poseen la clara intención

de develar la diversidad de contextos, planos y dimensiones en los cuales se producen los complejos y contradictorios procesos identitarios.

Rodríguez Bencomo abre el libro con una “Aproximación a la teoría de la identidad”. Aborda diferentes ángulos del concepto, destaca rasgos, proyecciones del debate en torno a la identidad cultural, por un lado, desde el ángulo de la comunicación entre las culturas y, por otro, desde la mismidad o integridad sistémica del sujeto de la cultura. Igualmente, enfatiza en el portador de la identidad como premisa para cualquier análisis. En alguna medida, estos elementos teóricos encuentran reflejo en algunos de los capítulos y epígrafes subsiguientes.

En el segundo trabajo “Identidad cultural. Más allá de un concepto” se analiza la diversidad de matices en la comprensión de la identidad cultural, la génesis histórica y espacial del concepto, las mediaciones que se expresan en su contextualización, así como la multidimensionalidad de su contenido. Neris Rodríguez Matos y Jessica Torres Rodríguez declara su intención al pretender una contribución a la sistematización de los estudios acerca de la identidad cultural de los pueblos.

Por su parte, María del Carmen Rodríguez López en “Desafíos de la identidad frente a la diversidad cultural” acomete el esclarecimiento de la relación entre diversidad cultural, pluricultura, multicultural e intercultural. Asimismo, aporta nuevos matices a los análisis conceptuales. Se puntualiza la relación cultura-ética y la comunicación intercultural. Se define la diversidad como la verdadera riqueza en la identidad cultural. El estudio en este epígrafe de la comunicación intercultural plantea un nexo con el contenido del precedente.

En “Autoconciencia, cultura e identidad”, Adriana Mercedes Ortiz Blanco nos introduce en nuevos ángulos del contenido de estos conceptos. Afirma que la identidad debe ser descubierta, pensada. El texto da continuidad y amplifica la dimensión del análisis conceptual que se despliega en este apartado del libro.

El artículo “Cultura histórica, memoria histórica e identidad. Retos y desafíos” de Aimé Teresa Ortiz Blanco, Jorge Montoya Rivera y María de los Ángeles Reyna se aproximan a la identidad analizando el papel que en esta desempeña la formación histórica como recurso interpretativo para la comprensión de los problemas actuales.

En tanto, “Costumbres, tradiciones, memoria histórica, patrimonio e identidad: ¿exigencias o necesidades de existencia?” de Náyade Caridad Reyes Palau enfatiza en el carácter relacional de la identidad cultural.

En esta dirección, evalúa el papel de las tradiciones, las costumbres y el patrimonio, aportando nuevos elementos al análisis del proceso identitario. En síntesis, opina que este constituye un mecanismo para la consolidación de la cubanía.

En la segunda parte del libro se analiza la identidad en diversos contextos. Sin pretensiones abarcadoras, la evalúa en el ámbito de las naciones cubana, haitiana y caribeña, en sentido general; así como, en la cultura popular tradicional, en la problemática racial, en el desarrollo comunitario y en el carnaval santiaguero.

Las “Reflexiones acerca de nuestra identidad nacional” de Rosalía Díaz Suárez se acercan, desde la relación nacionalidad-identidad en Cuba, a una parte importante de los múltiples factores históricos, psicológicos, lingüísticos, ideológicos, étnicos y geográficos que incidieron en el proceso de formación de la identidad nacional. En este propósito, alude a la transculturación y el mestizaje en su aporte a la diversidad y originalidad del cubano. Se considera la nociva influencia de algunos procesos asociados al turismo; así como vestigios de la vulgarización en la creación artística como distorsiones para contrarrestar actualmente. Por tal motivo, apela a la necesidad de defender la originalidad y autenticidad de la cultura nacional en su relación con la identidad del cubano.

Por un lado, Orlando Vergés Martínez en “La haitianidad en el contexto de la cultura popular tradicional cubana” considera la identidad como sentimiento y comportamiento. Al determinar los rasgos que conforman la haitianidad, es decir, cubanidad exacerbada, nostalgia, y evocación de Haití, contaminación cultural, uso del creole y estabilidad grupal interna, reflexiona acerca de la influencia de esta en la cultura popular tradicional cubana.

Mientras que Yolanda Corujo Vallejo en “Factores influyentes en la formación de las culturas caribeñas” explica el complejo proceso de formación de la cultura caribeña. La autora enfatiza la diversidad de origen cultural, la transculturación, el sistema de economía de plantación, la dominación colonial como los factores más notables que generaron una deculturación, junto a una contracultura de parte de los oprimidos que contribuyó a la afirmación del “yo” caribeño. Se afirma que la identidad caribeña es el reconocimiento de la síntesis racial y cultural, característica de la región.

Más adelante, Maricelys E. Manzano García introduce en “Identidad y problemática racial” otro de los matices del análisis a partir de los

tipos de identidad, según los grupos portadores, para enfocar la identidad racial, con sus singularidades en Cuba. Se considera que la identidad racial es uno de los resultados de la subjetividad humana y un elemento indispensable para el autorreconocimiento del ser humano.

El artículo “Cultura ambiental, identidad y desarrollo comunitario” de Bertha Nudis Ferrer Hechavarría, Luisa Carrión Cabrera y Celia Sánchez Ferrer realiza un planteamiento interesante de la cultura y su apropiación por los sujetos. A tal efecto, establecen una relación entre el problema ambiental, la comunidad y su desarrollo. Para ellas, en los paradigmas dominantes de la economía actual, los elementos asociados a la protección del ambiente no están contemplados, por tanto, se exige una cultura ambiental que contribuya a transformar este estado de cosas, a lo cual contribuiría el despliegue de la educación ambiental. El sujeto portador de la identidad en este caso es la comunidad.

En “Identidad contemporánea en El Cobre: el marcado de vírgenes” Kenia Dorta Armaignac distingue el papel de la artesanía en la configuración de la identidad de los cobreros. El análisis se realiza a partir de la interrelación entre tradición, memoria colectiva y la experiencia social. Se considera que lo simbólico, asociado a las producciones artesanales, desempeña un papel importante en la conformación de la identidad actual de ese poblado santiaguero donde la minería marcó importantes momentos en la historia de sus habitantes.

La tercera parte agrupa otros cinco trabajos. Resultan aproximaciones a la identidad y la cultura a partir de las ideas de notables pensadores. También se incluyen reflexiones acerca de la simbiosis de la identidad y la cultura, concretada en el patrimonio, que conecta perfectamente con las esencias de los análisis precedentes a través del libro.

Vivian Cherdys Noblet Valverdede plantea en “Connotación de la concepción de Fernando Ortiz en el proceso de identidad cultural cubana” la relación de la identidad con la cubanidad. Muestra las concepciones y el papel de Fernando Ortiz en la cuestión, señala cómo este pensador quebró los prejuicios en torno a la contribución africana a la cultura cubana, temática silenciada hasta ese momento. En esa línea incorpora la concepción de cubanidad y la idea del “ajiaco” que él señalara. Se destacan en los estudios del antropólogo el componente negro y su aporte a la idea de la transculturación en la conformación de la identidad nacional.

Adelsa Martínez Labañino describe la trayectoria de “Felipe Martínez Arango y la conservación del patrimonio”, su accionar como promotor de la memoria histórica y como ferviente e incansable protector del patrimonio local, a lo cual consagró su activa vida profesional. Martínez Arango luchó por identificar la contribución de Santiago de Cuba a la nacionalidad cubana, y en sus obras escritas se estimula el sentimiento patriótico y la afirmación de la identidad nacional.

Sobre el roceso de forja de la identidad nacional Lídice Duany Destrade nos presenta, “Suzy Castor. Haití, historia y destino”. A partir del estudio del pensamiento de esta prominente intelectual se destaca el papel de la unidad como necesaria consecuencia de los procesos identitarios. Aquí se sostiene la idea de que no siempre las peculiaridades llevan a la excepcionalidad. Asimismo, se señala que la indignación actual hay que transformarla en algo positivo y convertirla en fuerza para la lucha.

Un “Acercamiento al pensamiento identitario de Gérard Pierre-Charles” nos ofrece Carmina Pérez Pelipiche, quien reconoce la identidad como expresión de la diferencia. La autora indaga en la identidad caribeña a partir de la relación entre lo que nos une y lo que nos separa respecto al resto de América Latina. Según el análisis, Gérard Pierre-Charles identifica regularidades en la conformación de los procesos identitarios caribeños, impactados por las relaciones socioeconómicas, políticas y culturales entronizadas en el tiempo. Se destacan dos importantes consideraciones: por un lado, se produce una desidentificación de las clases poseedoras con la identidad, al tiempo que se refuerza la defensa de esta en los sectores populares desposeídos; por el otro, se destaca en el plano de las dimensiones que en la identidad regional se busca lo común, mientras que en la nacional lo que se exige es el cambio.

Al final de la tercera parte, Pedro M. Tejera Escull y Maricelys E. Manzano García presentan “Reflexiones sobre la identidad racial y el patrimonio en Cuba”, quienes afirman que la identidad racial en la Isla posee rasgos particulares que podrían, en algún momento como parte del patrimonio inmaterial de la nación, ser significativos en el autorreconocimiento del cubano, la evaluación del progreso alcanzado y servir de modelo para otras naciones en circunstancias semejantes. Aquí, en el centro del análisis está la relación entre identidad, cultura y patrimonio.

En todos los razonamientos, independientemente de su variedad, se aprecian elementos conceptuales comunes. Los autores comparten una cosmovisión única en términos filosóficos. La estructura en tres partes

ordena de alguna forma el variado panorama reflexivo que pretende develar la diversidad de contextos, planos y relaciones que se producen en los complejos procesos identitarios.

Con este libro se contribuye al análisis en torno a la naturaleza y alcances de la identidad de los sujetos, su conformación y orientación espacio-temporal. Al mismo tiempo, se rinde homenaje a dos de los autores ya fallecidos: José Antonio Escalona Delfino y Jorge Montoya Rivera, quienes aportaron con su trabajo pedagógico e investigativo importantes resultados científicos a la Universidad de Oriente durante muchos años, y con sus experiencias influyeron decisivamente en la formación de muchos de los autores de la presente edición.

El lector encontrará en las páginas del libro juicios con los cuales disentir, pero otros con los cuales coincidir. El lenguaje es sencillo y directo. A todos los artículos les unen los conceptos identidad, cultura y patrimonio, los cuales en variadas aproximaciones dialogan y revelan reflexiones que contribuyen a la interpretación de aspectos actuales de la praxis social. No se trata de una novedad publicitaria, porque sobre el tema de la identidad han aparecido diversas publicaciones en estos años; pero sí contiene un posicionamiento claro acerca de uno de los problemas de la sociedad cubana, compartido además con otros pueblos de la región del subcontinente.

Puede concluirse, entonces, que los razonamientos en torno a la identidad no están agotados, ni se agotan con esta propuesta, la cual podrá tener el mérito de promover nuevos y sustanciosos análisis en torno al proceso identitario en sus múltiples dimensiones.

Dr. C. Pedro Manuel Tejera Escull

Universidad de Oriente, marzo 2021

Parte I
**Conceptualizando la identidad
y la cultura**

Aproximación a la teoría de la identidad

Dalia de Jesús Rodríguez Bencomo

En torno al concepto de identidad

El término identidad es ambiguo y son múltiples los fenómenos que abarca. Disímiles disciplinas operan con él y, por tanto, la arista de percepción varía. Antes de precisar el punto de partida teórico de la autora, y con el propósito de visualizar, tanto lo difícil que resulta asir la esencia de este fenómeno, como resaltar determinados elementos en común de estas valoraciones, brevemente se destacan algunos de los conceptos de identidad expuestos desde el pensamiento filosófico y aquellos planteados en la actualidad.

Aristóteles consideraba la identidad como unidad o definición de la sustancia, y afirmaba que:

[...] en sentido esencial, las cosas son idénticas del mismo modo en que son unidad, ya que son idénticas cuando es una sola su materia (en espacio o en número) o cuando su sustancia es una [...] la identidad de cualquier modo es una unidad, ya sea que la unidad se refiera a pluralidad de cosas, ya sea que se refiera a una única cosa, considerada como dos, como resulta cuando se dice que la cosa es idéntica a sí misma.¹

Esta definición a pesar de los matices en el tratamiento que hace de la identidad, se mueve en el contexto discreto de dos significados: lo diferente y lo igual. La identidad relacionada con lo diferente y con lo igual recibe especial tratamiento en el ámbito de la filosofía clásica alemana con Fichte, Shelling y Hegel. Este último continuará desplegando la comprensión de la identidad como unidad o definición de la sustancia desarrollada por Aristóteles, “[...] hasta presentar la esencia como

¹ Aristóteles: *Metafísica Polínica*, Instituto del libro, La Habana, 1968 p. 136.

identidad consigo mismo, y la identidad como coincidencia o unidad de la esencia consigo misma”.² Pero en un plano dialéctico, a partir del reconocimiento del vínculo orgánico que existe entre la unidad y la diferencia: “Precisamente, es Hegel quien expone la identidad en la diferencia, lo concreto como síntesis de múltiples determinaciones y la mediación de las partes opuestas”.³

Para Hegel la identidad se define solo por oposición a la diferencia y viceversa: “[...] todo lo que existe muestra en él mismo que en su igualdad consigo es desigual y contradictorio y que a pesar de su diferencia y contradicción es idéntico consigo mismo...”.⁴

La filosofía marxista, en especial Lenin⁵ continúa la línea de análisis hegeliana, pero sobre bases materialista-dialécticas, resaltando el carácter concreto de las identidades y la coexistencia en una misma realidad de la semejanza, la diferencia y su devenir recíproco, como transición de una determinación a otra.⁶

Puede concluirse que, a pesar de la variedad de matices y de problemas gnoseológicos u ontológicos a los que responde la demarcación de los límites de este fenómeno, se registra en el pensamiento filosófico occidental como aspecto común, la tendencia a utilizar fundamentalmente el concepto identidad con los significados de igualdad (o unidad) o el de diferencia (lo específico); cuestión que, bajo nuevas circunstancias, llega hasta nuestros días.

En la actualidad el término identidad se utiliza mayormente en un sentido sociocultural; no obstante, no dejan de existir dificultades para atrapar la esencia de este fenómeno. Muestra de esta situación lo constituye la multitud de conceptos existentes en torno al mismo, que varían desde los más generales hasta los más específicos referidos a áreas concretas de la realidad; pero que aportan una panorámica sobre el asunto.

² Rigoberto Pupo: *Identidad, emancipación y nación cubana*, Universidad de La Habana, 2000, p. 15.

³ Miguel Rojas Gómez: “La teoría de la identidad cultural y la globalización”, en *Filosofía y Sociedad*, Editorial Félix Varela, La Habana, p. 563.

⁴ Hegel: *Ciencia de la Lógica*, Ediciones Solar/Nachete S.A., Argentina, tomo 2, p. 362.

⁵ Vladimir Ilich Lenin: *Cuadernos Filosóficos*, Editorial Progreso, Moscú, 1978, pp. 117-118.

⁶ Rigoberto Pupo: ob. cit., p. 15.

Por ejemplo, en sus investigaciones Rigoberto Pupo⁷ encuentra la siguiente definición de identidad nacional:

La categoría de identidad nacional, designa el sistema de rasgos comunes que definen a un grupo social, comunidad o pueblo, devenido determinación fundamental de su ser esencial y fuente auténtica de creación social. Es una unidad que fijando la comunidad, presupone la diversidad, la diferencia y sus vínculos recíprocos, como modo dinámico de constante enriquecimiento y proyección hacia la universalidad.⁷

En el campo de lo cultural, Nara Araújo define la identidad de la siguiente manera: “La identidad cultural podría definirse [...] como el conjunto de signos histórico culturales que determinan la especificidad de la región y, con ello, la posibilidad de su reconocimiento en una relación de igualdad-diversidad, permanencia-cambio”⁸

Desde la sociología se valora también la problemática de la identidad. En este marco resulta significativo el trabajo del sociólogo antropólogo Esteban Emilio Mosonyi⁹, quien afirma que identidad nacional “[...] es el conjunto dialéctico de especificidades —tanto objetivas como subjetivas— actuantes dentro de una sociedad, por pequeñas que ellas sean, y por menores que sean sus diferencias aparentes respecto a otras colectividades”¹⁰

Otro trabajo importante en esta línea de análisis es del investigador Roberto Hernández Biosca “La historia y su enseñanza en la concepción martiana de identidad”. El mismo deja definida su comprensión de la identidad al plantear que

[...] es un concepto muy general que sistematiza los elementos distintivos de una colectividad humana: un barrio, una región, una nación, un continente, e incluye los rasgos que identifican entre sí a los individuos que forman parte de esa colectividad. La validez del concepto se afirma porque no

⁷ *Ibidem*, p. 18.

⁸ Nara Araújo: “Apuntes sobre el valor y significado de la identidad cultural”, *Unión*, no. 8, 1985, p. 14.

⁹ Esteban E. Mosonyi: *Identidad nacional y cultura popular*, Editorial La enseñanza viva, Caracas, p. 32.

¹⁰ *Ibidem*, p. 34.

tiende a homogeneizar a dichos individuos, sino que tiene en cuenta, respeta e integra sus diferencias en un todo igualador-diferenciador a distintas escalas, que el estudioso del tema puede asumir en las proporciones que abarque su objeto de estudio.¹¹

A pesar de los matices, las diferentes definiciones, perfilan elementos comunes entre sí que señalan algunas de las características de la identidad: esta se asocia con aquello que distingue a una entidad de otra, es decir, con lo que la hace diferente de los demás; tiene carácter propio o diferenciado, o sea, que es irrepetible y, por tanto, lleva una especificidad. Es en esta dirección que está planteado el concepto de identidad en el presente trabajo, el cual asigna al conjunto de elementos, objetivos y subjetivos, específicos de alguna entidad dada, que le aportan un sello distintivo y diferenciador de otros. En un sentido más amplio, significa aquel cúmulo de determinaciones cuantitativas y cualitativas de relativa estabilidad, pertenecientes a cualquier fenómeno, proceso o sujeto, que condicionan su manera específica de ser, al mismo tiempo que crean las bases para diferenciarlo de otros.

La identidad, por tanto, precisa los límites de una realidad dada y responde a las interrogantes ¿qué es?, ¿quién es?, ¿cómo es? Entre las características distintivas de la identidad se localiza su carácter contradictorio, lo que se traduce en la existencia simultánea en las identidades de las relaciones de igualdad y diferencia, donde un elemento presupone y excluye al otro. Cuestión que también condiciona su carácter relativo, por lo que aquello que en una relación es semejanza en otra es diferencia, y lo que es unidad en una, en otra es diversidad.

Esto queda reflejado, a su vez, en la multiplicidad de análisis existentes sobre el tema de la identidad en que varía la dirección del discurso y el centro de atención en cada caso dado, ya sea priorizando las relaciones de igualdad o de diferencia, lo que une, o aquello que distingue a las entidades dadas. Todo ello condicionado, entre otras cosas, por el contexto, la naturaleza del problema y las circunstancias en que se esté valorando. Esta situación se pone de manifiesto tanto en las investigaciones identitarias de cualquier ciencia en la actualidad, como en la historia del pensamiento filosófico en general.

¹¹ Roberto Hernández Biosca: "La historia y su enseñanza en la concepción martiana de la identidad", *Islas*, no. 113 enero-diciembre, 1996, p. 83.

En la filosofía latinoamericana, la problemática identitaria aparece en algunos de sus momentos prestando atención al aspecto referido a qué es lo que une y caracteriza de manera común a estos pueblos, y en otros casos, se pone el acento en qué es lo que los diferencia —como totalidad— con respecto a otros—, pero en el fondo se están refiriendo a lo mismo.

Así, el problema de la identidad como aspecto que diferencia al pensamiento latinoamericano del europeo, que lo colonizó y sojuzgó, y del norteamericano que intenta dominarlo, ha sido una exigencia histórica¹² en un proceso de defensa de los espacios propios de actuación, de búsqueda y reafirmación de su especificidad; pero, en otros casos el problema de la identidad ha estado más vinculado a lo que nos asemeja, a la hora de valorar al ser latinoamericano con respecto a sí mismo, especialmente cuando se propugna la necesidad de acción conjunta frente a un enemigo común o también cuando se valora que estos pueblos no son una raza inferior, sino que poseen las mismas capacidades que todo humano. La dirección del discurso cambia en ambas situaciones, pero se está refiriendo al mismo objeto, en este caso, la identidad latinoamericana.

La identidad tiene, además, carácter mutable; ella varía en el transcurso de su existencia, se mueve en la relación pasado-presente-futuro. Otro rasgo distintivo de la identidad es que tiene carácter complejo. Este carácter le viene dado por su condición de fenómeno consustancial a toda entidad; en este sentido está sujeta a la infinidad de determinaciones concretas que condicionan a cada caso.

En el marco de la sociedad, este fenómeno se hace más complejo porque interviene la subjetividad humana, ya sea como uno de los ingredientes que caracterizan, de manera peculiar, a cada ámbito social, ya sea porque la asunción consciente de la identidad constituye elemento vital para una conducción adecuada de su desenvolvimiento.

El concepto identidad presupone otros conceptos más específicos relacionados con él, tales como: identidad potencial e identidad desplegada, se formulan teniendo como criterio la dinámica de la identidad en su relación con la actividad de los hombres. Estas se clasifican atendiendo si son o no activadas las capacidades distintivas de una entidad dada. En consecuencia, la identidad potencial es aquella que, existiendo, puede ser desplegada o no por el sujeto. Es el caso de las cualidades que identifican

¹² Pablo Guadarrama: *Humanismo en el pensamiento latinoamericano*, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 2001, p. 11.

al hombre a diferencia de los animales, entre las que se encuentran la capacidad de pensar, de crear y la voluntad. Todos los individuos sanos, las poseen en potencia, pero no todos las ejercen.

Otro ejemplo es el de las riquezas naturales que identifican a una región dada y que son potencialmente fuentes de progreso, sin embargo, por diferentes causas no siempre son explotadas o activadas en función de un mejor desarrollo. En algunos casos dependen de si se han identificado y de si existen los recursos para hacerlo, como por ejemplo, algunos individuos poseen potencialidades que los identifican, y por las que pudieran desempeñarse mejor en determinada profesión, sin embargo no se han percatado de ello o las circunstancias en que viven no favorecen su descubrimiento, en consecuencia, no la fomentan y eligen desafortunadamente otra.

En cuanto a la desplegada, este concepto está referido a aquellos elementos que identifican a un ente determinado y que son movilizados y ejercidos por el hombre y la sociedad en función de los problemas concretos que debe resolver. Este caso es todo lo contrario del anterior, así la capacidad de pensar, de razonar, de crear, y la voluntad que existe potencialmente en el hombre es movilizada y ejercida en función de una existencia útil, así como las riquezas de un país son puestas al servicio del progreso nacional.

A las partes peculiares que conforman y ayudan a identificar una totalidad se les denomina elementos identitarios; toda identidad está constituida por ellos. Otro de los conceptos a tener presente es el de portador de la identidad. Se le denomina así al ente poseedor de determinados rasgos específicos que lo identifican y diferencian en relación con los demás, independientemente de que sea consciente o no de ello. En el caso del portador de la identidad que ha tomado conciencia de ella y se conduce en su actividad conforme a la misma, favoreciendo su reafirmación y autosuperación, se le denomina sujeto de la identidad.

Conciencia de identidad. Por ella se entiende el reflejo que tiene el portador de la identidad de las particularidades de sí mismo, o de las realidades específicas con las que tiene que interactuar. En otras palabras: conciencia de identidad equivale a decir conciencia de la diferencia o de lo específico. Esta tiene lugar a través de diversos niveles de asunción. Alrededor de este concepto giran reflexiones importantes en el presente trabajo.

La manera en que se asume la identidad es variada: desde los planos menos conscientes hasta los más conscientes. Esta afirmación permite distinguir que no es lo mismo identidad que conciencia de identidad; ambos no son reducibles entre sí: no todo reflejo por el hombre o la sociedad se corresponde con los rasgos, elementos y potencialidades que realmente albergan y lo caracterizan. Tener en cuenta esta diferencia es importante desde el punto de vista metodológico, porque orienta mejor en el análisis. La comprensión de lo anterior conduce a experimentar la necesidad vital de tomar conciencia de identidad.

La existencia de cualquier entidad implica que esta posee algunos elementos suficientemente propios como para distinguirla de otras. Al conjunto de estos elementos en esta investigación se le denomina identidad básica o elemental. Esta no depende de la conciencia que se tenga de su existencia, ni de que sus elementos identificativos sean desarrollados o aún no lo hayan sido. Dicho concepto resalta, además, que la identidad básica presente en toda entidad, es cimiento para un desarrollo superior.

Y a la falta de armonía entre las características que identifican a un ser determinado y a la actividad humana, en todas sus formas, es a lo que se le denomina incoherencia ser-hacer y coherencia ser-hacer, a lo contrario.

Por último, la identidad contiene significación socialmente positiva (valor), especialmente cuando existe conciencia de ella a partir de la valoración; sin embargo, tanto la identidad como los valores no existen de manera abstracta, sino a través de la realidad concreta; en tal sentido para localizar los distintos valores de la identidad, el análisis no se puede sustraer de las relaciones espacio temporales. Las identidades existen, —como los valores— en relación con la diversidad cualitativa y el carácter heterogéneo de la actividad humana, es por ello que constituyen todo un espectro que conforma una tipología en la que se incluyen las dimensiones cultural, económica, científica, política, jurídica, estética, moral, religiosa, patriótica y ambiental¹³.

Tal es el caso de la dimensión cultural, en la que los valores de la identidad pueden asociarse a lo auténtico, lo genuino, lo armónico; en la dimensión política puede destacarse “el equilibrio”, “libertad”, “independencia”. Sobre estos aspectos se puede abundar más, pero no siendo objetivo de la presente investigación solo debe agregarse que, en general,

¹³ Lissette Mendoza Portales, resumen de tesis para optar por el grado científico en Ciencias Filosóficas, Universidad de La Habana, 2003, p. 15.

estos valores y otros de la identidad actúan como reguladores de la conducta individual y social; orientan, poseen una connotación moral para sus vidas, son elementos básicos en la conducción de su actividad, de ahí que pueda hablarse de la existencia de diferentes funciones.

Breve análisis de algunos enfoques existentes sobre la identidad. Estado actual de la teoría de la identidad en Cuba

La temática de la identidad es analizada desde diferentes disciplinas: Sociología, Psicología, Antropología y Filosofía, entre otras; a partir de distintos niveles de estructuración del fenómeno: personalidad, familia, etnia, grupo social, nación, continente, etc., y atendiendo a diferentes esferas de la realidad: la cultural, la económica. En este sentido, se utilizan los términos identidad cultural, nacional, personal, continental, y cada objeto, en particular, se aborda a partir de ángulos diversos.

En el campo de los estudios de la cultura¹⁴ existen diversas aristas para analizar el concepto de identidad. Dos de ellas son, por un lado, la evaluación que se hace de la identidad desde el ángulo de la comunicación entre las culturas, y por otra parte¹⁵ la identidad cultural enfocada a partir de la “[...] mismidad o integridad sistémica del sujeto de la cultura, su actividad y sus productos materiales y espirituales”.¹⁶ En relación con la primera posición, se destacan las sociólogas Cristina Baeza y Maritza García con su propuesta de modelo teórico de identidad cultural.

En este modelo se ofrece el concepto de identidad cultural, se establece la relación entre cultura e identidad cultural, y se expone lo que se consideran componentes del modelo. Entre las características fundamentales de este enfoque se encuentra que parten del criterio de que el concepto de identidad cultural es relacional y que está referido, en esencia, a un proceso socio psicológico de comunicación cultural, entre sujetos de una cultura y sujetos de otra cultura para el significativo. En este sentido, a las autoras les interesa analizar más que la mismidad, la

¹⁴ Recuérdese que cultura es un término que se enfoca desde los más disímiles conceptos: como modo de vida, como la parte de la sociedad creada por el hombre, como sistema íntegro donde el hombre en su actividad produce resultados materiales y espirituales. *Vid.* Pablo Guadarrama y Pelereguin: *Lo universal y lo específico en la cultura*, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1990, pp. 15-60.

¹⁵ Cristina Baeza y Maritza García: *Modelo teórico de la identidad cultural*, Centro de Investigaciones de la Cultura Cubana Juan Marinello, La Habana, Cuba, 1996, p. 10.

¹⁶ *Ibidem*, p. 11.

otredad, “[...] no únicamente lo distintivo de una cultura o forma de cultura sino el tipo de relación que ha tenido, tiene o establece con otra cultura o forma de cultura”,¹⁷ y la incidencia de este tipo de relación en la construcción de identidades culturales.

Tener presente este último momento es muy importante para la comprensión de las partes restantes del modelo, ya que el mismo marca toda la lógica ulterior del trabajo. De ahí que al ofrecer una definición, las autoras planteen que se llama identidad cultural de un grupo social determinado (o de un sujeto determinado de la cultura) a la producción de respuestas y valores que como heredero y transmisor, actor y autor de su cultura, este realiza en un contexto histórico dado como consecuencia del principio socio psicológico de diferenciación-identificación en relación con otro(s) grupo(s) o sujeto(s) culturalmente definido(s).

Para las autoras, la alteridad es considerada base de sentido de la integridad cultural de los grupos en la medida en que estos se comunican constante y crecientemente con otros. Un elemento destacable del modelo propuesto lo constituye la afirmación relativa de que la identidad cultural está referida “a hechos culturales de conciencia (sean estos conscientes, subconscientes o inconscientes, según el caso)”.¹⁸ En esta dirección, al explicar los componentes de su modelo, las investigadoras consideran que la aparición de la identidad del sujeto de la cultura se da cuando este se ha comunicado con un “otro significativo”, se ha diferenciado de este, y por ello reconocido ante sí. A todo lo anterior agregan, que la identidad cultural representa un momento de comunicación de la misma con otras culturas¹⁹.

¹⁷ *Ibíd.*, p. 6.

¹⁸ Las autoras sitúan como componentes de su modelo, los elementos que siguen: a) Sujeto de la cultura, b) otro significativo, c) sujeto de identidad, d) actividad identitaria, e) objeto de la cultura, f) objeto de identidad.

¹⁹ Las autoras del Modelo Teórico de la Identidad parten del siguiente concepto de cultura “[...] un sistema vivo que incluye un sujeto socialmente definido que actuando de determinada manera en una situación histórica y geográfica específica produce objetos materiales y espirituales que lo distinguen. La cultura en este sentido amplio surge, se forma conjuntamente con el sujeto actuante e incluye su actividad y los productos de esta.” *Cfr.* Maritza García y Cristina Baeza: *ob. cit.*, p. 11. En correspondencia con este concepto, la relación que advierten las autoras del modelo entre cultura e identidad cultural, es que, la identidad con respecto a la cultura viene resultando ser una parte de ella, es decir, dentro de una misma cultura no toda ella tiene identidad cultural (tanto el sujeto social como su producto); para que esto suceda, el sujeto de la cultura tiene que haberse diferenciado en el contacto con un “otro para él significativo”.

Se aprecia lo polémico que resulta el análisis en el modelo que se propone, especialmente el hecho de que el enfoque tiene como centro no la cultura en sí misma, sino la relación entre las culturas. Cabe, además, valorar el intento verdaderamente serio de elaborar una teoría del problema, y debe tenerse en cuenta que uno de sus mayores méritos reside en que estas valoraciones se constituyen en punto de reflexión y debate de la temática, lo cual permite la continuidad del proceso de aproximación de todos, a una verdad tan complicada. No obstante, se aprecia un cierto tono absoluto cuando las autoras le confieren el papel determinante al “otro significativo” en el proceso de conformación de las identidades culturales, lo cual genera esta reflexión: ¿acaso las identidades existen solo como respuestas a las influencias externas del mismo, o más que todo son autorrespuestas al movimiento interno de ellas mismas, a sus propias necesidades? En este sentido, no puede olvidarse que en la cultura muchos productos creados por el hombre no son solo respuestas a la relación con el “otro significativo” que así lo condicionó, sino también son autorrespuestas a necesidades internas de la propia sociedad.

Otro elemento a tener en cuenta es que, a pesar de que las autoras del modelo declaran su enfoque como psicosocial, hay que tener presente que el mayor peso se lo asignan al aspecto psicológico. Esto queda reflejado cuando primero, plantean que la identidad cultural es un hecho de conciencia, y segundo, cuando hacen depender, con cierta exclusividad, el proceso de formación de la identidad cultural al principio psicológico de diferenciación-identificación.

Otro punto polémico se encuentra ubicado en el propio aspecto previamente analizado, donde las autoras señalan que la identidad es un hecho de conciencia (en el sentido de que no tienen correlato con la realidad). Esto también genera la siguiente interrogante: ¿la existencia de la identidad cultural depende de que el hombre tenga plena conciencia de las diferencias o ella existe incluso en los casos en que, no obstante a que la subjetividad del hombre está involucrada en el proceso de construcción de nuevas identidades, no lo está tanto como para alcanzar el nivel plenamente consciente?

Asimismo, la ciencia psicológica²⁰ analiza la problemática de la identidad a partir de disímiles posiciones, por ejemplo, desde el punto de

²⁰ Esta ciencia es una de las más destacadas dentro del análisis de la identidad. La misma ha recogido frutos de la psicología evolutiva y de la personalidad, sus resultados

vista del psicoanálisis, de la fenomenología y en relación con diferentes niveles de reflexión del problema: identidad individual (personal), grupal, de los pueblos o nacional. En relación con todos estos niveles, la identidad se ha enfocado a partir de dos ángulos principales: desde el lado objetivo del fenómeno (a partir del conocimiento de cuál es su constitución, cómo es objetivamente, qué rasgos psicológicos estables caracterizan a determinados pueblos) y desde el lado subjetivo (cómo cree que son, cómo se autoperceben los pueblos o el hombre). Al respecto plantea la psicóloga e investigadora Carolina de la Torre “[...] casi toda la comunidad científica en psicología comparte el criterio de que la identidad puede estudiarse desde el punto de vista de lo ‘objetivo’, de los rasgos objetivos de los pueblos [...] de la descripción objetiva, incluso de su subjetividad...”²¹ Otra tendencia ha estudiado cómo subjetivizan los pueblos esas características²².

En otro de sus libros recientes, *Las identidades. Una mirada desde la psicología*²³, Carolina de la Torre realiza un análisis a partir de la comparación que hace de variados conceptos aparecidos en diferentes diccionarios, y reconoce la presencia de estos dos momentos: el carácter objetivo de la identidad y el papel primordial de la subjetividad humana en el proceso de su asimilación y asunción.

Algunos investigadores han tratado de unir estas dos tendencias, como es el caso de la socióloga y psicóloga Maritza Montero; bajo el llamado enfoque socio psicológico²⁴. Respecto a esta posición y a su autora, subraya Carolina de la Torre: “Ella plantea que identidad son las dos cosas, y yo creo que tiene razón. Es imposible pensar en rasgos objetivos de un pueblo —por ejemplo, que somos extrovertidos, que somos muy comunicativos, que somos muy dados a las relaciones sociales— y que

han sido muy influyentes en otras interpretaciones del problema, en ocasiones se han malinterpretado los mismos, extrapolándose mecánicamente a otros campos.

²¹ Agrega que: “[...] psicología de los pueblos, personalidad básica, carácter nacional...” son conceptos que se han utilizado para eso”. *Cfr. Las identidades. Una mirada desde la psicología*, Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello, 2001, p. 45.

²² Carolina de la Torre: *Intervención en el encuentro Cuba: cultura e identidad nacional*, p. 30. Consultar, de la propia autora: “Identidad nacional del cubano. Avances de un proyecto”, *Revista Cubana de Psicología*, no. 3, 1995, p. 10, y “Como somos los cubanos”, Editorial Unión de Escritores y Artistas de Cuba, Universidad de La Habana, 1995.

²³ Carolina de la Torre: *Las identidades, una mirada desde la psicología*, p. 45.

²⁴ Maritza Montero: *Ideología, alienación e identidad nacional*, Caracas, 1999, p. 28.

no exista un reflejo subjetivo de esos rasgos”.²⁵ Esto último lo plantea en el sentido de la implicación subjetiva, afectiva y conductual (en diferente grado de concientización). Respecto a esto agrega en su intervención: “[...] yo soy Carolina y no soy Pedro Pablo, y, aunque yo no viva en cada momento de mi vida concientizando ese hecho, funciono en correspondencia con esa representación que tengo de ser yo y no otra persona”.²⁶

Sobre los conceptos de identidad empleados en la psicología, tenemos: “[...] la identidad nacional es el conjunto de rasgos, significaciones, representaciones que comparten las personas de un mismo pueblo, que tienen una misma historia, que comparten un mismo territorio y que unos y otros se sienten identificados por ese conjunto de rasgos”.²⁷ En relación con este concepto, la propia autora reconoce dos inconvenientes fundamentales: está muy cargado en el aspecto cognitivo, en el de las representaciones compartidas, y también excluye a los que no comparten el mismo territorio. Sobre el resto de la definición, podemos añadir que la autora lo asume plenamente.

Respecto a la estrecha relación que debe existir entre las identidades sociales y las individuales, Carolina de la Torre plantea algo importante: “Las identidades sociales, [...] son más fuertes y estables en la medida en que para cada uno de los miembros que la componen, la jerarquía y la significación de las mismas también las sean. La identidad social es concreta en cada uno de sus miembros”.²⁸

La autora, en uno de sus libros más recientes: *Las identidades. Una mirada desde la psicología*, llega a esta conclusión: “La identidad es un concepto que está relacionado no solo con la igualdad sino con la diferencia, lo que permite la posibilidad de ‘identificar’”.²⁹ Realizando un análisis crítico de lo anterior se puede afirmar que, en sentido general, hay que subrayar que por las investigaciones psicológicas sobre la identidad debe sentirse especial respeto, ya que al encontrar un sólido respaldo en los estudios de la teoría evolutiva y de la personalidad (entre otros), han logrado tener avances considerables.

²⁵ *Ibíd.*, p. 30.

²⁶ *Ibíd.*, p. 29.

²⁷ Carolina de la Torre: *Cuba: Cultura e identidad nacional*, Editorial Unión de Escritores y Artistas de Cuba, Universidad de La Habana, 1995, p. 30.

²⁸ Carolina de la Torre: “Identidad nacional del cubano”, *Revista Cubana de Psicología*, no. 3, 1995, p. 38.

²⁹ Carolina de la Torre: *Las identidades. Una mirada desde la psicología*, p. 45.

La psicología es una de las ciencias vanguardia dentro del tema centro de atención, a la vez que influyente sobre las opiniones de muchos investigadores. Atendiendo a eso es probable que algunos investigadores se dirigen hacia ella sin el debido sentido crítico que debe acompañar a todo análisis, llegando, incluso, a extrapolar mecánicamente algunas de sus tesis a otros campos de investigación, con el consecuente arribo a conclusiones incorrectas.

Por otra parte, y en relación directa con los contenidos tratados, debe señalarse que estos son algunos de los elementos teóricos de la visión psicológica del problema, por lo que se puede decir que la problemática de la relación entre lo objetivo y lo subjetivo —en el área de los fenómenos psicológicos— se ha ido resolviendo correctamente, especialmente en las investigaciones de la psicóloga Carolina de la Torre. Con esta afirmación no se está pasando por alto el hecho de que, dado al campo desde donde se plantea el problema, es natural que los investigadores exalten, en cada momento, el valor y el lugar de lo subjetivo en relación con el proceso de existencia de las identidades. Así, por ejemplo, cuando Carolina de la Torre plantea que identidad es “conciencia de mismidad”,³⁰ lo hace en el sentido de la participación permanente que tiene directa o indirectamente la subjetividad humana en el proceso de descubrimiento, realización de las identidades y no en el sentido de que este proceso objetivo se reduzca a la subjetividad humana.

En otras palabras, cuando plantea “[...] aunque no todo es subjetividad, sin el componente subjetivo no se puede hablar de identidad, sin la representación subjetiva sin las implicaciones conductuales se nos evapora, se nos va de las manos el concepto de la identidad”,³¹ esta investigadora lo que hace es subrayar que esta contraposición es relativa, y que en el área de la sociedad, los procesos subjetivos del hombre no solo están involucrados en cualquier proceso de formación de identidades, sino que es un elemento importante para preservarlas, defenderlas y desarrollarlas.

Por último, el análisis induce a pensar en lo siguiente: no es lo mismo conciencia de mismidad que mismidad, aunque es necesario que ambas existan en profundo vínculo. La percepción de la problemática de la identidad desde otras áreas: la historia, la lingüística, la sociología,

³⁰ *Ibíd.*, p. 31.

³¹ *Ibíd.*, pp. 31-32.

el problema se focaliza como búsqueda del quiénes somos, a partir del conocimiento de cuáles son las auténticas raíces de la identidad actual. Estos estudios se realizan desde diferentes planos, así por ejemplo se investiga el movimiento de la historia desde la totalidad, o movimiento general; el movimiento de la historia en sus particularidades o historia local, la historia desde los hechos en sí y la historia desde la percepción de los hombres o historia de las mentalidades.

El planteamiento de la identidad se propone, además, desde otras áreas, tales como la lingüística, la literatura, la sociología. Allí también encontramos conceptualizaciones, reflexiones, las cuales se suman al conjunto mayor de intentos de conformación de una teoría del problema. Es el caso la filóloga cubana Nara Araújo, que define la identidad en relación con lo cultural de la siguiente manera: “La identidad cultural podría definirse [...] como el conjunto de signos histórico-culturales que determinan la especificidad de la región y, con ello, la posibilidad de su reconocimiento en una relación de igualdad diversidad, permanencia-cambio”.³²

Desde la Sociología se valora también la problemática de la identidad. En este marco resulta significativo el trabajo del sociólogo-antropólogo Esteban Emilio Mosonyi³³, en relación con la identidad nacional. En sus escritos se encuentran las siguientes tesis: es falso que un pueblo carezca de identidad, identidad e identificación no nos puede remitir a la noción de lo uniforme y lo inmutable, no obstante la importancia extraordinaria del mestizaje, la identidad nacional no se agota en ese proceso, es falso e inoperante situar la identidad nacional en el plano del presente con prescindencia del pasado; es incierto que la afirmación de la identidad es un planteamiento patriotero o chovinista y no es verdad que la identidad nacional sea un concepto políticamente limitante, todo lo contrario, asumirla plenamente es una exigencia impostergable de nuestro porvenir como pueblo.

Dicho investigador percibe la identidad nacional como: “[...] el conjunto dialéctico de especificidades —tanto objetivas como subjetivas— actuantes dentro de una sociedad, por pequeñas que ellas sean, y por menores que sean sus diferencias aparentes respecto a otras colecti-

³² Nara Araújo: “Apuntes sobre el valor y significado de la identidad cultural”, *Unión*, no. 8, octubre-diciembre, 1985, p. 14.

³³ Esteban Emilio Mosonyi: ob. cit., p. 34.

vidades”.³⁴ Para este investigador, uno de los puntos de partida en el análisis de la identidad nacional de los pueblos consiste en optar por una visión pancrónica y multilineal del conocimiento. En cuanto a todos estos puntos de vistas puede afirmarse, que la lógica que emplean está en consecuencia con el campo desde el que se analiza.

Desde el punto de vista filosófico, la identidad tiene espacio de reflexión. Respecto a los elementos que entran en la composición de la identidad plantea Enrique Ubieta: “La identidad es un término que no solo reconoce algo que existe en sí, sino cómo lo sentimos y lo asumimos colectivamente”.³⁵ Este filósofo reconoce que la identidad debe ser vista, ante todo, como un proceso, y en esta dirección presta atención al sentido racional de la búsqueda humana de la misma, el cual debe estar centrado más que en el descubrimiento de una identidad acabada, en la construcción de una identidad que nos haga superiores. Es por ello que subraya estas palabras del poeta y ensayista Cintio Vitier: “[...] la clave no está en lo actual sino en lo naciente”.³⁶

En este sentido, la búsqueda de la identidad debe realizarse como un medio y no como un fin en sí misma, es decir, conocer cómo se es para ser mejores, y hacer mejor y con mayor efectividad la correspondiente actividad práctico-creadora. De esta manera apunta Ubieta: “La incesante búsqueda de identidad es reestructuradora, rehacedora de lo inmediato; no se trata de una búsqueda que pretenda encontrar algo ya dispuesto, sino que contribuya a la realización histórica del ser”.³⁷

Dentro de esta línea filosófica se encuentran las investigaciones de Rigoberto Pupo. En sus trabajos, especialmente el titulado “Identidad Nacional y tradición patriótica revolucionaria”, se localizan estas tesis: define identidad nacional como el sistema de rasgos comunes que definen a un grupo social, comunidad o pueblo, devenido determinación fundamental de su ser esencial y fuente auténtica de creación social. Es una unidad que, fijando la comunidad, presupone la diversidad, la diferencia y sus vínculos recíprocos, como modo dinámico de constante enriquecimiento y proyección hacia la diversidad.

³⁴ *Ibidem*, p. 35.

³⁵ Enrique Ubieta: “Nación e identidad”, *Temas*, no. 1, 1995, p. 99.

³⁶ Cintio Vitier: “Cuba su identidad latinoamericana y caribeña”, *La Gaceta de Cuba*, pp. 2-7.

³⁷ Enrique Ubieta: *Ensayos de identidad*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1993, p. 3.

Entre los principios metodológicos de partida, para el análisis de la identidad nacional, considera tener presente: La identidad, tanto en su expresión filosófica en general como en sus determinaciones, debe ser considerada en su dinámica real y contradictoria, en los marcos de la dialéctica de lo general y lo singular, y partir de una concepción sistémica que reproduzca lo más aproximadamente posible la realidad en su dinámica contextual. Asimismo, la identidad nacional, en su realidad concreta, es proceso y resultado de la actividad humana en su historia particular y este proceso —al que está ligada la identidad nacional— transcurre como afirmación y reafirmación del ser histórico en tanto condición imprescindible para participar de la universalidad, “resultado que encarna y despliega en síntesis lo singular auténtico, enriquecido, expresado ya como universal concreto”.³⁸

Se refiere el autor a dos niveles de reflejo aprehensivo de la identidad nacional: el nivel de los sentimientos, las emociones, los afectos y el nivel de lo consciente, como autoconciencia nacional. Respecto a ambos niveles, considera Pupo, que se refleja la vida nacional, pero a partir de los intereses de clase, donde sentimientos, pensamientos y movimientos volitivos devienen de modo desigual, son heterogéneos, en función de lo que defienden como clase.

Por último, es importante tener presente las ideas de la destacada investigadora Isabel Monal en “Identidad entre inercia y dinámica. El acecho de la razón identitaria pura” que pueden ser resumidas: La identidad es un proceso complejo, y como tal debe ser abordada desde diferentes disciplinas; y la identidad como fenómeno, debe ser analizada fundamentalmente desde dos planos: el objetivo y el subjetivo.

Hasta aquí, algunos de los enfoques en particular. El examen de los mismos, ha ido arrojando dos momentos: primero, la existencia de puntos de contactos entre los enfoques y segundo, los elementos que se requieren seguir trabajando.

³⁸ Rigoberto Pupo Pupo: “Identidad nacional y tradición político revolucionaria”, (folleto), p. 25. Este trabajo es resultado de un tema mayor titulado “El pensamiento filosófico-social de la revolución cubana, como síntesis del proceso de formación y desarrollo de la identidad nacional”.

Identidad cultural. Más allá de un concepto

Neris Rodríguez Matos
Jessica Torres Rodríguez

Hoy día la temática de la identidad cultural cobra cada vez mayor vigencia, ya no solo como atributo sociocultural amenazado por los procesos generales de globalización de la cultura, sino además —tratando de contextualizarla—, en el caso de Cuba, cuando elementos inescrupulosos desde su guarida en Estados Unidos de Norteamérica, estimulan de distintas formas la subversión contra el país y convierten sus acciones encaminadas a derrocar la revolución cubana en lucrativo negocio que se realiza a través de variadas instituciones —muchas de ellas secretas¹—. Con sus fracasados intentos de arremetida contra el sistema social cubano utilizan la cultura, tratando de minar el sentimiento patrio, el sentido de identidad nacional, irrespetar sus símbolos, pisotear la historia de lucha antimperialista y minimizar los impactos sociales de un proceso genuino que desde 1959 es reconocido no solo por la población en el país sino además internacionalmente.

Por todo eso —amén de otros grandes problemas globales de nuestro tiempo que afectan a la humanidad y del brutal e injustificado bloqueo económico que sufre nuestro país, arreciado con la administración norteamericana de Trump con más de 200 medidas para ahogar al pueblo cubano—, se pone sobre el tapete la necesidad de sistematizar los estudios acerca de la identidad cultural de los pueblos.

La bibliografía consultada indica que el concepto de identidad cultural ha evolucionado históricamente. De ahí la importancia de argu-

¹ *Vid.* Suárez Rivas Ronald: “Millones para una democracia Made in USA”, *Granma*, 8 de febrero de 2021, p. 1. El autor analiza cómo distintas agencias, empresas y organizaciones a través del manejo no transparente de sus fondos para el patrocinio de acciones contra Cuba, han dedicado en las últimas dos décadas una cifra que supera los 249,5 millones de dólares, cifra que es considerable a partir de 2017, coincidiendo con la llegada al poder de Donald Trump.

mentar algunos elementos teóricos al respecto, de manera que ayuden a orientar nuestra actividad en los distintos aspectos de la vida social donde desempeña un significativo rol. Se considera que el concepto empieza a verificarse sistemáticamente con el proceso de descolonización de Asia y África, aplicándose luego a la circunstancia latinoamericana, aunque indudablemente está sometido a constante desarrollo².

En el pensamiento latinoamericano la identidad ha sido profundizada dado el rol jugado por los procesos independentistas frente a las metrópolis europeas en el siglo XIX, que compulsaron el surgimiento de importantes ideas de contenido identitario. Al analizar el discurso de Simón Bolívar en Angostura, se reconoce una identidad, fundada en la realidad de nuestros pueblos, en sus ansias de libertad e independencia para realizar su fin común, también está consciente de las diferencias que le son inherentes³.

José Martí, en su artículo “Los códigos nuevos” publicado en Guatemala en 1877, expuso una idea que presenta profundos contenidos identitarios y que revela elementos importantes para comprender la identidad cultural de la realidad latinoamericana:

Interrumpida por la conquista la obra natural y majestuosa de la civilización americana, se creó con el advenimiento de los europeos un pueblo extraño, no español, porque la savia nueva rechaza el cuerpo viejo; no indígena, porque se ha sufrido la injerencia de una civilización devastadora, dos palabras que siendo un antagonismo, constituyen un proceso; se creó un pueblo mestizo en la forma que con la conquista de su libertad, desenvuelve y restaura su alma propia.⁴

En Cuba se atesoran variados estudios sobre el problema de la identidad cultural, proveniente de investigaciones realizadas por profesores e investigadores de universidades, fundaciones y centros de estudios y de

² Miguel Rojas: *Identidad cultural e integración*, serie filosófica, no. 19, Universidad de San Buenaventura, Bogotá, Colombia, 2011.

³ Simón Bolívar: “Discurso pronunciado por el Libertador Simón Bolívar, en el Segundo Congreso de Venezuela, celebrado en la ciudad de Santo Tomás de la Nueva Guayana en la Angostura del Orinoco” —actual Ciudad Bolívar—, el 15 de febrero de 1819, versión facsimilar del *Correo del Orinoco* (1818-1821), disponible en <https://publicaciones.eafit.edu.co/index.php/co-herencia/article/view>

⁴ José Martí: “Los códigos nuevos”, *Obras Completas*, Ciencias Sociales, La Habana, 1975, tomo 7, p. 98.

investigación, entre otros, quienes en general aportan interesantes consideraciones.

La doctora Dalia Rodríguez Bencomo resalta el carácter histórico del término identidad y su enriquecimiento actual a partir del enfoque social y señala la existencia de diferentes connotaciones sustancialistas vinculadas a la etimología del término —“lo mismo”, “esencialmente idéntico”—, que hacen menos énfasis en la diferencia y en el aspecto activo y dinámico de la identidad, “esto es diferente de aquello”.⁵

El término identidad ha cobrado gran difusión en los últimos tiempos, ha sido objeto de debates y polémicas teóricas en distintas instancias. A partir del impacto de la Revolución Cubana, en especial en América Latina, la aparición de nuevas formas de lucha y la oposición a los procesos globalizadores neoliberales alrededor de los años setenta del pasado siglo XX, se fortalece el concepto identidad con un contenido antropológico cultural, enfoque que ha tomado una gran importancia en la actualidad⁶.

La identidad cultural es un problema que se vislumbra desde épocas antiguas donde su concepto ha sido evaluado por un sin número de investigadores y científicos que tienden muchos a establecer diferencias y otras veces tratan una misma idea, cuestión esta última que corroboramos en nuestra indagación y se reflejará en este texto.

El destacado investigador cubano Miguel Rojas, en su libro *Identidad cultural e integración* resume algunas de las características fundamentales de este concepto y parte de considerarlo complejo, que como identidad en la diferencia contiene, en correlación, la mismidad y la alteridad, el yo y el otro⁷.

Alrededor de estas características se enmarcan principios o fundamentos epistémicos los cuales parten de la base socio psicológica del mismo donde la identificación y diferenciación de grupos y culturas se hace palpable⁸. Es uno de los conceptos de máxima generalización, por eso es

⁵ Dalia de Jesús Rodríguez Bencomo: *Identidad en la obra martiana desde una perspectiva filosófica*, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 2010.

⁶ Torre de los Lujanes: *Boletín de la Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País*, 54, 2004, disponible en: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/autor?codigo=54441>

⁷ Miguel Rojas: ob. cit., p. 57.

⁸ Cristina Baeza y Maritza García: *Modelo teórico de la identidad cultural*, Centro de Investigaciones de la Cultura Cubana Juan Marinello, La Habana, Cuba, 1996, p. 19.

una categoría omniabarcadora o multívoca, que incluye determinaciones históricas y geográficas, individuales y colectivas, materiales y espirituales, científicas y técnicas, teóricas y prácticas.

La identidad cultural, identidad en la diferencia, representa una diferencia específica al permitir comprender la diferencia entre una y otra cultura. Es el principio del multiculturalismo, sin llegar al extremo del particularismo cultural normativo. No menos importancia reviste la conjugación que realiza de lo autóctono y lo universal, a modo de dialéctica de lo general y lo específico, a través de la mediación⁹.

La identidad cultural interviene en la comprensión de múltiples procesos sociales, por ejemplo, el papel de las masas populares y del individuo en la historia, su misión social acorde a las condiciones históricas concretas, su actuar, su práctica social en pos de la transformación del mundo que les rodea.

La identidad cultural de un pueblo puede alcanzarse al detectar las singularidades que tiene su cultura lo cual es transmitido por la educación y la tradición cultural lo que constituye el sí mismo de un pueblo. Identidad cultural también es alma, espíritu, amor por lo nuestro, meta común y acuerdo en lo fundamental para lograr el desarrollo. Es identificación plena con el pasado, el presente y el porvenir de una sociedad.

Lo anterior requiere, de forma necesaria, profundizar en las leyes generales —las cuales argumentan la unidad y lucha de contrarios, la transformación de los cambios cuantitativos en cualitativos y viceversa, la negación de la negación en los procesos de la naturaleza, la sociedad y el pensamiento—, así como en los principios generales del conocimiento humano: la concatenación universal de los objetos, procesos y fenómenos; la causalidad, el análisis histórico concreto, objetividad, el desarrollo, entre otros. De igual modo, la utilización de su rico aparato categorial en especial, en este caso, la relación dialéctica existente entre lo general, lo particular y lo singular, lo objetivo y lo subjetivo, lo material y lo espiritual, lo concreto y lo abstracto; en fin, el fundamento filosófico es indispensable para el estudio de la relación entre identidad y diferencia, coronado con la dialéctica materialista.

⁹ *Cfr.* Pablo Guadarrama y N. Perelegin: *Lo universal y lo específico en la cultura*, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1990.

La identidad cultural puede tener influencias internas y externas ya sean de índole política, económica, culturales, sociales, las cuales pueden ser positivas o negativas. Pueden ir desde constituir un apoyo al desarrollo, enriqueciéndolo, abriendo nuevos campos de acción, facilitando el intercambio cultural, consolidándola, reafirmando los valores propios o, pueden constituir un factor de debilitamiento¹⁰.

Enrique Ubieta precisa que la identidad exige su enunciación, es un acto de conciencia, pero que expresa una realidad objetiva y subjetiva de carácter histórico más allá de la voluntad del enunciador. De ahí que la identidad cultural es vista por el hombre como algo propio de su ser; por tanto, ha sido evaluada desde la antigüedad hasta la contemporaneidad¹¹.

Las aseveraciones realizadas por el destacado ensayista cubano permiten, sin ánimo de establecer una periodización, confirmar los antecedentes en el estudio de la identidad hay que buscarlos la Filosofía desde la antigüedad. Así, Heráclito de Éfeso llegó a platear que el hombre debe dirigir la búsqueda no solo a sí mismo, sino también, y con el mismo movimiento, a lo que lo liga a los demás: el que constituye la esencia más profunda del hombre individual es también lo que une a los hombres entre sí en una comunidad de naturaleza¹².

Es común desde esta mirada filosófica considerar la identidad cultural en cuanto a su unidad en la diversidad, la unidad entre la naturaleza y la historia y las necesidades elementales, entre ellas las del territorio, lengua y costumbres; mediante la cual, el hombre está unido a una determinada comunidad.

En el pensamiento filosófico occidental, se ofrecen definiciones que en su mayoría fueron elaboradas en el marco de la lógica formal, y puede afirmarse que, a pesar de los matices en el tratamiento que se hace de la identidad, se mueven en el contexto discreto de dos significados: lo diferente y lo igual¹³.

¹⁰ Sonia Almazán: "El valor de la cultura y la identidad cultural para el logro del desarrollo", conferencia dictada en la Universidad Agraria de La Habana, 26 de abril de 2018, p. 3.

¹¹ Enrique Ubieta: *Ensayos de identidad*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1993.

¹² Cfr. A. J. Sequera: *Cultura y Patrimonio*, República Bolivariana de Venezuela, Consejo Nacional de la Cultura, 2004; Nicola Abbagnano: *Historia de la Filosofía*, Editorial Presencia, Brasil, 1963, tomo 1, p. 45.

¹³ Cfr. Dalia Rodríguez Bencomo: ob. cit., p. 12.

Asimismo, el estudio de la identidad cultural no debe perder de vista su relación con la actividad práctica donde se integran aspectos axiológicos, gnoseológicos, antropológicos y metodológicos, útiles para la orientación del hombre en su mundo¹⁴.

La identidad cultural es un proceso humano de retroalimentación constante, en el cual subyace una variedad de ideas acerca del contenido y connotación de la actividad práctica del hombre en diferentes esferas de su quehacer. Por lo tanto, se asevera que es uno de los principios motores de la historia impulsando la voluntad de los colectivos, incentivando la actividad transformadora a fin de cambiar aquello que deba ser cambiado, perfeccionar todo cuando pueda servir al bien del hombre, el derecho a la existencia, coexistencia y desarrollo de distintas formas de cultura, esto es de grupos humanos que, asumiendo sus proyectos de vida, actúan generando respuestas y valores retroalimentadores de su cultura.

Existen múltiples definiciones de identidad cultural, no obstante ser considerada como: “[...] eso que nos diferencia de los demás, y que nos asemeja por la participación, es aquello que traemos adquirido genéticamente y vamos adquiriendo socioculturalmente, ente que está en constante transformación”.¹⁵

Esas expresiones sobre identidad cultural conllevan a que exista una variedad de ideas de cómo el hombre debe de desarrollar sus propias actividades para su preparación en la sociedad, en tanto que la identidad cultural es un proceso humano de retroalimentación constante basado en la conciencia, es un espacio dialéctico que fusiona la naturaleza, la cultura y la historia de los seres humanos en un mismo crisol. Encierra el sentido de pertenencia de un grupo social en el cual se comparten rasgos culturales, como costumbres, valores y creencias, sin ser un concepto fijo; ya que tiene su connotación fundamental a niveles individual y colectivo y con una influencia clara del exterior.

La identidad cultural es la expresión máxima de la cultura de los pueblos y la condición cultural que permite identificarnos, caracterizarnos y diferenciarnos de otras culturas. Permite percibir quiénes somos y cuál es nuestro rol en el desarrollo, donde entorno, historia y voluntad creativa de la persona se interrelacionan.

¹⁴ *Ibíd.*, p. 4.

¹⁵ Enrique Arriagada Kelh: *El hombre como espejo de sí mismo*, Instituto de Filosofía Latinoamericana, Santiago de Chile, 1995, p. 17.

Dicha identidad se manifiesta a distintos niveles, personal y colectivo, no excluyentes, y de distintas maneras —definidos en particularidades dinámicas y diferenciales, en la imagen de sí, en la búsqueda permanente—, pero siempre es una.

Hoy día se concibe la identidad cultural como uno de los principios motores de la historia, por ser un factor de síntesis viva y original perpetuamente recompensada, por representar cada vez más la condición misma del progreso de los individuos, los grupos, las naciones. Ella anima y sostiene la voluntad colectiva, suscita la movilización de los recursos interiores para la acción y transforma el cambio necesario en una adaptación creadora¹⁶.

En este sentido, la identidad cultural hoy se concibe a la vez como:

1. Factor de referencia estratégica para la planificación de un modelo de desarrollo determinado, como puede ser el comunitario, que tanta fuerza ha cobrado en la actualidad.
2. Como configuración donde se presentan con nitidez sus factores principales: el histórico, el lingüístico y el psicológico. Los cuales se desarrollan en una interrelación dialéctica que garantiza entender la identidad cultural como un proceso continuo donde se producen momentos de negación-asimilación, de renovación y enriquecimiento que dan lugar a la consolidación del componente cualitativo de la identidad y a la profundización de un sentimiento de arraigo y pertenencia que es esencial para lograr una participación activa y consciente de los miembros de la comunidad en los procesos de desarrollo.¹⁷

De esta forma, la identidad cultural revela al hombre procesos de diferente índole, ausculta sus contradicciones esenciales y, en consecuencia, crea valiosas ideas que contribuyen al desarrollo social.

En este sentido, el análisis de la identidad cultural se convierte en una herramienta importante para distinguir, en este mundo convulso, lo nuestro diferente a lo vuestro, todo eso que nos diferencia, que aprendemos a amar porque nos identifica, por todo eso, debemos luchar incansablemente, debemos diseñar nuestro futuro y caminar hacia él. No hay

¹⁶ Rita Marina Álvarez de Zayas: ob. cit.

¹⁷ J. R. Terry Gregorio: Cultura, identidad cultural, patrimonio y desarrollo comunitario rural: una nueva mirada en el contexto del siglo XXI latinoamericano, en *Contribuciones a las Ciencias Sociales*, disponible en www.eumed.net/rev/cccss/12/

otro modo de comprensión racional de la realidad que no sea de forma histórica, analítica y proactiva.

Reiteramos que la identidad es la expresión máxima de la cultura de los pueblos y, en consecuencia, es la condición cultural que permite identificarnos, caracterizarnos y diferenciarnos de otras culturas. En un mundo que pudiéramos denominar como la era de la Covid-19 a nivel internacional, en donde se agudizan junto a la pandemia los más apremiantes problemas que históricamente ha sufrido la humanidad, resulta necesario tener definido el sentido de pertenencia de un grupo social en el cual se comparten rasgos culturales, como costumbres, valores y creencias, a nivel individual y colectivo, como bastión para enfrentar las secuelas del mal común y diseñar aunque sea utópicamente, cómo vivir la era posterior, cuál es nuestro rol en el desarrollo, qué papel juega la voluntad creativa ante tan convulso panorama. A fin de cuentas, las utopías sirven para eso, para caminar.

Desafíos de la identidad frente a la diversidad cultural

María del Carmen Rodríguez López

En nuestros días, el tema referido a la identidad cultural y las disquisiciones teóricas acerca de otros conceptos relacionados como diversidad cultural, pluricultura, multicultural e intercultural, ocupan un espacio en el debate de sociólogos, antropólogos, filósofos y psicólogos, entre otros especialistas que realizan estudios del hombre en un contexto social.

El marcado interés teórico del presente trabajo permite esclarecer algunos de estos conceptos en busca de cohesionar criterios sobre la importancia del estudio de la identidad y la diversidad cultural. La cultura es considerada como una diversidad creativa, donde tradiciones y costumbres se juntan constituyendo punto de partida para los estudios de la diversidad cultural. Cultura puede ser objeto de un estudio sistemático, ya que se trata de un fenómeno natural que posee causas y regularidades, permitiendo un estudio objetivo y un análisis capaz de proporcionar la formulación de leyes sobre el proceso cultural y la evolución: “La cultura es un proceso acumulativo, resultante de toda la experiencia histórica de las generaciones anteriores. Este proceso limita o estimula la acción creativa de los individuos”¹

Otras dos categorías dentro de las definiciones de cultura permiten valorarla como hábitos y costumbres que representan e identifican un modo de ser de un pueblo, estas costumbres y hábitos son singulares y específicos a cada pueblo y cada religión, y desde esta perspectiva, “la cultura forma parte de un proceso de comportamiento ya sea emocional o intelectual de un pueblo o en menor escala de una colectividad”²

¹ Unesco: *Informe mundial de la sobre Diversidad cultural y diálogo cultural*, p. 11, disponible en https://www.academia.edu/27591109/Informe_mundial_de_la_UNESCO_sobre_Diversidad_Cultural_y_Di%C3%Allogo_Intercultural

² A. Kroeber: *El super orgánico*, p. 2, disponible en <http://pequenaantropologa.blogspot.com/2011/06/o-superorganico.html>

La cultura expresa el grado de control que posee la humanidad en una forma histórica, determinada sobre sus condiciones de existencia y desarrollo. Ese dominio se ejecuta de manera específica y circunstanciada, por lo que puede ser considerada de manera auténtica cuando se corresponde con las exigencias de diverso carácter que una comunidad histórica, pueblo o nación debe plantearse³.

En tal sentido, la diversidad cultural es un concepto complejo. La Unesco en su Constitución de 1945 resume los objetivos básicos para el estudio de la misma, entre los que se encuentran: analizar la diversidad cultural en todas sus facetas e interpretaciones; mostrar la importancia de la diversidad cultural en los diferentes dominios de intervención (lenguas, educación y creatividad), la diversidad cultural como dimensión esencial para el diálogo de culturas.

La diversidad cultural es un hecho donde se aprecia una gran variedad de culturas, las que pueden ser distinguidas a partir de observaciones etnográficas: “La conciencia de esa diversidad [...] contribuye a que el tema obtenga mayor notoriedad”.⁴ De lo anterior se deduce que la cultura no puede ser estudiada como un ente estático ni encerrada en sí misma porque forma parte del llamado multiculturalismo o el también pluralismo cultural, ambos conceptos describen la existencia de varias culturas en una misma región, ciudad o país.

El diálogo intercultural depende en gran medida de las competencias interculturales, definidas como conjunto de capacidades necesarias para una relación adecuada con las capacidades y puntos de vistas de las personas (individuos y grupos de individuos) y sus múltiples expresiones que les permita participar en el proceso de diálogo⁵.

La identidad frente a la diversidad cultural

La diversidad cultural es algo asociado a la dinámica del proceso de aceptación social. Personas que por alguna razón deciden pautar sus vidas por normas preestablecidas y tienden a olvidar su idiosincrasia. En este aspecto, se aprecia una relación entre lo social visto como lo que está vigente en una sociedad y lo individual, o sea lo que cada persona asume de acuerdo con sus necesidades.

³ Pablo Guadarrama y N. Pereliguin: *Lo universal y lo específico en la cultura*, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1990, p. 17.

⁴ Unesco: ob. cit., p. 3.

⁵ *Ibídem*, p. 9.

El término diversidad evidencia la variedad y convivencia de ideas, características o elementos diferentes entre sí, en determinado aspecto, situación o ambiente. Asimismo, para comprender este aspecto la cultura no debe ser analizada solamente como cultivar o cuidar, sino con un nivel mayor de profundidad, como acciones prácticas que ocurren en un espacio y tiempo determinados; donde creencias, comportamientos, valores, instituciones y reglas morales se complementan dando sentido a una cosmología social, y a la identidad propia de un grupo humano en un territorio y en un determinado período⁶.

La diversidad cultural resume un grupo de diferencias entre culturas, o sea, la diversidad es la existencia de una multiplicidad de culturas o de identidades culturales. Como las más evidentes diferencias culturales que existen en los pueblos africanos, caribeños, la lengua, la vestimenta y las tradiciones los distinguen. También existen variaciones significativas en la forma como cada uno de los países organizan su sociedad, su moralidad y la manera en que se interrelacionan las personas en un determinado ambiente sociocultural.

En tal sentido, se puede aseverar que la cultura implica diversidad, esto es discutible y esas diferencias son apenas artefactos patrones de migración humana. Por analogía con la biodiversidad, que es considerada esencial para la sobrevivencia a largo plazo en la Tierra, es posible argumentar que la diversidad cultural puede ser vital para la sobrevivencia de la humanidad y que la preservación, por ejemplo de las culturas indígenas, puede ser tan importante para la humanidad como la conservación de las especies en un ecosistema para la vida en general.

La verdad es que la diversidad es una oportunidad, porque su comprensión aumenta nuestro conocimiento y capacidad de entender y aceptar las diferencias. Las ventajas de la diversidad son superiores a cualquier dificultad inicial que pueda surgir por causa de las diferencias entre las personas.

El concepto de diversidad es muy vasto, porque no solo estudia las diferencias individuales, culturales o religiosas, no es restringido apenas a los factores de raza y género. En tal sentido se reconoce que los estudios sobre raza y género han sido favorecidos en diferentes eventos y publicaciones,

⁶ Cosmología: del latín *cosmologia*, es el estudio del mundo del universo en general. Cfr. Nicola Abbagnano: *Diccionario filosófico*, Editorial Martín Fontes, Brasil, 1962, p. 215.

siempre con un enfoque de igualdad de oportunidades y no discriminación por lo que, naturalmente, la diversidad es asociada a dichos estudios.

La diversidad comprende una mezcla colectiva de todas las diferencias y semejanzas existentes entre las personas, y por eso debe ser inclusiva, permitiendo que todas las personas tengan una voz igualmente activa y oportunidades iguales. La idea fundamental de la diversidad es integrar las diferencias y semejanzas en un grupo, para que el resultado final sea mejor que las diferencias que cada uno presenta.

Beneficios del estudio de la identidad desde la mirada de la diversidad cultural

Las ventajas de realizar estudios acerca de la identidad desde una mirada de la diversidad cultural, están relacionadas con la posibilidad que tenemos de aprender más sobre otras culturas y sobre otras formas de trabajar y de ver las cosas. De la diversidad cultural también nacen las nuevas ideas, diferentes formas de entender los problemas, la cuestión de la tolerancia, y percibir cómo el otro funciona para comprenderlo y no generar conflictos o tensiones excesivas. La comprensión del otro pacifica el ambiente de trabajo, es este un aspecto importante para el progreso y para la prosperidad. Un mundo culturalmente diverso se torna necesario y permite desarrollar nuevas visiones sobre el diálogo intercultural para, de esta forma, superar las limitaciones de comunicación o incomprensiones que puedan existir.

Asimismo, sobresalen determinados aspectos para llegar a este fin, como son el análisis sobre las diversas formas por las cuales las culturas se relacionan unas con las otras, y una mayor consciencia de los valores morales y culturales que se comparten y los objetivos comunes para poder entender los obstáculos que afectan la comprensión de las diferencias culturales.

Para un buen desenvolvimiento de estos aspectos se debe acudir al diálogo intercultural, el cual no depende solamente del conocimiento de los otros, sino de la capacidad para oír, de la flexibilidad cognitiva, la empatía, la humildad y la hospitalidad. En este sentido, cultura y ética se entrelazan con el solo propósito de desenvolver el diálogo y la empatía entre hombres y mujeres de diferentes culturas, pero que tienen numerosas iniciativas que incluyen en sus proyectos de vida, en la educación de las diferentes generaciones, intercambian entre familias, realizan actividades participativas en el ámbito de la cultura y el arte en general.

Para lograr este diálogo entre culturas es necesario desarrollar una convivencia armónica, donde se ponga de manifiesto: Comprender la cultura del otro o sea intentar comprender los hábitos, las costumbres, las ideologías, los valores, las creencias del otro, respetando y no intentar sobreponer una cultura a la otra para que puedan coexistir y desenvolver la capacidad de comunicación.

Los grandes conflictos surgen, como regla general, por la falta de comunicación que existe entre las personas y, por lo general, comenzamos a hacernos estereotipos y no realizamos análisis previos. Conforme a la diversidad cultural debemos actuar manteniendo el respeto hacia los demás.

Por consiguiente, en nuestra consideración el estudio de la identidad con una mirada en la diversidad cultural tiene que ver con la integración de ideas y prácticas de diversos métodos que mejoren siempre la comunicación entre culturas. Esto presupone un ambiente de confianza, aceptación y aprecio, por tanto, la toma de decisiones adecuadas por los gestores de las políticas culturales de los diferentes contextos sociales.

Lo anterior supone diversidad y diferencia, diálogo y contraste, que presumen a su vez procesos de apertura, de contradicción, donde el respeto y la evidencia de discurso o de la argumentación adecuada se imponen. En tal sentido, la diversidad cultural debe ser considerada como diálogo intercultural y parte inseparable de lo identitario a partir de prácticas culturales concretas. Más que un diálogo entre culturas debería ser —como ya se expresó— un diálogo de situaciones humanas. Esto significa que lo que la interculturalidad debe relacionar, promoviendo además la conciencia de esta acción, es la diversidad de sujetos humanos⁷.

El eje central del diálogo entre identidad y diversidad cultural es el de aprovechar el fomento de las relaciones entre sujetos contextuales en situación para elaborar pasos que permitan un mejor discernimiento de lo que llamamos subjetividad humana, de los procesos de constitución de subjetividad y de las formas de expresión y/o su realización.

Asimismo, habría que proyectar el diálogo entre identidad y diversidad cultural como el espacio donde se discierne la bondad de las necesidades y deseos, memorias e imaginarios, por los que se definen los sujetos en y desde sus contextos de vida. Un diálogo intercultural como diálogo de situaciones entre sujetos concretos que hablan de sus memorias

⁷ Raúl Fonet Betancourt: *La interculturalidad a prueba*, 2015, p. 17, disponible en <http://www.daneprairie.com>

y planes, de sus necesidades y deseos, de sus fracasos y sueños, es decir, del estado real de su condición humana en una situación contextual específica, se presenta, por último, como el lugar donde se replantea la cuestión de la intersubjetividad.

Apuntando a una resignificación de la identidad cultural en el sentido que vamos dando a este término como parte de la identidad y de la intersubjetividad el replanteamiento de que hablo, encontraría un primer eje de ensayo en el discernimiento de las memorias y proyectos de los otros sujetos con quienes nos encontramos, así como en el contraste con nuestras propias tradiciones y aspiraciones, para decidir sobre la base de ese encuentro si hacemos o no camino común o, mejor dicho, cómo trazamos un proyecto humano capaz de generar encuentros cada vez más comunitarios.

La diversidad cultural no es solo un bien que debe preservarse, es también un recurso el cual es necesario promover para trabajar el distanciamiento entre culturas. Entre los principales aspectos que deben ser atendidos para realizar estudios de identidad y diversidad cultural están: la música, las danzas tradicionales, los idiomas, las religiones. Una etnia (del griego *ἔθνος*, *ethnos*, “pueblo” o “nación”) es una población humana en la cual los miembros se identifican entre ellos, normalmente con base en una real o presunta genealogía y ascendencia común, o en otros lazos históricos.

Las etnias están también normalmente unidas por unas prácticas culturales, de comportamiento, lingüística, o religiosas comunes. Dichas comunidades comúnmente reclaman para sí una estructura social, política y un territorio, aunque generalmente, el término etnia se usa a veces erróneamente como un eufemismo para raza, o como un sinónimo para grupo minoritario.

La diferencia entre estos términos radica en que mientras el término etnia comprende los factores culturales (nacionalidad, afiliación tribal, religiosa, fe, lengua, o tradiciones) y biológicos de un grupo humano, la raza específicamente alude a los factores morfológicos distintivos de esos grupos humanos (color de piel, contextura corporal, estatura, rasgos faciales, etc.) desarrollados en su proceso de adaptación a determinado espacio geográfico y ecosistema (clima, altitud, flora, fauna, etc.) a lo largo de varias generaciones. Así, la palabra “raza” es solo un concepto que ha sido asociado al de etnia⁸.

⁸ Lisbeth Natalia Mendoza: Cultura africana, 2011, p. 5, disponible en www.lisethnataliam07.blogspot.com/p/cultura-africana.html

Autoconciencia, cultura e identidad

Adriana Mercedes Ortiz Blanco

Identidad e identidad cultural. Puntos comunes y diferencias

La identidad, en su sentido más amplio, no debe ser analizada de forma estática, por el contrario solo puede comprenderse en la medida en que es vista como un conjunto de relaciones cambiantes, donde lo individual y lo social son inseparables, por lo que ella es sí misma constituye un proceso de identificaciones históricamente apropiadas que le confieren sentido a un grupo social y le dan estructura significativa para asumirse como unidad.

En primera aproximación, la identidad tiene que ver con la idea que tenemos acerca de quiénes somos y quiénes son los otros, es decir, con la representación que tenemos de nosotros mismos en relación con los demás. Implica, por lo tanto, hacer comparaciones entre las gentes para encontrar semejanzas y diferencias entre ellas. Cuando creemos encontrar semejanzas entre las personas, inferimos que comparten una misma identidad que las distinguen de otras personas que no nos parecen similares¹.

De esta forma, se coincide con Carolina de la Torre, la identidad no es algo que está ahí, sino que hay que descubrirla, necesita ser pensada, reconocida, aceptada, es un proceso práctico comunicativo donde existen dos polos: uno los propios sujetos de esa identidad que la reconocen y aceptan, y otros que la rechazan. “Ello significa que la formación de las identidades tiene lugar en la actividad y la comunicación humanas mediante interacciones, en las cuales —por muy fuertes que son los mecanismos de poder, educación, seducción— unos y otros reciben, ofrecen y cambian; unos y otros son activos”².

¹ Gilberto Giménez: *Cultura, identidad y procesos de individualización*, Instituto de investigaciones sociales, UNAM, México, 2010, p. 2.

² Carolina de la Torre: “Identidad e identidades”, *Temas*, no. 28, 2002, p. 34.

Todo sistema de hechos, acontecimientos y factores económicos, políticos, científico-técnicos, sociales y antropológicos de la cultura como totalidad compleja, ha llevado a repensar y redefinir en diferentes épocas y momentos de la historia la identidad cultural³.

El estudio de la identidad cultural ocupa un lugar importante en el debate académico y en el pensamiento de muchos pueblos. El término identidad es multiaspectual, su significado varía según el objeto de estudio que se asuma. Es por ello que al estudiar la identidad cultural no debe ser analizada como una singularidad, porque se obvian los aspectos generales de un pueblo o nación.

La identidad cultural constituye una representación que tiene el individuo —sujeto— acerca de lo que significan los aspectos o facetas de la cultura que se hacen cada vez más significativos, y por ello, logra dicho sujeto una mayor identificación; la misma está constituida por un sistema de creencias, actitudes y comportamientos que le son comunicados en el contexto social, lo que la hace ser un modo de sentir, comprender y actuar en la sociedad.

La identidad cultural remite a la cultura⁴, y es por eso que la identidad cultural, “tiene que presentarse bajo la forma de una reafirmación de la propia tradición cultural y las costumbres”⁵ La identidad cultural de un pueblo puede alcanzarse al detectar las singularidades que tiene su cultura, que es transmitido por la educación y la tradición cultural, lo que constituye el sí mismo de un pueblo. Identidad cultural también es alma, espíritu, amor por lo nuestro, meta común y acuerdo en lo fundamental para lograr el desarrollo; es identificación plena con

³ Miguel Rojas: *Identidad cultural e integración*, serie filosófica, no. 19, Universidad de San Buenaventura, Bogotá, Colombia, 2011, p. 57.

⁴ La cultura en el contexto de este trabajo es analizada de acuerdo con los criterios de Pablo Guadarrama y Nikolai Pereliguin en el libro: *Lo universal y lo específico en la cultura*, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1990, p. 17. Como una actividad eminentemente humana, no extensiva al mundo animal, y además circunscripta también a determinados requisitos conceptuales dentro de la sociedad, prevalece una carga axiológica la cultura expresa el grado de control que posee la humanidad en una forma histórica y determinada sobre sus condiciones de existencia y desarrollo. Ese dominio se ejecuta de manera específica y circunstanciada, por lo que puede ser considerada de manera auténtica cuando se corresponde con las exigencias de diverso carácter que una comunidad histórica, pueblo o nación debe plantearse.

⁵ Luis Villoro: “Sobre la identidad de los pueblos”, en León Olivé y Fernando Salmerón (eds.): *La identidad personal y la colectiva*, Cuadernos no. 62, UNAM, México, 1994, p. 90.

el pasado, el presente y el porvenir de una sociedad. La identidad cultural es el conjunto de características comunes con las que se identifica un grupo humano donde, por un lado se aprecia una serie de elementos materiales compartidos como son: las ceremonias y las instituciones, y por otro lado los componentes de carácter subjetivo y social como es la propia idea de pertenencia al grupo, conocimientos, mitos y costumbres, en otras palabras, es el sello distintivo de un pueblo, de su historia, y se relaciona además con la capacidad de asociarse y sentirse como parte de un grupo, a partir de su cultura.

Si bien habitualmente la cultura remite al idioma, la raza, la herencia, la religión, la identidad cultural, también se asocia a la clase social, la localidad, la generación u otros tipos de grupos humanos. La identidad cultural se refiere al grado en que una persona se siente conectada, parte de un grupo cultural, al propio grupo de referencia en el que ha crecido. Incluye una compleja combinación de factores, tales como autoidentificación, sentido de pertenencia o exclusión, deseo de participar en actividades del grupo.

El concepto de identidad cultural no se puede tomar desde un punto de vista esencialista o estático. Este punto de vista se queda en un enfoque culturalista, que concibe al grupo como un todo cohesionado y sin fisuras, dotado de una identidad que es igual para todos los miembros del grupo por el mero hecho de pertenecer a él. La identidad, de esta forma, queda vinculada al grupo cultural como una impronta de la que el individuo no puede desligarse.

El destacado investigador cubano Miguel Rojas afirma que la identidad cultural constituye:

[...] una categoría omniabarcadora y compleja, que como identidad en la diferencia contiene, en correlación, la mismidad y la alteridad, el yo y el otro, de aquí su carácter inclusivo; representando una identidad colectiva como horizonte de sentido, con capacidad de autorreconocimiento y distinción, la cual caracteriza la manera común de vivir en el tiempo y el espacio del ser humano; expresando el quehacer del hombre en el proceso de creación y re-creación comunicativa; la cual, como síntesis de múltiples determinaciones o dimensiones, comporta un universal concreto-situado, es decir, un aquí

y ahora, respondiendo a las preguntas qué he sido, qué soy y qué papel habré de desempeñar en el presente y futuro.⁶

Entre los elementos distintivos de la identidad cultural se encuentran: las construcciones e interacciones sociales, las cuales deben funcionar y relacionarse mutuamente, donde la perspectiva personal se relaciona con lo social y el marco histórico de la cultura la cual en su capacidad de transmitirse de generación en generación va construyendo un entramado sociocultural.

Pueden connotarse otros principios matrices entre los que se destacan las determinaciones y contextos que conforman la identidad cultural; tienen un carácter concreto y relativo. Significa que una identidad cultural específica puede coincidir en interactuar con otras identidades culturales, ya sea en lo económico, lo político, lo científico-tecnológico, la lengua, la religión, entre otras.

A lo anterior se une que la identidad cultural, identidad en la diferencia, representa una diferencia específica al permitir comprender la diferencia entre una y otra cultura, por lo que constituye una identidad colectiva y humana formada por un sistema de relaciones socioculturales⁷.

Autoconciencia e identidad cultural

La literatura científica muestra disímiles acepciones del término autoconciencia que remiten a los diferentes usos del vocablo desde lo psicológico, siendo comunes las referencias como forma de comportamiento real. Este concepto es válido en tanto cumpla las exigencias metodológicas de la ciencia que lo asuma y no sea parcializado o esquematizado, sino que pueda ser interpretado desde el prisma que se trate⁸.

El concepto de autoconciencia que tiene su génesis en la filosofía india, la cual puso de manifiesto los grandes problemas de la vida y cómo tratar de resolverlos. En este contexto, el hombre considera la cultura como existencia, como la vía para experimentarla en sí mismo y tal cual se desarrolla en el contexto donde habita, o sea una relación de aprehen-

⁶ Miguel Rojas: *Identidad cultural e integración*, Serie filosófica no. 19, Universidad de San Buenaventura, Bogotá, Colombia, 2011, p. 57.

⁷ *Ibidem*, p. 59.

⁸ Adriana Ortiz: "La perspectiva filosófica de la relación hombre naturaleza y su expresión en figuras de las ciencias en Cuba", tesis de doctorado, Universidad de Oriente, Santiago de Cuba, 2007, p. 16.

sión del sujeto cognoscente de su realidad cultural donde se incluye el conocimiento de los rasgos que diferencian un pueblo de otro.

Asimismo, la autoconciencia en los estudios sobre la identidad cultural implica un nexo entre conocimiento, reflexividad y racionalidad, lo que representa el reconocimiento, la responsabilidad ante la cultura como fenómeno social. Este es el vínculo moral y político real y más profundo de la identidad cultural⁹.

La autoconciencia guarda relación con la autorreflexión, con lo orientativo en el comportamiento del individuo, en general y hacia la cultura, en particular. Se trata de que el individuo desempeñe con responsabilidad sus acciones y tenga en cuenta en estas a los demás miembros del grupo íntimamente vinculados con un contexto social dado. Esto permite indicar cómo asumir las actitudes frente a la cultura, indica decisiones, iniciativas, elección individual y toma de conciencia. Pensar la identidad cultural en nexo con la autorreflexión es hacer que el individuo desarrolle una autoconciencia de sí. Ello se vincula con el conocimiento sobre la cultura y el entorno donde convive el individuo.

Los individuos como ninguna otra especie intervienen en la conformación de la autoconciencia, o sea, es la capacidad que tienen los mismos de intervenir como sujetos en las acciones que repercuten en el desarrollo de su cultura individual y social, sus decisiones oportunas. Se entrelaza aquí lo individual con lo social. Para que proceda la autoconciencia y su relación con la identidad cultural es preciso que exista un sujeto consciente, el cual constituye expresión del lado subjetivo, o sea, la intervención del sujeto, sus acciones para la conservación de su cultura, desarrolla un sentimiento de responsabilidad individual.¹⁰

La importancia de esta distinción radica en lo siguiente: la autoconciencia en este contexto se utiliza en sentido propio a los sujetos individuales dotados de conciencia y psicología, los cuales reflejan una relación entre lo individual de sus identidades y su coincidencia con el colectivo, muestra de una psicología propia. Por tanto, la identidad cultural es un proceso autoreflexivo por el que los sujetos definen su diferencia de otros sujetos y de su entorno social mediante la autoasignación de un

⁹ Francisco Martín: "Autoconciencia e identidad personal", *Península*, vol. 5, no. 1, 2010, p. 15.

¹⁰ Adriana Ortiz: "Autoconciencia hacia la naturaleza. Un debate entre lo diverso y lo complejo", *M+A, Revista Electrónica de Medio Ambiente*, vol. 17, no. 2, 2016 p. 45.

repertorio de atributos culturales frecuentemente valorizados y relativamente estables en el tiempo.

La autoconciencia guarda una estrecha relación con la identidad cultural, por lo que en la apretada síntesis de este artículo se asume como: reflexión del individuo de sí mismo en tanto su contenido implica la existencia de una relación con la cultura como forma de comportamiento, de actividad práctica, de conocimiento. Es la expresión del individuo ante su realidad, en general y la cultural, en particular¹¹. Si aceptamos que la autoconciencia es expresión de identidad de un sujeto, se asumen características donde la voluntad de distinción, demarcación y autonomía con respecto a otros sujetos se aprecian. Lo anterior condiciona la pertenencia social que implica la identificación del individuo con diferentes categorías, grupos y colectivos sociales, unidos a los aspectos particulares que determinan la unicidad idiosincrásica del sujeto en cuestión.

Cabe añadir todavía que, la pertenencia social implica compartir, aunque sea parcialmente, los modelos culturales de tipo simbólico expresivo de los grupos o colectivos en cuestión. A lo anterior se unen los rasgos característicos individuales de las personas, o sea el conjunto de tendencias, actitudes capacidades, incluyendo lo relativo a la imagen del propio individuo, inteligente, perseverante, imaginativo, mientras que otros tienen un significado relacional tolerante, amable, comunicativo, sentimental.

No menos importancia tiene en el reconocimiento de la autoconciencia para el estudio de la identidad cultural lo referido a los estilos de vida relacionados con las preferencias personales en materia de consumo, lo que hoy se aprecia en aquellos que eligen estilos ecológicos, como es el no consumir productos con componentes transgénicos, y en el comportamiento a favor de la protección de la naturaleza y la biodiversidad; son estos aspectos los que hablan también a favor de la identidad cultural.

Al respecto Edgar Morín reconoce que, en todo individuo, el legado cultural se combina con su herencia biológica, determinando estimulaciones o inhibiciones que modulan la expresión de esta herencia. Así cada cultura, mediante su sistema de educación, su régimen alimentario, sus modelos de comportamiento, reprime, inhibe, favorece, estimula, determina la expresión de tal aptitud, ejerce sus efectos sobre el funcionamiento cerebral y sobre la formación del espíritu, y así interviene

¹¹ Adriana Ortiz: "Autoconciencia, ciencia y filosofía en la relación hombre-naturaleza", *Omnia*, año 18, no. 1, 2012, p. 114.

para co-organizar y controlar el conjunto de la personalidad¹². La cultura llega a inscribir en el individuo su modo de conocer y de comportarse, interviene en las creencias, ideas, doctrinas, que disponen de la fuerza imperativa de la verdad donde se mezclan, además, las relaciones interpersonales. En efecto, cada quien tiende a formar en rededor un círculo reducido de personas entrañables, cada una de las cuales funciona como el otro yo. La ausencia de este círculo íntimo generaría en las personas el sentimiento de una soledad insoportable¹³.

Desde esta perspectiva se puede decir, que la identidad cultural no es más que la representación que tienen los individuos o grupos, de su posición en el espacio social y de su relación con otros individuos o grupos que ocupan la misma posición o posiciones diferenciadas en el mismo espacio. Así, por ejemplo, la identidad de un grupo campesino tradicional siempre será congruente con su posición subalterna en el campo. Lo anterior se explica que dicho grupo puede cultivar la música campesina por una transmisión generacional o por estudios que realice de las características de la misma, y no necesariamente habitar en el campo, pero genera una identificación de un grupo a dicho sonido musical.

Se puede afirmar que en la vida social las posiciones y las diferencias de posiciones que fundan la identidad cultural existen bajo dos formas: la objetiva, es decir, independiente de todo lo que los agentes puedan pensar de ellas; y la simbólica y subjetiva, esto es, bajo la forma de la representación que los individuos se forjan de las mismas¹⁴.

De esta manera, se muestra la complejidad de la autoconciencia para el estudio de la identidad cultural en relación con las facultades de autorganización de la autonomía que puede conferir el individuo al respeto y cuidado de la cultura. Cuando en un sistema se construyen modelos internos o representaciones internas de sí mismo, en concepto de ayuda a la conducta autónoma de autorganización, el sistema se desarrolla. A ello contribuye la capacidad de aprehensión y el comportamiento del individuo hacia la cultura y la sociedad en general. Se hace necesario instrumentar estrategias comunitarias para favorecer estilos de vida más activos a partir de las modificaciones y aprehensiones culturales sin perder la consciencia de sí mismo, lo que nos une y lo que nos diferencia.

¹² Edgar Morín: “Antropología de la libertad”, *Gazeta de Antropología*, no. 16, 2000, p. 18.

¹³ Gilberto Giménez: *Cultura, identidad y procesos de individualización*, UNAM, México, 2010, p. 6.

¹⁴ *Ibidem*, p. 12.

Cultura histórica, memoria histórica e identidad. Retos y desafíos

Aimé Teresa Ortiz Blanco

Jorge Montoya Rivera

María de los Ángeles Reina González

La cultura histórica como parte de la formación del profesional de los estudiantes universitarios, es un elemento que se debe tener en cuenta para concretar las aspiraciones de la educación superior cubana. El trabajo refiere pautas que hay que tener en cuenta desde la cultura histórica el logro de la calidad de la enseñanza de la historia que en los momentos actuales exige nuevos retos y desafíos desde la didáctica de la Historia y comprometido con los nuevos tiempos, solo así se hará realidad de llegar a adquirir sentido, y esencia humana como expresión directa de los cambios que se producen en la sociedad contemporánea actual.

No se trata de hacer de la historia una materia independiente del presente y de un proyecto de futuro, sino que la historia es un cúmulo de experiencias y un conjunto de procesos sociales que nos permiten pensar sobre nuestra realidad, incluso pensar en lo que aún no ha ocurrido, de modo que todo se hace materia histórica donde confluyen continuidades y discontinuidades.

El hombre posmoderno se percata de que la Historia avanza a gran velocidad, pero no sabe exactamente hacia dónde. Algunos historiadores han sugerido que precisamente es la fragilidad del presente y la incertidumbre del futuro lo que ha producido la eclosión del interés social por la memoria. En efecto, el pasado es el único lugar estable y seguro, que ya no está sujeto a los vaivenes del cambio.

Ante el vértigo producido por la aceleración de la Historia, nos agarramos al pasado como uno de los últimos asideros posibles. Así, el pasado, que desaparece progresivamente como latencia, reaparece como memoria. Ya que no podemos vivir en el pasado porque la aceleración histórica nos aleja de él, procuramos retenerlo en forma de memoria, de recuerdo, de historia. El pasado, que ya no forma parte de nuestra experiencia cotidiana, es, sin embargo, un anclaje seguro en el que podemos amarrar nuestra tambaleante identidad social.

En efecto, la actual aproximación al pasado tiene un tono claramente identitario. En un mundo en constante transformación, fragmentado y relativo, las conciencias identitarias encuentran en la Historia un pavimento firme donde fundamentarse. Acudimos a la Historia para hallar nuestras raíces y nuestras razones, para encontrar un hilo coherente y estable de nuestra identidad individual y social.¹ Lo anterior nos alerta en cuanto a la necesidad de lograr una enseñanza de la Historia más cercana a los nuevos contextos universitarios, tener en la mira la aceleración del mundo contemporáneo que ha acentuado la necesidad de lograr que los procesos formativos en la enseñanza superior vayan más allá de una pulsión humana basada en nuestra propia realidad antropológica.

La enseñanza de la historia en nuestras universidades nos permite transmitir experiencias del pasado para abrir caminos al futuro, por tanto constituye una exigencia social que la formación del profesional universitario se exprese a través de sólidos contenidos históricos que luego se convertirán en conocimientos. Desde esta perspectiva formativa, el presente trabajo pretende convertirse en un intento de aproximación de dotar a los futuros profesionales universitarios de las herramientas necesarias para contribuir con el encargo social de la educación superior cubana actual desde una sólida instrucción histórica.

La historia en los contextos universitarios debe convertirse en un instrumento de aprendizaje crítico para que los procesos sustantivos que hoy se debaten en los espacios no solo académicos, sino también culturales y científicos, logren sincronizar con independencia y rigor el funcionamiento de la sociedad; por tal motivo creemos pertinente que se tengan en cuenta el binomio cultura histórica, y memoria histórica en la formación del profesional universitario en el contexto universitario actual.

La formación de la cultura histórica de los estudiantes en los inicios del siglo XXI, plantea la necesidad de jerarquizar determinados procesos que actúan de manera integrada en el contexto en que se desenvuelve el hecho educativo. Dentro de esos procesos se incluyen, por un lado, la preparación en el conocimiento de los fenómenos históricos de la contemporaneidad, con su importante carga político-ideológica. Por otro lado, la formación integral de los estudiantes exige nuevas concepciones

¹ Olga Pérez Llufrío: "Importancia de la Historia en la formación del profesional de Cultura Física", *EFDdeportes.com*, no. 194, 2014, p. 58, disponible en <https://www.efdeportes.com/efd194/la-importancia-de-la-historia-en-la-formacion-profesional.htm>

en la capacitación de los docentes, para enfrentar con éxito la labor educativa desde la cultura histórica sobre la realidad actual.

La comprensión de la importancia de la cultura histórica en la formación del profesional universitario, es un elemento fundamental para la elevación de la calidad educativa en la universidad cubana actual. Difícilmente podrán asumir las nuevas generaciones las actitudes transformadoras que se requieren para salvar a la humanidad, sin el conocimiento profundo de los complejos problemas globales de la contemporaneidad.

En ese empeño resulta esencial la labor educativa de los docentes, a partir del profundo conocimiento de la realidad histórica más reciente. La formación de convicciones, puntos de vista, opiniones, entre otros elementos, oficia como aspecto central de la preparación de los profesores, para enfrentar con éxito la dirección del sistema de influencias sobre los alumnos. Preparar al futuro profesional universitario, exige en el contexto actual de la universidad cubana, un desafío, a partir de una necesidad de contextualización de la Historia que se imparte. La Educación cubana del siglo XXI, está comprometida con un profesional capaz de garantizar un futuro sostenible e integral, para enfrentar los complejos procesos que se producen en la sociedad. Desde una dimensión humana y práctica social, se necesita de una posición de defensa y orgullo nacional, frente a los dilemas que presenta el mundo de hoy, tecnificado y donde la informatización se acrecienta cada día más.

La cultura histórica constituye un reto de importancia trascendental, a partir de contribuir a la preparación de un profesional que, desde su formación, posibilite dar respuestas, con competencias profesionales a la realidad social. El concepto de cultura histórica expresa una nueva manera de pensar y comprender la relación efectiva y afectiva que un grupo humano mantiene con el pasado, con su pasado. La perspectiva de la cultura histórica propugna rastrear todos los estratos y procesos de la conciencia histórica social, prestando atención a los agentes que la crean, los medios por los que se difunde, las representaciones que divulga y la recepción creativa desde el pasado, el presente y el futuro de la ciudadanía.

Si la cultura es el modo en que una sociedad interpreta, transmite y transforma la realidad, la cultura histórica es el modo concreto y peculiar en que una sociedad se relaciona con su pasado². Al estudiar la cultura

² Aquirino Segura Alayo: "La cultura histórica de los profesionales en formación", 2012, p. 10, *16 de Abril*, disponible en <http://www.16deabril.sld.cu/rev/250/sf2.html>

histórica indagamos la elaboración social de la experiencia histórica y su concreción objetiva en la vida de una comunidad; elaboración que, habitualmente, llevan a cabo distintos agentes sociales —muchas veces concurrentes— a través de medios variados.

Es imposible acceder al pasado, en cuanto que pasado, para aproximarnos a él, debemos representarlo, hacerlo presente a través de una reelaboración sintética y creativa. Por ello, el conocimiento del pasado y su uso en el presente se enmarcan siempre dentro de unas prácticas sociales de interpretación y reproducción de la historia. La conciencia histórica de cada individuo se teje, pues, en el seno de un sistema sociocomunicativo de interpretación, objetivación y uso público del pasado, es decir, en el seno de una cultura histórica.

Las connotaciones más bien cognitivas que tiene el término de cultura histórica, sin que esta aproximación desdeñe la dimensión estética, marcan una diferencia de enfoque con el subrayado de los aspectos vivenciales e inconscientes asociados a los estudios en el ámbito de la memoria. Una historia fría y distanciada, sería socialmente inerte y apenas operativo.

Desde una perspectiva formativo-educativa, la cultura histórica debe analizarse desde diferentes dimensiones de análisis, teniendo en cuenta que este concepto que hoy estamos refiriendo, mantiene conexiones históricas como parte de un proceso de articulación de rasgos esenciales de la vida material y de la experiencia humana, los cuales son conservados en contextos espacio-temporales y en movimiento.

Comparto la dimensión desde lo sociológico del investigador Beapts, al ubicar a la cultura histórica como un “estudio desde lo local, lo regional a la búsqueda de las identidades culturales, a lo familiar, modos de vida, lo tradicional, lo autóctono”.³ En una contrapartida de la invasión de la cultura enajenante, que emiten los medios técnicos de la información, producto del mundo globalizado de hoy, con respecto a esto se realiza una pérdida de estas identidades propias de cada región que repercute en la relación dialéctica de lo general y lo particular.

Es por esto que, desde el punto de vista filosófico, se parte de analizar los conceptos de historia y cultura histórica, con el objetivo de examinar

³ Johannes Beapts Metz: *Por una cultura de la memoria*, Editorial Anthropos, Barcelona, 2009, p. 191.

la relación y unidad intrínsecas de la historia como ciencia-histórica y como asignatura, es decir su relación con la didáctica.

Desde los tiempos antiguos, el hombre manifestó un vivo interés por su pasado como una forma de explicar su existencia y la del medio que lo rodeaba. El desarrollo de los conocimientos históricos comenzó con la narración de los acontecimientos destacados en la vida de los pueblos, con la descripción de sus costumbres y modo de vida, de los actos y personalidades. Sobre la base de la comunicación, el lenguaje desarrolla la vida del hombre en la humanidad en su devenir histórico-social y lo complejo de la relación del hombre con la naturaleza, por lo que el desarrollo de la comunicación, su forma de interacción y las vías para conseguirla le son inherentes en la actividad humana. En todo este proceso el lenguaje le ha permitido al hombre actividades generales y específicas. La comunicación está condicionada por las relaciones sociales y por el contexto donde actúa.

Queda demostrado que realizar desde lo formativo la relación historia-ciencia, parte de los presupuestos abordados por esta y sus cambios paradigmáticos desde las concepciones por las que ha transitado el concepto de historia. Durante el Renacimiento se produjeron transformaciones, cambios en la cultura; la ciencia, hace que el hombre evolucione su forma de pensar, de actuar, de relacionarse con los demás; se demostró que el hombre en su relación con la historia está ligado en unidad.

La capacitación de los profesores desde la Historia como ciencia, constituye un aspecto de trascendencia, pues puede identificarse como el proceso permanente, reflexivo y consciente del docente en ejercicio, para lograr la actualización continua y la integración de los conocimientos históricos. Esta capacitación parte de la comprensión de las situaciones actuales del mundo contemporáneo y la Educación para la Paz, así como la interacción del pensamiento histórico con el pensamiento pedagógico.

Se necesita que en ese proceso se comprendan las aproximaciones a la Historia como ciencia y la cultura histórica, permiten abordar el problema global esencial de la contemporaneidad: injusticia social-violencia y el enriquecimiento constante con hechos que se suceden cada día. Ello influye en la vida cotidiana, a partir del vínculo entre contextos sociales diversos, lo que imprime particularidades a su investigación. Esta característica debe servir de base para orientar la actividad de los sujetos en la práctica social.

A su vez, la capacitación debe partir de la Historia como ciencia, cuyo tratamiento atraviesa todo el sistema educativo. El diseño, desde la

asignatura, debe dirigirse a instrumentar vías de actualización del sistema de conocimientos, que impidan el envejecimiento de los contenidos, y a la vez, posibilitar los vínculos entre lo internacional, lo nacional y lo local, para identificar posibles repercusiones en la vida cotidiana.

La capacitación de los profesores se constituye en factor fundamental para contribuir a la formación profesional, y con ello elevar la calidad de la educación. Esta tarea puede ser concebida como una de las acciones principales para lograr la excelencia de los docentes en el proceso docente educativo, y lograr a través del proceso de enseñanza aprendizaje una cultura histórica que luego será apropiada por los estudiantes. Los profesores en ejercicio, deben partir de la relación entre la lógica de la Historia como ciencia, como asignatura y su significado en la formación profesional de los estudiantes.

Derivada de los presupuestos anteriores, la cultura histórica puede concebirse como el conjunto de valores incorporados a la personalidad de los individuos, tomando como base el conocimiento histórico de la contemporaneidad. Es una vertiente de la cultura que debe considerar el dominio de los procedimientos para crear, aplicar y transmitir esos valores. Para ello, se debe partir del análisis sistemático de ese componente de la historia, teniendo en cuenta la vivencia de las personas.

La formación del profesional universitario en los inicios del siglo XXI plantea la necesidad de jerarquizar determinados procesos que actúan de manera integrada en el contexto en que se desenvuelve el hecho educativo. Estos procesos incluyen, por un lado, la preparación del conocimiento de los fenómenos históricos contemporáneos y, por otro lado, la formación integral de los estudiantes exige nuevas concepciones en la capacitación del docente, para enfrentar con éxito su labor desde la cultura histórica sobre la realidad actual.

Según opinión de la autora, la cultura histórica es una dimensión del conocimiento, la investigación y la divulgación de la historia merece, por tanto, la reflexión y el análisis de nuestros docentes en aras de perfeccionar la educación de las nuevas generaciones en la enseñanza superior.

En consecuencia, la cultura histórica adquiere una significación de primer orden dentro de las necesidades de la capacitación de los profesores en ejercicio en la universidad cubana actual. Lograr una cultura histórica coherente con los nuevos tiempos y contextos actuales exige retos que deben lograrse a partir de la contribución desde los procesos

sustantivos de la enseñanza superior cubana, el cambio de realidades en la Historia que se imparte, y cómo llega a los futuros profesionales.

Las universidades cubanas deben transformar la visión histórica limitada por la presentación descriptiva de los hechos y acontecimientos, sin la profundización necesaria, se debe lograr que el relato de los hechos no solo vaya dirigido, a la ilustración e información como tal, sino revelar el verdadero acontecer en su dinámica, favoreciendo así el proceso de investigación, y se debe incidir desde lo formativo-educativo en las carencias de conocimientos de los alumnos de grados precedentes de la Historia en general, y romper con esquemas tradicionales para que los futuros profesionales puedan reflexionar y comprender los hechos históricos.

En este empeño resulta esencial la labor del docente, a partir del conocimiento de la realidad histórica más reciente. La formación de convicciones, puntos de vista, opiniones, entre otros elementos, oficia como aspecto central de la preparación del docente, para enfrentar con éxito la dirección del proceso de enseñanza aprendizaje.

Estos argumentos permiten identificar los desafíos relacionados con la necesidad de contar con una verdadera cultura histórica en la formación del profesional universitario, lo que es un imperativo de primer orden en la formación político-ideológica, para contribuir a la supervivencia de la Revolución cubana en la formación del ser humano, capaz de orientarse adecuadamente en la inestable realidad mundial. Teniendo en cuenta lo anterior debe incrementarse la pertinencia de la institución docente, la misma debe continuar modificándose para satisfacer el encargo social de preparar para la vida a las presentes y futuras generaciones, hacia un tipo de centro que habilite al estudiante para comprender la compleja situación de la humanidad y participar en su transformación.

La cultura histórica en la formación del profesional universitario demanda de las siguientes exigencias en el ámbito no solo académico, sino extracurricular para cumplimentar las exigencias que se demandan de nuestros futuros profesionales, por lo que se proponen algunas de las alternativas para tener en cuenta: La clase, se considera la más importante alternativa en la que debe incorporarse, de forma lógica, lo local en su vínculo intrínseco con los acontecimientos nacionales que se están tratando; el trabajo docente que se realiza en el museo municipal tiene un papel clave en el estudio de la historia local, ya que permite el trabajo directo con las fuentes originales o no, que por sí mismas constituyen fuentes históricas, díganse fundamentalmente objetos valiosos, u otros

medios visuales gráficos o simbólicos. Los manuscritos u otros documentos cuyo estudio pueda tener algún grado de dificultad para los estudiantes, se deben enfocar muy casuísticamente. Las formas más utilizadas son la visita al museo y la realización de trabajos investigativos realizados de manera independiente por los estudiantes. Ambas necesitan de una guía, la primera que permita la observación, toma de notas, emitir valoraciones, etc. En todos los casos el docente debe prepararse previamente y realizar una adecuada orientación de la actividad, de la que pueden derivarse la realización de seminarios, mesas redondas, encuentros de conocimientos.

Otra de las formas que se pueden adoptar es la excursión histórica de larga tradición, pero en estos momentos son pocos los docentes que la consideran oportuna, sin embargo, la misma permite incorporar diversas fuentes de conocimiento histórico, haciendo más variada la actividad cognoscitiva y despertando el interés por la asignatura y por el conocimiento de la localidad, su conservación y cuidado. Se pueden organizar excursiones a lugares históricos, entornos socioculturales, monumentos que, aunque para algunos constituye una variante de la excursión, se distingue de esta por su peculiaridad de ser más individualizada; permite la búsqueda de información y propicia, entre otras posibilidades, el vínculo con la comunidad y el desarrollo del trabajo político ideológico con los estudiantes.

Asimismo, el testimonio permite, a partir de la información oral brindada por un testigo o participante en los hechos estudiados, no solo profundizar en el mismo, sino establecer una fuerte relación emocional con el objeto de estudio. Se consideran como variantes: la entrevista, la conferencia y el conversatorio. Para su desarrollo, el docente debe determinar el asunto, el posible testimoniante y preparar a los estudiantes previamente, y la investigación docente propicia el desarrollo de investigaciones históricas vinculadas a su enseñanza como trabajo científico de los estudiantes ubicados en los municipios.

Se reconoce, así mismo, que el taller es una forma de organización del proceso de enseñanza-aprendizaje que al igual que las antes mencionadas, posibilita una educación interactiva y desarrolladora. A juicio de la autora se asume esta forma de organización del taller, como una importante forma de organización, en la que puede tratarse de manera de sistema lo local en su vínculo intrínseco con el acontecer nacional que se está tratando, desde la labor creativa del grupo.

En tratamiento de la cultura histórica como componente esencial para la integralidad de los futuros profesionales, el enfoque interdisciplinario y la incorporación de los resultados de las investigaciones locales, regionales y nacionales, se hacen materiales fácticos de suma importancia en la apropiación de la historia que se imparte. Se trata de que la relación historia y cultura histórica constituya un binomio, donde los estudiantes conozcan no solo lo que ha aportado su localidad al proceso revolucionario cubano, sino lo que caracteriza culturalmente a su territorio de origen y contribuya a la salvaguarda de las más ricas tradiciones culturales de su entorno más cercano: “La docencia de la Historia debe abrir puertas a la literatura, al pensamiento y dar una visión más humanística, que tanto tiene que ver con la formación integral del estudiante y otro elemento a destacar es ese espacio que articula las experiencias obtenidas en las investigaciones históricas...”⁴

Con independencia del valor inobjetable que representan las nuevas tecnologías, se hace necesario insistir en cómo conjugar la didáctica de la Historia con el propósito de contribuir en los momentos actuales, a identificar los aspectos socioculturales de la actividad práctica y social, y vincularla con la formación de un profesional competente e integral.

El logro de una cultura histórica en la formación profesional universitaria permitirá: El desarrollo en los futuros profesionales de sentimientos de identidad y respeto y compromiso con el proyecto social que en nuestro país se construye; la difusión y preservación desde lo individual y lo colectivo de los procesos y fenómenos históricos, y el desarrollo de los niveles de estimulación por la auto superación y la búsqueda de nuevas vías, ampliando a su vez el acervo cultural, lo que los pondrá en mejores condiciones como seres humanos, donde el sentido de pertenencia sea un resorte que provoque mejores resultados en identificar cómo y para qué se necesita y precisa una mejor preparación académica, que se expresa en diferentes campos y esferas de la actividad profesional en la enseñanza universitaria hoy, a saber, en la esfera económica, política, intelectual cognoscitiva, moral y cultural de su conducta.

Las reflexiones teóricas del presente trabajo han de convertirse en un constructo que ineludiblemente debe plantearse la necesidad de contribuir a la formación de profesionales en relación con los nuevos esce-

⁴ Horacio Díaz Pendáz: “Consideraciones sobre la enseñanza de la Historia”, *Cuba Socialista*, vol. 4, núm. 6, 2008, p. 62.

narios que se dan en los contextos, no solo universitarios sino también en el campo tecnológico, en la construcción de una cultura histórica como componente formativo-educativo. Está claro que la formación de profesionales para desempeñarse en la universidad cubana actual se enfrenta con una realidad tan distinta a la tradicional; debe ser diferente, no tan solo en los contenidos programáticos sino en la entrega de nuevas competencias de socialización y de desarrollo personal. Esto sumado a la disponibilidad de nuevos recursos tecnológicos de comunicación e información, plantea el imperativo de un cambio educacional en el nivel de la enseñanza superior.

Según lo planteado por Camilloni⁵, se debe tener en cuenta en el estudiante universitario como persona su individualidad, sus propios intereses y su experiencia particular, con su cultura y sus características peculiares; con capacidades propias que debe potenciar y desarrollar por sí mismo y en su interacción con los otros actores del proceso formativo.

Lo anterior refiere que la educación superior debe basarse no solo sobre conocimientos teóricos manidos, sino que se resalta la necesidad del logro de aprendizajes significativos y no solo de una enseñanza tradicional, lo cual implica un nuevo desempeño de la función del docente, en la interacción con futuros profesionales con quienes se comparten experiencias de aprendizajes y con los recursos de apoyo docente que han pasado a constituir una fuente primordial de información. En los escenarios universitarios cubanos se hace necesario hacer énfasis en el aprendizaje compartido, donde se valoran sustantivamente los aportes individuales, lo que implica el deber de trabajar intensamente en forma personal para poder hacer aportes significativos a los otros con quienes se comparte la experiencia de aprendizaje para lograr una cultura histórica acorde con los nuevos tiempos y circunstancias sociales.

La cultura histórica y la enseñanza de la Historia se vinculan con la apropiación desde la comprensión de los hechos históricos, como parte de la conciencia individual, por tanto la relación entre lo objetivo y lo subjetivo es esencial⁶. La Historia es imposible interpretarla sin la cultura histórica y sin reconocer su importancia para el estudio de los procesos identitarios.

⁵ Alicia Camilloni: Tendencias en la formación del profesional universitario, *Itinerarios educativos*, no. 9, 2016, p. 36, disponible en https://www.researchgate.net/publication/316653153_EnsayosTendencias_y_formatos_en_el_curriculo_universitario

⁶ Carlos Álvarez Zayas: *Didáctica de la Historia y las Ciencias Sociales*, Editorial Kipas, Cochabamba, Bolivia, 2006, p. 72.

Asimismo, el debate sistemático de la necesidad de la cultura histórica a partir de la relación objeto-sujeto rompe con el esquema conceptual positivista de que la historia como colectora de datos, con desprecio a la teoría y en menor medida por la historiografía y la metodología, con nuevas investigaciones que promuevan la condición humana no solo desde la mirada de la realidad exterior, sino desde la subjetividad de los estudiantes universitarios con connotación formativa. El logro de la cultura histórica a partir de su enseñanza forma parte de un proceso eminentemente histórico-social, holístico, continuo, dialéctico, complejo⁷, que como acumulación de los conocimientos de la humanidad es siempre cultura de una sociedad, marcado por el proceso de socialización en que el hombre a lo largo de toda su vida aprende de las generaciones anteriores.

⁷ Homero Fuentes Matos y E. S. Cruz: *Didáctica de la Educación Superior*, Universidad de Oriente, Santiago de Cuba, 2000, p. 38.

Costumbres, tradiciones, memoria histórica, patrimonio e identidad: ¿exigencias o necesidades de existencia?

Náyade Caridad Reyes Palau

La cultura cumple dos funciones básicas, la de dar continuidad y la de dar sentido a la existencia humana; es por ello que al estudiar la función cultural, desde la primera, sea pertinente analizar las costumbres, tradiciones, memoria histórica, patrimonio e identidad.

La población autóctona de Cuba fue virtualmente exterminada durante la etapa de la colonización española. No se produjo, como en otras tierras de América, una hibridación entre las tendencias colonizadoras y la cultura indiana según las fuentes históricas consultadas.

Castro en el artículo: “Medios de difusión y patrones culturales en Cuba” plantea que nuestra población desapareció sin que tengamos, incluso en nuestros días, suficientes elementos de cómo eran sus costumbres y sus hábitos de vida, cuáles sus ancestros culturales. No hubo aquí templos como los de México o Perú, ni culturas establecidas como la tolteca, la maya o la inca¹.

La cultura cubana se formó esencialmente a partir de la transculturación, nutriéndose, como se ha dicho, de tres fuentes esenciales: los españoles que vinieron a residir a la isla en busca de fortuna y acá se quedaron, casi siempre sin fortuna pero nos legaron, entre otras cosas importantes, el idioma; los negros provenientes de África que fueron traídos en las tratadas de esclavos, pero para sustituir la mano de obra indígena ya en exterminio, e incrementados después considerablemente con el auge azucarero de los siglos XVIII y XIX, que se mezclaron con los españoles residentes en una alquimia impredecible; y algunos chinos, que sin ser un grupo numeroso o estadísticamente significativo, activaron

¹ Cfr: Pedro Luis Castro Alegret: *¿Cómo la familia cumple su función educativa?*, Editorial Pueblo y Educación, Ciudad de La Habana, 1990.

de cierta manera la economía y lograron dejar huellas en las costumbres de los nativos de la isla.

Los españoles, por muchos años, aportaron a este país sus costumbres, sin ser depuradas, filtradas, sometidas a la utilización necesaria para adaptarlas al Caribe. En los hábitos alimenticios —que también es cultura— introdujeron sus pesados caldos hirvientes en un mediodía tropical; trajeron también su música, su vestuario de pana y terciopelo, sus levas y sus costumbres inquisitorias en lo que a la familia se refiere.

Por su parte, Castro al referirse a la influencia hispana, negra y china señala que todavía hoy se percibe en muchas ciudades y pueblos, la influencia sevillana, en sus comadreo provincianos y en la costumbre de sentarse a la puerta, para airarse en las aceras, en las noches cálidas. Trajeron también sus creencias religiosas con sus iconos y su concepto de la familia, un tanto matriarcal, que perdura en muchos hogares cubanos hasta nuestros días.

Considera el autor referido que, la negra era una costumbre más fuerte. El tambor se impuso a la guitarra o transformó su musicalidad. Expresión cultural menos refinada, curtida con látigo y cepo, esas costumbres culturales sobrevivieron mucho más que sus portadores, que morían como moscas por los rigores del trabajo esclavo o en manos de los rancheadores. Sus ídolos religiosos, adorados primero en secreto, se mezclaron con las deidades católicas y se formó una amalgama increíble, como en otras tierras del Caribe, que hoy definimos sincretismo religioso. La negritud es un hecho cultural que delinea a muchos ciudadanos del país, todavía hoy, más allá de cualquier indicio de discriminación racial.

Según este investigador, los chinos en medida menor, influyeron también en la cultura; de ellos heredamos algunas costumbres culinarias y también la preferencia de algunos objetos ornamentales, como las diosas de porcelana o los budas barrigones, sin llegar a trazar pautas significativas en lo que a religión se refieren.

Este autor apunta, que nuestra nación surgió esencialmente de los blancos, negros y mestizos criollos nacidos aquí, hijos de emigrantes o esclavos. De ellos brotaron nuestras eminencias en el arte, la ciencia, el deporte o la música. De todo eso devino este engendro simpático, obstinado, audaz, desafiante, maravilloso, deslumbrante, a veces impertinente que llamamos cubano. “Se formó una cultura que tiene un Capitolio como el de Washington, un Cristo como el de Río de Janeiro y un Prado como el de Madrid, pero que no se parece ni a la de Norteamérica, ni

a la de Sudamérica, ni a la española, ni a ninguna otra”.² Ello implica el reconocimiento de los objetos históricos seleccionados y que conforman el patrimonio cultural de un grupo humano pero, a la vez, ese reconocimiento genera la identidad cultural³.

Para Jesús Guancho las influencias hispánicas se hacen evidentes también en las diferentes costumbres urbanas y rurales, y en variados aspectos de la vida social, familiar e individual. Las prohibiciones asociadas con la preñez de la mujer y con la cuarentena posnatal, las creencias y dichos sobre de dentición de los niños y los juegos infantiles; las prácticas de cortejo, las relaciones de noviazgo y las reglas tácitas del matrimonio, revelan la marcada influencia de los componentes hispánicos⁴.

Si en aquellas prácticas de magia, curanderismo y superstición, y en las que la Iglesia no está interesada, se observan elementos de origen hispánico, lo mismo sucede con el ritual mortuorio y con las creencias en torno a la muerte, así como las costumbres del luto y las conmemoraciones que realizan los familiares tras el deceso. En tal sentido, las relaciones familiares son portadoras de específicas costumbres de etiqueta como la de que el padre de familia ocupe la cabecera de la mesa, la de comenzar a ingerir los alimentos tras empezar este y la de no levantarse de la mesa el resto de los comensales sin la autorización del padre. Junto con la relación de respeto hacia la cabeza de familia, la alimentación colectiva actúa como signo de cohesión y estabilidad familiar.

La tradición es el reflejo de la actividad material y espiritual del hombre, que por la dignificación histórica que adquiere dentro de las relaciones sociales en un contexto determinado, es estructurada, asumida y expresada, además, se constituye en uno de los principales medios de construcción de significados y dinamización de los mismos y en la vida objetiva para la formación de valores, especialmente en el plano de las actividades pedagógicas.

Por su parte, Ana Vera enfatiza que las tradiciones son un sistema de símbolos construidos y reconstruidos en la práctica social a partir de la

² *Ibíd.*, p. 63.

³ *Cf.*: Náyade Reyes Palau: “Necesidades de hoy: memoria histórica, patrimonio, costumbres y/o tradiciones e identidad cultural en la familia”, en *Contribuciones a las Ciencias Sociales*, agosto 2011, www.eumed.net/rev/cccss/13/

⁴ Jesús Guancho: *España a la savia de Cuba*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1999.

interacción de los grupos sociales con el medio. Se conforman a través de la actividad material y espiritual de forma compartida por los sujetos de esta actividad, que es reflejada en la conciencia individual y colectiva. Se consolidan en el accionar social y pertenecen a la historia de los grupos humanos territorialmente establecidos que interactúan y forman la historia de los pueblos y naciones⁵.

La formación de la memoria histórica contiene la memoria social, en tanto que los sujetos que actúan en el presente tienen que sentirse herederos y comprometidos con su pasado; por cual, su accionar frecuente recorre la línea de la historia como firmes seguidores de una tradición antecedida y de las que son portadores activos.

Para mantener vivas las tradiciones, a la historia y a los hombres que la cuentan le corresponde recuperar imágenes, elaborar y reconstruir símbolos significativos de nuestras vidas para elegir caminos, evaluar lo recorrido y redimensionarlo como hecho individual. Cada generación tiene la obligación de contribuir a este proyecto, con respeto a la que sucede dando así su aporte a la conformación de la identidad.

Para Alexis Cuevas la identificación de la memoria social e histórica en su interacción y nexos, constituye una importante propuesta que parece ser más necesaria, es la de descubrirse a sí mismo con la ayuda de los demás, con herencia histórica cultural. Apunta, además, que la historia nos obliga a la autorreflexión, hacia una vuelta a nosotros mismos, con el fin de tratar de conocer quiénes somos, y con quiénes y con qué estamos comprometidos⁶.

Memoria de la vida, memoria familiar, memoria de un grupo, memoria local, memorias de una época, todas confieren vida a la memoria como categoría que es esencial a la historia de la nación y en las tradiciones culturales de la patria. Revelemos la tradición antes planteada desde la revisión de diccionarios enciclopédicos que definen el término como: costumbre, ritos, leyenda, entre otras.

Pero la tradición no se reduce a eso, tenemos que verla como una construcción histórico-social que expresa todo lo formativo de la cultura y se constituye en un elemento esencial del desarrollo de la espiri-

⁵ Cfr. Ana Vera: "Historia y antropología ante la familia como objeto de estudio", *Temas*, no. 22-23, julio-diciembre, 2000.

⁶ Cfr. Alexis, Cuevas: *La dinamización sociocultural comunitario una alternativa de desarrollo a las puertas del tercer milenio*, Editorial Pueblo y Educación, La Habana, 1998.

tualdad del cubano, y es reflejado en la conciencia social e individual de sus miembros.

El concepto de tradición se alza como una estructuración de determinadas actividades históricas que refleja, explica y describe las condiciones histórico-sociales de un momento y un contexto determinados.

La tradición, como buen legado, se describe a beneficio de inventario. En último análisis esto es la tradición: legado que va de una a otra generación. Más allá de las manifestaciones objetivas que la personalizan en su aspecto documental, se elevan ágiles, sutiles, inaprensibles, las imponderables que dan la fisonomía y forman el genio de los pueblos. No se les puede observar, menos aún se le puede catalogar como valores reales, son algo que ni se escribe, ni se graba, ni se mira, pero que se siente de mil maneras como signo indeleble de la sustancia social. Son el modo de hablar, de ver, de reír, de gritar, de llorar y de soñar que distingue y configura como si fuese una dimensión hartmantiana, el propio ser de las familias y de los pueblos. Diríase que constituyen la conciencia que trasluce en el drama de la historia. Defenderlos es defender la propia vida de la sociedad⁷.

Las tradiciones y costumbres se expresan en diferentes aristas: artísticas, culinarias, profesionales, religiosas, entre otras. De padres a hijos se produce la comunicación de saberes. Esto constituye un legado heredado de nuestros antepasados (ritos, costumbres, creencias, mitos, etc.) históricamente formado y que se transmite de una generación a otra.

La historia general parece adquirir todo su sentido a escala de la vida humana cuando está enmarcada en el tiempo de las familias; ella —la historia colectiva transmitida de una generación a otra en un marco familiar— constituye factor de identificación enriquecedor de la memoria colectiva en el intercambio con las memorias familiares, en cuya reconstrucción confluyen la historia oral, la antropología histórica, la historia de las mentalidades y todas las ciencias híbridas que han enriquecido el universo de los estudios sociales en general. La memoria necesita de cierta retórica, de verbalización para que perduren los recuerdos. “La ritualización —como afirma el italiano Mauricio Catani— es una de las condiciones de la transmisión”⁸.

⁷ Ana Vera: ob. cit., p. 206.

⁸ *Ibidem*.

En la memoria, la historia se encuentra con la tradición oral, que asume así un lugar destacado como recurso para la transmisión cultural, junto al documento escrito y a otras fuentes, con lo cual pasa a ser aceptada como factor que estructura la identidad y contribuye a reafirmar la pertenencia a una cultura. “Para la familia la memoria histórica constituye el mecanismo de conservación y divulgación de sus saberes lo que contribuye a la conformación del patrimonio cultural familiar”⁹

La memoria histórica trasciende a la sociedad para conservar y transmitir fenómenos o acontecimientos sociales que tienen una determinada significación. Estas forman parte de las cristalizaciones de las acciones y hechos producidos en diferentes épocas históricas, lo que, por su significado, llegan a ser componentes del conjunto de saberes que el hombre conserva y reproduce de generación, en generación.

El rescate de la memoria histórica constituye una importante tarea para que perduren en la población elementos significativos, de su génesis, de sus raíces. Un pueblo sin memoria histórica viviría solo del presente y del futuro, desconociendo el por qué de muchas situaciones que tienen sus orígenes en tiempos pasados.¹⁰

La autora define la memoria histórica, como una fuente generadora de significaciones socioculturales e históricas, que trasciende y sustenta a las nuevas generaciones en la formación de un pasado común que posibilita la identificación como grupo social y en una concepción determinada.

El patrimonio y la identidad cultural son pares de una unidad indisoluble que se llama cultura. La segunda de ellas, permite brindar como lecturas cualitativas, diferentes niveles de desarrollo alcanzados por las sociedades humanas, en tanto los sentimientos, expresa también saberes alcanzados, transmitidos, heredados y que se objetivan en una relación dada con los hombres mismos, con la naturaleza y la propia sociedad¹¹.

⁹ María Novoa: “La función cultural de la familia: una propuesta teórica para su estudio”, tesis de maestría, Universidad de Oriente, Santiago de Cuba, 2002, p. 39.

¹⁰ *Ibíd.*, p. 40.

¹¹ Martha Arjona: *Patrimonio cultural e identidad*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, Cuba, 1996, p. 9.

El término patrimonio, según Martha Arjona, significa lo que se recibe de los padres y de lo que es de uno por derecho propio. En este sentido se habla del patrimonio familiar; pero este significado va mucho más allá, que no tiene que ver con un individuo ni tampoco solo con los bienes materiales que heredó y reunió de manera legítima, sino que se refiere a una nación entera y a la historia que se desarrolló en ella, acumulada en forma de leyendas, tecnologías, conocimientos, creencias, arte y sistema de producción y organización social.

La autora referida expresa que, cuando mencionamos el patrimonio cubano, hablamos de nuestro patrimonio común, de lo que es nuestro de cada cubano individualmente y de todos los cubanos como pueblo, por ser propiedad de la Nación. El patrimonio, en este amplio sentido, constituye nuestra máxima riqueza y nos identifica entre otros pueblos, que también tienen su propia identidad. Señala que, el patrimonio es inicialmente pasivo, existe como objeto, independiente del reconocimiento o no de su valor cultural, y es la comunidad que, en un momento determinado de su desarrollo, lo selecciona, lo escoge como elemento que debe ser conservado por valores que trascienden su uso y función primitiva. Este se enriquece por nuevos estudios de la colectividad a los objetos de su historia, a través de los actos en que generaciones sucesivas se reconocen como herederas y custodias de algo realizado por sus antepasados. Lo que ayer no parecía contener un mensaje cultural, hoy es descubierto y valorado con insistencia.

No quiere decir esto que, en el patrimonio cultural estén ajenos los factores económicos, pero la diferencia frente a una simple acumulación de riquezas, consiste en la presencia de elementos espirituales, establecidos por el conocimiento de la historia, de su propia historia y el desarrollo de la receptividad estética, que convierten esta gestión en una acción cultural, entendido por cultura el grado de conciencia de sí que tenga determinado grupo humano. Este auto reconocimiento, extremado a través de condicionantes histórica y social, se convierte en identidad cultural.

La identidad cultural existe en el grado en que permite el reconocimiento de los objetos históricos seleccionados y que conforman el patrimonio cultural de un grupo humano; pero a la vez, es este mismo reconocimiento de ellos, en sus condiciones de bienes culturales, lo que genera este tipo de identidad cultural.

El patrimonio familiar no solo se refiere al legado de bienes materiales, sino también a los espirituales, los cuales están

estrechamente relacionados con las categorías y términos anteriormente analizados, especialmente los transmitidos y conservado mediante la memoria histórica y las tradiciones reveladas de esta.¹²

Se coincide con lo expresado por Novoa acerca de la relación que guarda el patrimonio con la función cultural de la familia, no solo por bienes materiales que se heredan para el disfrute de sus miembros, sino también por lo espiritual, ambos inciden en el modo, las condiciones, y el estilo de vida familiar.

Según la autora referida con anterioridad, el patrimonio incluye los bienes que son expresión de la creación humana o de la evolución de la naturaleza, por tanto, su conocimiento y conservación es de vital importancia para preservar el legado de la humanidad. Las familias como subsistemas de la sociedad no solo son herederas de ese patrimonio para su disfrute y bienestar, son además en gran medida responsables de promover en sus miembros acciones dirigidas a su conocimiento e identificación, a su preservación y construcción.

La educación que se fomenta en el hogar, para conformar una cultura ambiental, dirigida a la apreciación y disfrute del legado patrimonial, contribuirá a la formación de un sentido de responsabilidad hacia lo que nos rodea y una identificación hacia los valores que este atesora.

Algunas familias no tienen una clara conciencia de su papel con relación al patrimonio y trastornan con sus acciones, tanto el entorno natural como determinados bienes, documentos y otros valiosos recursos. De ahí, la necesidad de orientar a las familias en función de la protección patrimonial, lo que promueve desde la comunidad una educación ambiental como parte de la cultura general integral dirigida a la población¹³.

La identidad existe en el grado en que permite el reconocimiento de los objetos históricos seleccionados y que conforman el patrimonio cultural de un grupo humano; pero a la vez, este mismo reconocimiento de ellos en sus condiciones de bienes culturales, lo que genera este tipo de identidad cultural. Es por ello que un primer acercamiento a este tema tan apasionante debe emprenderse situando, aunque solo sea para provo-

¹² María Novoa: ob. cit., p. 40.

¹³ *Ibidem*, p. 41.

car la reflexión múltiple, las coordenadas que hacen posible la integración de tres conceptos fundamentales: cultura, educación e identidad cultural.

Por tal motivo, es necesario establecer direcciones precisas para el análisis concreto del fenómeno de la identidad, donde el mismo se percibe en su dinámica como proceso activo de creación y reconstrucción permanente, asegurador de la inserción de las diferencias frente a la unidad, aspecto que se materializa en los rasgos y valores de identidad, cuya peculiaridad se expresa en las particularidades nacionales y locales en su relación con el devenir histórico nacional, regional y global; cuestión que apunta hacia la percepción de la identidad con interacción entre lo macro y lo micro en el ámbito sociohistórico.

Este hecho repercute en la determinación de las particularidades del proceso cultural cubano a partir de un acontecer, que en el plano histórico condiciona objetivamente la cubanía, como síntesis de lo diverso; cocinada en el caldero de los siglos, donde Yahvé, Olofin y Atabey, coinciden en el ajíaco efectivo del proceso de transculturación. Varios son los autores cuya dirección científica se proyecta hacia la conceptualización de la identidad. En tal sentido, Rigoberto Pupo señala que es una “[...] comunidad de aspectos sociales, culturales, étnicos, lingüísticos, económicos y territoriales; así como la conciencia histórica en que se piensa su ser social en tanto tal, incluye la auténtica realización humana y las posibilidades de originalidad y creación”.¹⁴ Por su parte, Carolina de la Torre opina que “[...] la identidad es igual al ser nacional y su imagen, sus tradiciones, su historia, raíces comunes, formas de vida, motivaciones, creencias, valores, costumbres, actitudes, conciencia de mismidad”.¹⁵

En cambio Fernando González afirma que la identidad es “[...] un fenómeno subjetivo que pasa por los sentimientos y las emociones, espacio donde nos expresamos y vemos emocionalmente”.¹⁶ Este análisis se enfatiza en el plano psicológico.

En el caso de Poggolotti (1995), la identidad es entendida como “[...] valor de síntesis en la medida que nos movemos en el terreno de la conciencia,

¹⁴ Rigoberto Pupo: *Identidad y tradición revolucionaria en el pensamiento filosófico-social de José Martí*, La Habana, 1992, p. 39.

¹⁵ Carolina de la Torre: “Identidad e identidades”, *Temas*, no. 28, enero-marzo 2002, p. 63.

¹⁶ Fernando González Rey: “La subjetividad en una perspectiva cultural histórica: avanzando sobre un legado inconcluso”, *Ciencias Sociales*, no. 11, pp. 19-42, enero-junio, 2013.

en el cual intervienen, entre otros factores, algo tan importante como la memoria. La memoria no es la historia en su caos objetivo, sino tal como la vivimos; como nos ha sido transmitida por la tradición, entre ellos la tradición oral”.¹⁷

Para los autores Arias, Castro y Sánchez la identidad

[...] es un proceso de formación y transformación, un proceso abierto, inacabado [...] y ese espacio convertido en una pradera dispuesta a recibir todas las lluvias, los vientos y las brisas, las semillas venidas de todas partes, sobre el fundamento de una capacidad de selección que asimila las influencias provechosas y se cierra a lo que pudiera dañarnos.¹⁸

La identidad, como ya hemos afirmado, es polemista y, de hecho, paradójica; en este sentido puede apreciarse que el concepto de lo que somos emerge de una comparación y comprobación siempre incompatible, referida a las diferencias y a las similitudes. Desde esta óptica, el fenómeno de la identidad, al establecerse socialmente, se manifiesta en una dinámica funcional cuya expresión implica la posibilidad de ser modificada, dirigida o reorientada.

En el ámbito educativo, la identidad se manifiesta como la toma de conciencia de las diferencias y las similitudes referidas a comunidades, grupos sociales y entidades con procesos históricos similares o disímiles. El tratamiento a la dimensión de la identidad de la educación implica la cosmovisión integral de los diferentes ámbitos de resolución social, natural y cultural del fenómeno, donde las relaciones del pasado y del presente se resumen en las culturas, proyecciones espirituales, imaginario social, formaciones político sociales, modos de producción y de vida, etc., que adoptan desde el pasado formas económicas, sociales y culturales propias.

La amplitud y profundidad de la identidad se expresa en distintos niveles de resolución: personal, grupal, local, nacional, supranacional, etc., al significar una respuesta a la comunicación que se establece con sujetos de otra o de una misma cultura.

¹⁷ Graciela Poggolotti. “Desafíos de la Identidad”, *Revolución y Cultura*, no. 6, 1985, p. 88.

¹⁸ M. Arias, Ana Castro y José Sánchez: “En torno al concepto de identidad cultural”, *Perspectivas*, no. 9, 2011, p. 37.

No basta con asumir la identificación como lo que distingue a una cultura o forma de cultura, pues es mucho más que eso; se trata del tipo de relación que se tiene o se establece con otras culturas o formas de cultura. El término identidad cultural indica incuestionablemente un concepto relacional; de no ser así, con la asunción o apelación al concepto de cultura, sería suficiente.

Además de la asunción de lo ideológico, desde la coherencia de los cuerpos de ideas más estructurados, se hace necesario recurrir también a las ideas con menor grado de estructuración y con mayor cercanía a actitudes menos racionalizadas y más próximas a la vida cotidiana y a la realidad vital de los grupos sociales. Este análisis permite visualizar la trascendencia de la dimensión psicosocial del fenómeno, al interpretar sociocultural a partir del mecanismo de aproximación dialéctica de lo micro y lo macro, al asumir y reconocer el proyecto social de la comunidad, con el que nos identificamos y al cual debemos nuestra vitalidad existencial y espiritual. Debemos comprender la riqueza, variedad y policromía de nuestros valores y, en esencia, la identidad que confluyen en ese espacio, nunca acabado, en el cual se conoce lo más trascendente de nuestras raíces, donde la diversidad étnica precedente se funda en una sola cultura, en una sola nación. Estamos abocados a la defensa de una concepción social que distingue, vivifica y renueva la naturaleza y profundidad de ese ajiaco que, a juicio de Fernando Ortiz, constituye nuestra identidad nacional: “[...] es decir, la síntesis lograda de una diversidad de procesos universales”.¹⁹

Es la identidad cultural cubana un proceso que condiciona y refleja nuestro comportamiento y el modo de reaccionar ante cualquier intento que ponga en peligro la unidad e integridad nacional, no es el resultado de un proceso de civilización tradicional.

Estamos en presencia de lo que el antropólogo Darcy Rivero denomina “estilo de civilización de los pueblos nuevos”,²⁰ resultado de un proceso de comprobación, interacción y síntesis de determinados elementos culturales, que cimientan y distinguen nuestra realidad sobre la identidad.

¹⁹ Fernando Ortiz: “Los factores humanos de la cubanidad”, en *Etnia y Sociedad*, Editorial Ciencias Sociales, La Habana 1993, p. 38.

²⁰ Darcy Ribeiro: El concepto de civilización, citado por Andrés Kozel, en *Cuadernos Americanos*, vol. 164, no. 2, México, 2018, p. 150.

La identidad cultural es la conciencia que tiene el hombre de auto conocerse en su contexto, en su cultura. Es una manifestación de sentimiento de pertenecer a un grupo, etnia, colectivo, nación, portadores todos de cultura, de hechos culturales. La identidad cultural existe en la medida en que los hombres se reconozcan en aquellos bienes heredados, transmitidos en la medida en que comparten los valores que son expresados en los bienes culturales²¹.

En el proceso de identidad, la cultura no puede asumir únicamente las expresiones de los logros, realizaciones y paradigmas; junto a ellos han de situarse las utopías racionales y los errores, que contribuyen a perfeccionar nuestro proyecto social.

La identidad y el proyecto de vida del individuo vienen dados, en gran parte, por su adscripción a determinado universo familiar. Los hábitos adquiridos en ese ámbito son un dato previo para entrar en la liga por las oportunidades que ofrece la sociedad moderna, es en la familia —incluso más que en la escuela— donde se nutren los valores sociales más generales que configuran la identidad cultural de un país y conforman la identidad colectiva. Ella es el factor primario de conservación y las pautas de vidas físicas, mentales y morales que conforman el patrimonio de una sociedad y garantizan la continuidad de la cultura. Su función formativa es su principal fuerza. Aunque su defensa y el reforzamiento de los valores familiares tienden, en ciertas coyunturas, a verse como el cultivo de una ideología conservadora, hay que tener en cuenta que es posible provocar un cambio relativamente brusco en la continuidad del sistema cultural, inculcando en las jóvenes generaciones unas tradiciones familiares nuevas, de ahí que los Estados se preocupen cada día más por trazar una política familiar mejor controlada²².

En la fase actual del estudio sobre la familia, se considera grupo familiar a todas aquellas agrupaciones domésticas que no necesariamente implican solo una relación conyugal o consanguínea, sino también de afinidad y necesidad. Son frecuentes los grupos constituidos por personas entre las cuales el único vínculo existente es el deseo o necesidad de vivir juntos y no el interés en la procreación, ni la obligación que establecen los lazos de parentesco.

²¹ Ana Vera: ob. cit., p. 206.

²² *Ibidem*, p. 205.

La individualidad debe reflejarse en el carácter creador, transformador, para desarrollar criterios y opiniones, y así la pertenencia se reflejará en un profundo compromiso social. Resulta de incalculable valor la integración de estos dos elementos a la hora de formar a los estudiantes con un correcto sentido de la identidad y esto se reflejará en el devenir de la vida cotidiana.

Para comprender lo cultural desde las funciones familiares resulta pertinente referirnos a la identidad personal y social, una de las categorías básicas de la cultura. Para García, la identidad es entendida como:

[...] el conjunto de cualidades, características, vivencias y situaciones del entorno social que permiten a un sujeto diferenciar a un individuo en particular a un grupo social determinado. Así, pudiéramos definir una identidad personal: referida a cada individuo en particular, y una identidad social: referida a un grupo humano específico.²³

La confirmación de la identidad es un aspecto de suma importancia en el desarrollo de la personalidad, por lo que la autora define la identidad como lo autóctono, lo propio de cada núcleo básico de la sociedad, son las diferencias que identifican unas de otras, modo de actuar, vestir, comportarse, etc., que esta identidad se conforma con mucho arraigo y sentido de pertenencia.

La actitud activa se expresa en la implicación personal de los miembros de la familia, a partir de los significados y el sentido que para ellos tienen las actividades y relaciones que establecen en las mismas, significa participación consiente, activa, reflexiva, comprometida, es hacer suyos los contenidos culturales conformando aspectos esenciales de su personalidad²⁴.

En la actividad y comunicación con la familia y el resto de la sociedad se produce el proceso de interiorización y apropiación de las herramientas culturales como el lenguaje, los rasgos, significaciones y representaciones que serán incorporadas al yo, tanto en lo que este tendrá de muy individual, como en lo que se refiere a la pertenencia a grupos. Pero este proceso no es unidireccional ni mecánico, tampoco exclusivamente cognitivo.

²³ Aurora García: "Caracterización psicológica de niños y adolescentes", *Revista de Psicología Itacala*, vol. 18, no. 1, 2015, pp. 273-274.

²⁴ María Novoa: ob. cit., p. 43.

Hay que enfatizar, como corresponde a una verdadera interpretación y comunicación con los otros y con el mundo material, los niños van desarrollando formas creativas y personales de relacionarse con la realidad; las cuales, a su vez, ayudan a satisfacer necesidades cognitivas, afectivas y conductuales, así como a ir creando todo un mundo de sentidos personales, existencialmente indispensables, entre ellos los sentidos que tienen que ver con nuestra identidad. ¿Quién soy?, ¿qué deseo hacer?, ¿qué significan para mí los que me rodean?, ¿por quiénes sería capaz de sacrificarme y luchar?, ¿qué importancia tengo para los demás?²⁵

Por ello, la familia es una relación interpersonal de carácter original, peculiar, en cuanto que sigue criterios de diferenciación propios. Posee una huella exclusiva que corresponde a exigencias prácticas que no es sustituible por otras relaciones humanas o sociales. A diferencia de otras formas de convivencia, la familia tiene la propia y se caracteriza a partir de la complementariedad de la unión de los sexos femenino y masculino, dando lugar al vínculo más importante en la vida de una persona que es el parentesco. La familia genera identidad, los nombres familiares son los que nos permiten ser alguien e identifican. Pero la familia no solo agota su contenido natural en concebir identidades con caracteres irremplazables (cada ser que nace tiene en sí mismo talentos que ningún otro ser lo podrá igualar). En el hecho de que están unidas a una particular identidad solidaria las personas que viven en la familia, comienzan a formar así el género social, con personalidades contenidas en el afecto y en la responsabilidad solidaria que surgen en este tipo de relaciones.

En primer lugar, la familia es una institución que, en cuanto se construye a partir de factores sociológicos autónomos, no puede entenderse solo como el resultado de factores individuales, colectivos o culturales, o por producto de una cultura o de una voluntad legislativa. Naturalmente somos un ser familiar; estamos llamados para formar una familia. Nuestra naturaleza nos inclina a vivir para con otro, con nuestro cónyuge, nuestros hijos, nuestros hermanos, nuestros abuelos. En ese sentido la familia es una relación primordial que existe desde el origen de la especie humana; en cualquier tiempo y lugar el individuo se introduce en la sociedad y madura su participación de forma más humana cuanto mejor está apoyado por la intervención de una familia. Ni la sociedad se

²⁵ Carolina de la Torre: ob. cit., p. 33.

produce por un contrato como algo accesorio al individuo, ni este queda inmerso en una sociedad anónima en donde solo es un número.

Los modos verbales y no verbales de comunicarse, los significados y sentidos compartidos por el medio social que rodea al recién nacido, las memorias del pasado, los valores, actitudes, tradiciones, costumbres, hábitos, gustos, prejuicios, expectativas y símbolos sociales llegan a los niños en crecimiento a través, primero, de los adultos más cercanos, que narran e interpretan las experiencias del pasado, después mediante nuevas y más variadas influencias en la escuela, los amigos, la comunidad y los medios masivos de comunicación, entre otros. El niño desde muy temprano participa en “formas públicas de rememoración” como ritos, desfiles, homenajes, fiestas populares, visitas a monumentos y celebraciones familiares, a través de los cuales va estableciendo vínculos y asumiendo como propios los recuerdos conservados y transmitidos por su entorno natural: “Cuando no existen experiencias y vivencias personales, o interrelaciones significativas, la formación de identidades familiares, comunitarias o nacionales no para de ser, en el mejor de los casos, la aceptación de una etiqueta que nada significa para el niño o el joven”.²⁶ Reconociendo la importancia de las costumbres, tradiciones, memoria histórica e identidad, constituye una tarea social trascendente contribuir a su rescate, específicamente aquellas que son valiosas por su incidencia en la formación de valores socialmente necesarios y nuestra cubanía.

²⁶ Carolina de la Torre: ob. cit., p. 34.

Parte II
La identidad analizada en
su contexto

Reflexiones acerca de nuestra identidad nacional

Rosalía Díaz Suárez

“No basta para la cubanidad tener en Cuba la cuna, la nación, la vida y el porte; aún falta tener la conciencia”.

Fernando Ortiz

La región del Caribe es un escenario geográfico, que sirve de antesa- la entre Europa y América Continental, zona donde han confluído los contrastes de las civilizaciones aborígen, europea y africana, donde se conjugaron formas distintas de economía impuestas por la colonización, y escenario de la piratería y el contrabando; muestra la evolución de una sociedad heterogénea de migraciones constantes, procesos que revelan diversidades y a la vez similitudes.

Entre los pueblos caribeños podemos hablar de una identidad regional, por tener un origen común, dadas las circunstancias históricas desde la etapa precolombina, y más tarde con la colonización en que fueron sometidos primero por España, en algunas zonas, y luego en otras áreas por potencias europeas como Francia, Inglaterra y Holanda.

En el Caribe podemos percibir un proceso de mestizaje racial y cultural, donde se fueron hibridando razas, costumbres, lenguas, tradiciones, creencias religiosas, como un todo mixto que, en su evolución paulatina, han ido adquiriendo matices, de acuerdo con las características de cada nacionalidad y los factores socioeconómicos, étnicos e históricos que incidieron en ello.

En este proceso se evidencia la transculturación, que le imprime rasgos muy peculiares a la región caribeña y singulares a cada nación concretamente, donde se unen lo común y lo propio, lo general y lo particular en cada uno de ellos.

La cultura latinoamericana y caribeña es mestiza, no existe una cultura ni raza pura, la historia diluyó distintas etnias, condiciones materiales y espirituales en una nueva cultura, realizada a través del prisma de lo peculiar, lo autóctono de cada nación, donde se fueron identificando las nuevas circunstancias en su desarrollo.

El mestizaje expresado en las razas, la música, los ritmos, los bailes, las fiestas populares, el folclore; con muestras en la literatura, la arquitectura, la pintura, la producción intelectual, las creencias, diversidad de lenguas, influencia de migraciones, etc., son huellas de estos contrastes de asimilación y creación. Resulta significativo que constituyen culturas subordinadas, ideologías de pueblos colonizados, subdesarrollados, penetrados; que hacen resaltar sus valores en ocasiones de manera exagerada como cultura de resistencia, en lucha con las culturas hegemónicas.

La identidad cultural sintetiza los componentes de la evolución de los pueblos caribeños (condiciones históricas, factores étnicos, psicológicos, lingüísticos, ideológicos, nacionales), que se concretizan y hacen suyos en las especificidades locales como exponentes de originalidad y autenticidad.

El Caribe posee una identidad supranacional, como formas compartidas entre sociedades con vínculos, afinidades o similitudes geográficas, étnicas, históricas y culturales; aunque existan diversidades de otra índole, las relaciones interculturales logran comunicación e integración.

Cuba como país latinoamericano y caribeño, con una cultura y sociedad mestiza, es una muestra de la complejidad de la transculturación; en medio de su acontecer contemporáneo afirma su identidad nacional y cultural.

Formación de la identidad cultural cubana

Es menester para este análisis, partir de la consideración de los factores geográficos, étnicos, históricos, psicológicos, lingüísticos, ideológicos, nacionales, que influyeron de manera decisiva en la conformación de la identidad cultural. Los procesos que se van operando en la formación de la nacionalidad cubana contribuyeron a moldear la identidad cultural; no vamos a detenernos en etapas históricas, considerando que este análisis se ha abordado con frecuencia en la literatura al respecto, sino asumiendo los factores mencionados en su integridad y comportamiento, como presupuestos para comprender la evolución de la identidad cultural y el papel de las expresiones artísticas.

En este proceso es importante esbozar la formación de la nacionalidad, los avatares de un pueblo de composición heterogénea, donde se gesta el criollo a partir de los componentes étnicos hasta conformarse el cubano con una conciencia nacional, cuya denominación implicaba determinados rasgos estables formados en su evolución.

La cultura cubana ha representado un complejo proceso de desarrollo histórico, a partir de variadas raíces y de contrastes por la consolidación de la nacionalidad.

La personalidad del cubano es derivada de una gama de rasgos culturales, devenidos de estilos propios, en las formas rudimentarias que sobrevivieron de los aborígenes, entrelazados con los elementos traídos por los españoles durante la colonización, a través de cantos, música, bailes, fiestas, costumbres, lenguaje, también asimilados de los esclavos africanos importados, que se perfilaron en un proceso objetivo dado por circunstancias históricas, en ese criollo que en su madurez y definición resultó cubano como producto de la combinación de etnias y matices culturales muy singulares, de la convivencia entre aborígenes, blancos y negros.

Cuando la Isla fue colonizada, su población no era una civilización desarrollada, con una cultura sólida, sino incipiente (a diferencia de otras civilizaciones de América); además fue sometida a condiciones de explotación, por lo cual se fue extinguiendo; de estas perduraron algunos rasgos en el lenguaje, la artesanía, el uso y cocimiento de algunas comidas, plantas medicinales, ritos, magias, creencias, entre otros.

El inmigrante hispano, componente importante en este proceso, tuvo características específicas en cuanto a sus diversas condiciones y lugares de procedencia de España (gallegos, catalanes, asturianos, andaluces, canarios y otros) además de la clase social y nivel de instrucción, los cuales en la evolución de la sociedad y los intercambios culturales integraron una identidad, teniendo en cuenta las condiciones existentes.

Los africanos traídos masivamente como esclavos de diversas regiones y comunidades étnicas a este continente (mandingas, carabalíes, lucumíes, yorubas, bantúes, etcétera, los cuales a su vez practicaban varias lenguas, creencias religiosas, usos y costumbres culinarias, curandería, etc.); portaron otra cultura, su mundo reconstruido idealmente a través de imágenes y representaciones de sus zonas de origen, rechazaron las condiciones impuestas en el archipiélago. Luego se fueron adaptando paulatinamente, imposibilitados de regresar o de cambiar la realidad, por lo que el africano fue buscando su identidad en un territorio que iba compartiendo con otros individuos, en que convergieron sentimientos, modos de ser y de pensar que hacían un personaje definido que no era ni español ni africano, ni aborígen.

Estos componentes compartían el mismo suelo en un sistema social y político impuesto por la metrópoli española, ambiente en el cual se fue

conformando una representación propia para esas circunstancias, cuyos rasgos acuñan fuertes caracteres en la transculturación, en la que “Blanco, negro o mestizo, el criollo fue resultado social de la apropiación del colono sobre su medio, de las relaciones contraídas por los hombres con la tierra de por medio. El criollo es un producto nuevo, con matices culturales diferentes del español o del africano recién llegado. El criollo concreta su sentido de ser identificado con la jurisdicción, con la localidad en la cual fomenta su vínculo de relaciones económicas más estrechas”.¹

Se mostró el criollismo, en aquel ser nacido en la isla que fue moldeando sentimientos afines al territorio en que vivía, su naturaleza, sociedad, economía, situación histórica, como todo un proceso desde los orígenes hasta finales del siglo XVIII y durante el XIX en que podemos definir una conciencia de identidad; en este aspecto contribuyeron las ideas de algunos intelectuales cubanos acerca de la nacionalidad, en los momentos que despiertan las posturas asumidas por las corrientes del reformismo, el abolicionismo, el anexionismo y el independentismo.

El sentimiento patriótico del criollo fue alentando la nacionalidad cubana, en medio de enfrentamientos de clases y desavenencias políticas e ideológicas con los intereses de la metrópoli, y donde se fueron evidenciando las aspiraciones y tendencias del “cubano”, expresadas a través de determinadas figuras importantes como dignos exponentes del lugar que fue cobrando el ser en la consolidación de la nacionalidad; entre los que se destacaron: José Antonio Saco, Francisco de Arango y Parreño, Félix Varela, José de la Luz Caballero, Gaspar Betancourt, Morales Lemus, Domingo del Monte, José María Heredia y otros también importantes, que en defensa de una tendencia u otra, reflejaban problemas comunes de una realidad histórica mediante sus obras intelectuales y acciones políticas.

La nacionalidad resulta el antecedente en lo cualitativo y cuantitativo en la evolución de una comunidad estable, en su vínculo territorial, condicionamiento económico, unidad idiomática, psicológica, en el quehacer cotidiano; como síntesis de este proceso, el devenir cultural, fuente importante que cohesionan todos los elementos que intervienen en la formación y consolidación de la nacionalidad, y que perfilan su identidad.

¹Olga Portuondo Zúñiga: *Criollidad y patria local en la nacionalidad cubana*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, p. 4.

La nación se logra en una etapa de madurez, como resultado de un proceso de integración en el desarrollo histórico, en el reconocimiento político y jurídico por medio del estado. A través del desarrollo cultural se expresó la conciencia nacional, fundida como reflejo de la interacción de elementos étnicos, ideológicos, políticos, de las circunstancias históricas, que conformaron el criollo y más tarde el cubano con conciencia de sí, que lo caracterizara y distinguiera.

Avanzado el siglo XIX, se impone la decisión y convicción de los cubanos por defender su tierra con intereses definidos que los impulsan a las luchas independentistas, tiempos en que brilla la personalidad de José Martí, cuya labor intelectual, acción política y revolucionaria junto a otras personalidades relevantes de la época, representaron una etapa significativa en nuestra historia.

El proceso de formación de la nacionalidad cubana simboliza el transcurso de momentos importantes en la evolución histórica de los pobladores de esta tierra, que se fueron integrando en sus diversos elementos heterogéneos, hasta lograrse el reconocimiento, la concepción de sí mismos como colectividad, una identidad que fue evolucionando y consolidándose, y que por ser dinámica, varía con el tiempo, donde las transformaciones sociales hacen que madure y enriquezca.

La nacionalidad cubana con una marcada identidad surgió a través de las circunstancias históricas en que se fue formando la conciencia de cubanía, y como resultado de la transculturación; proceso revelado a través de varias expresiones artísticas en la música, la literatura, la pintura, la enseñanza, los estilos de vida, las creencias y las corrientes políticas e ideológicas diversas del pensamiento más progresista del siglo XIX.

La identidad cultural fue el soporte de la formación de la nacionalidad, una vez lograda esta, se diluyó en un mismo proceso que representó la identidad nacional cubana, fuente de reafirmación de la nacionalidad y la cultura en su desarrollo.

Cada etapa en la historia de Cuba marca su sello, imprime sus valores a la nacionalidad, como varias maneras de expresar las transformaciones y los sucesos que acontecen, donde las luchas, los enfrentamientos, las aspiraciones de las diferentes clases y sus acciones han caracterizado distintas épocas; la evolución del pensamiento cubano desde José Antonio Saco hasta nuestros días ha llevado a interpretar, expresar y defender la cubanía de diversas maneras.

La cultura en el siglo XIX constituyó una base importante para el afianzamiento de la nacionalidad y la nación. Las diversas expresiones artísticas como reflejo de la realidad y las circunstancias acontecidas en Cuba, han evidenciado los intereses, necesidades e ideología de su tiempo y han contribuido al realce del pensamiento progresista; muestra de ello lo encontramos en la literatura, la pintura, la música, la labor de intelectuales y figuras destacadas en la historia, así como el proceso de educación, instrucción y preservación de los valores cubanos auténticos.

La identidad cultural en tiempos de la República

En los años en que se establece la República Neocolonial, se aprecia en la cultura el sentido nacionalista, el rechazo a lo foráneo, donde las expresiones culturales y el quehacer intelectual reflejan la vida diaria y su vínculo con la política. Como respuesta de estas circunstancias se dieron los cantares campesinos, el Teatro Bufo habanero, en el que, a través de su estilo cómico satirizando la adversa realidad, reflejaba en sus personajes el ambiente de la época y la frustración del cubano sometido.

La música es una genuina expresión de originalidad y sabor cubano, con semejanza a ritmos típicos de otros pueblos latinoamericanos, pero con un estilo propio. Entre los años 20 al 40 de la República, surgen intelectuales, artistas y pueblo con un despliegue muy nacional; el arte materializa la idiosincrasia; la intelectualidad denuncia la corrupción, la dependencia imperialista, con movimientos como el minorismo (1923) con rasgos del vanguardismo, la revista *De Avance* (1927-30) y el negrismo (1928), que se propuso rescatar lo aportado por las costumbres de los negros.

Las creaciones muestran actitudes políticas, a través de la ensayística de Julio Antonio Mella, Rubén Martínez Villena, Pablo de la Torriente Brau, Juan Marinello y Raúl Roa. En la poesía: Tallet, Regino Pedroso, Navarro Luna, Nicolás Guillén; en las novelas: Luis Felipe Rodríguez, José A. Ramos y otros; en la música: Alejandro García Caturla y Amadeo Roldán.

El arte popular discrepa de la imposición de la burguesía oligárquica; la cultura trata de preservar lo tradicional cubano con nuevas características que nacen del pueblo a través de formas originales en la guaracha, el guaguancó, la rumba, el bolero, el son oriental; la trova santiaguera se difunde en el territorio nacional. A través de personalidades populares se hizo sentir el sello cubano, con Beny Moré, el Trío Matamoros, Rita Montaner, Ernesto Lecuona, Enrique Jorrín, Ignacio Piñeiro, Félix

Chapotín, Miguel Cuní, Electo Rosell, la Orquesta Aragón; actores del Teatro Bufo habanero y otras figuras que junto al pueblo profesaron expresiones genuinas y contribuyeron a enriquecer la cultura.

En estos años la cultura se propone desentrañar los orígenes, la esencia de las tradiciones cubanas, en ello se destaca la revista *De Avance*, la Sociedad Cultural Nuestro Tiempo, la labor de intelectuales, entre los que se destacan Carlos Rafael Rodríguez, José Antonio Portuondo, Mirtha Aguirre, Samuel Feijoo, José Lezama Lima, Cintio Vitier, Onelio Jorge Cardoso, Félix Pita Rodríguez, entre otros.

A pesar de la situación social, económica y política, hay que considerar que la identidad cultural reveló en sus creaciones el sentimiento popular, la cubanía y el patriotismo, a través de valores originales que supieron aportar con sus obras a la cultura nacional.

Cada etapa histórica ha contribuido a definir y afirmar la identidad, conformada como resultado de la evolución histórica del ser cubano; vale destacar como afirmara Abel Prieto: “La formación de una cultura propiamente cubana fue un arduo proceso, largo, difícil, de zigzagueos, retrocesos y búsquedas, que acompañó en sus avatares al de creación de la identidad nacional; en ocasiones lo precedió; en otras fue arrastrado por él”.²

Revolución e identidad cultural

A partir del triunfo de la Revolución comienza un nuevo período en el desarrollo de la cultura nacional, en que se reflejan las nuevas condiciones y las transformaciones cualitativas en todas las esferas, las cuales proclaman la incorporación plena de las masas a la educación, con la campaña de alfabetización y la renovación de la enseñanza popular; la edición de varios libros de la cultura universal, proporcionan la formación de intelectuales y científicos, estimula las creaciones artísticas, se fundan organizaciones e instituciones para crear y difundir la cultura cubana (Ministerio de Cultura, Instituto Cubano de Radio y Televisión, Unión de Escritores y Artistas de Cuba, Unión de Periodistas de Cuba, Empresa de Grabaciones y Ediciones Musicales, Casa de Las Américas, Editoriales y otras entidades Regionales y Provinciales).

² Abel Prieto: “Cultura, cubanidad y cubanía” (conferencia), *La nación y la emigración*, Palacio de las Convenciones, La Habana, Cuba, abril de 1994, p. 19.

El Ministerio de Cultura a través de una política trazada con estrategias y perspectivas, ha incentivado masivamente el desarrollo cultural, que contribuye a la consolidación de la identidad nacional y a la defensa de las conquistas revolucionarias, como todo un proceso de democratización de la cultura.

Los cubanos han tenido la capacidad de integrar elementos de todas partes e imponer su punto, su toque distintivo, darles forma en nuestras realidades, según condiciones materiales, circunstancias históricas y la sucesión de generaciones.

Hay que tener en cuenta el significado del factor subjetivo, que es un baluarte en la identidad cultural cubana, revelado en un fuerte compromiso con la nación, cuyo grado de asimilación evidencia una gran autoestima social que estimula y promueve la participación en la cultura en aras de defender la nación, por medio de su acción como pueblo, con sentido de hacer y consolidando su cultura política.

Los cubanos le otorgan significado a su identidad en las prácticas sociales, formas de vida, aspectos en que comparten costumbres, relaciones familiares, sociales, ideología y en sus respuestas culturales que le dan vida; por eso puede afirmarse que “la identidad del cubano es fuerte y claramente delineada, apoyada en representaciones y afectos muy consolidados, y acompañada de orgullo y compromiso con lo nacional”.³

La idiosincrasia representa el modo de ser, temperamento, lado subjetivo y concreto de la identidad cultural individual y social, en la que se muestra el grado de reconocimiento y la forma en que se distingue la conciencia popular.

El pueblo cubano traspone una gran autovaloración y responsabilidad con la nación, manifestado en el grado de afectividad y comunicación, en las relaciones interpersonales y en la forma de proyectarse como pueblo, su sentimiento y voluntad de emprender acciones conjuntas donde se vinculen lo afectivo y lo cognoscitivo en la concepción social, política y moral, a través de su mayor riqueza que es la humana.

Por medio de un conjunto de rasgos estables por generalidad: de autoestima, compromiso nacional, humanismo, solidaridad, espíritu alegre, entusiasta, tenaz, extrovertido, el cubano muestra su identidad.

³ Carolina de la Torre: “Conciencia de mismidad: identidad y cultura cubana”, *Temas*, no. 2, 1995, p. 114.

Estos rasgos se dan en contraste con formas negativas, que pueden ser transitorias o relativas dadas en alguna medida, otros pueden ser producto de una herencia cultural, o reflejo de las circunstancias, y que son parte de aspectos de la cotidianidad por superar, tales como: el machismo, la agresividad, el choteo, la doble moral, el oportunismo, falta de educación, chabacanería, aunque no están generalizados ni son rasgos que caracterizan al cubano de forma absoluta, coexisten en nuestro medio social, son aspectos negativos que pueden ser circunstanciales o no, pero es necesario eliminar, ya que son parte de las adversidades en el proceso de lucha por la defensa e integridad de nuestra identidad.

Las ideas, sentimientos, acciones, son evidencias de la voluntad e ingenio humano, y una respuesta a las condiciones históricas, las motivaciones que impulsan a los hombres según las circunstancias. En las maneras de actuar, de hacer y enriquecer la cultura, está el modo de sentir de la sociedad, de clases, grupos y sectores populares, estados emocionales, aspiraciones que impulsan a los hombres a emprender el progreso social y cultural.

Retos y desafíos

En las últimas décadas, debido a las dificultades económicas que ha enfrentado la nación, las cuales han influido en las condiciones materiales y espirituales de la sociedad, el desarrollo cultural ha sentido sus efectos. En la actualidad, el proceso de identidad se desenvuelve en medio de una difícil coyuntura histórica, que de una u otra manera incide en la vida del cubano y en la representación que este asume de la realidad, ante lo cual se impone la defensa de la cubanía, donde merece recordar las palabras de Fernando Ortiz: “La cubanidad plena, sentida, consciente y deseada; cubanidad responsable, cubanidad con las tres virtudes dichas teologales, de fe, esperanza y amor”⁴

En medio de la problemática, existe conocimiento y comprensión en el ámbito institucional, de los impactos en todas las esferas de la vida; se orientó detectar los problemas, tomar medidas inteligentes para garantizar la supervivencia, se amplió la base social del poder, la toma de decisiones ante los retos ideológicos que afectan la identidad nacional.

⁴Fernando Ortiz: “Los factores humanos de la cubanidad”, en *Etnia y sociedad*, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1993, p. 56.

Se planteó la necesidad de prestar atención a las evidencias, en que el individuo se sintió objeto de decisiones, cuestión que no favoreció conductas de carácter constructivo, resquebrajó la ética del sacrificio y el heroísmo, lo que conllevó a la baja eficiencia, la doble moral y la evasión del control.

Estos aspectos han provocado una crisis de valores en la sociedad, en el nivel de estimación del papel del individuo, su lugar en nuestro medio, la interpretación de las circunstancias que desmoronaron el ideal antes concebido, y trajo como consecuencias desfavorables manifestaciones como la ansiedad, la frustración, el suicidio, el individualismo, el incremento de la violencia y los hechos delictivos, las migraciones, etc., así como el aumento del índice de religiosidad, de divorcios, y las tendencias al alcoholismo y la prostitución. Los factores latentes en la psicología social también permearon en la ideología, aspectos de la vida social que intervienen en el proceso de identidad y cuyo impacto puede conllevar a la enajenación.

El Proyecto Social Cubano, institucionalmente se ha propuesto perfeccionar la sociedad, articulando condiciones para superar el burocratismo, la ineficiencia, el paternalismo y la búsqueda de soluciones o vías para enfrentar las necesidades y problemas, a través de formas más democráticas, haciendo los mecanismos más participativos y menos ejecutivos en las acciones, intereses y necesidades sociales.

La apertura de Cuba al mercado ha implicado modos, estereotipos asumidos del mercantilismo, que han tergiversado y/o conformado otros patrones en la personalidad.

En la relación cultura-turismo, reconocemos que incentiva el aspecto material, económico, comercial y en los intercambios culturales. No obstante, es necesario enfrentar, contrarrestar y orientar una política adecuada para eliminar el mal gusto, la vulgaridad, la tendencia comercializadora, que ha aflorado en las creaciones artísticas de ocasión, en el modo de pensar y actuar de algunos individuos, que distorsionan los valores auténticos y el sentido de cubanía.

Se aprecian en la cotidianidad diversas manifestaciones, que son un reflejo de las condiciones materiales. Muchas personas para enfrentar la situación se dedican a la creación artística (la pintura, la escultura, la música, la fotografía, la artesanía) que en muchos casos, más que vocación, talento y creatividad, marcan una tendencia al interés comercial, a la imitación, a la mediocridad, e invaden espacios de ventas interna-

cionales, en donde turistas y personalidades del extranjero absolutizan esta percepción distorsionada del cubano, manifestaciones que no deben constituir lo representativo de la cultura popular nacional.

Es necesario romper con la imagen superficial de Cuba, fuera de contexto, que pinta una visión única del Archipiélago para consumir bebidas, disfrutar playas y la inspiración del sexo, así como algunas muestras que no reflejan su sentido original. Existen varios ejemplos de las trampas de los clichés, se han expuesto congas en situaciones forzadas que no encajan en expresión de ritmo, sabor y verdadero disfrute de lo autóctono. Es el caso también de las comidas, ya que muchos turistas buscan lo oriundo, no el consumo de productos importados, fáciles de encontrar en otros lugares; las ricas frutas, vegetales, y productos naturales de nuestra tierra se les ofrecen elaborados o enlatados, sin ser lo típico.

Evidencias que suceden también en la arquitectura, donde a pesar de las formas improvisadas para enfrentar las necesidades, se han dado copias de patrones que no corresponden a la identidad de nuestro entorno, tanto en las construcciones turísticas como urbanas; las cuales, en algunos casos, no tienen en cuenta la conservación de manera creativa de lo distintivo de Cuba con respecto al Caribe, Latinoamérica y el resto del mundo.

Tenemos un ejemplo, de condición muy controvertida en las últimas décadas en Cuba, que es el fenómeno de las migraciones de cubanos al exterior, donde resulta cuestionada la identidad dentro y fuera del país. Agudo problema que debe tener espacio aparte, no obstante es evidente que el pueblo cubano ha enfrentado situaciones difíciles en varias etapas en el transcurso de la Revolución, y ha demostrado una identidad cultural y nacional sólida, ha sabido enfrentar la situación económica, escaseces, necesidades, diferencias sociales, influencias externas negativas, embates ideológicos, la tragedia de las migraciones, la fragmentación familiar, vicisitudes en la vida cotidiana, etc., que han afectado la psicología e ideología popular, pero no han resquebrajado la identidad nacional.

Esta polémica ha suscitado muchas interrogantes que han llevado a debates teóricos de carácter cultural y político, publicaciones, confrontaciones de intelectuales cubanos residentes o no en el Archipiélago, en que se ha mostrado la solidez de la cultura cubana y la fuerza de la identidad nacional, al respecto queda aún por valorar e incita a otras aseveraciones. En las condiciones actuales, a pesar de las adversidades que inciden negativamente en la afirmación de la identidad, como retos en la

conciencia popular, se mantienen latentes los sentimientos, respuestas, aspiraciones y compromiso ético que hacen posible la supervivencia y consolidación de nuestra identidad nacional. La Revolución necesita cubanos más cultos, preparados para el análisis y enfrentar estas condiciones de forma crítica y creadora, así como formar a las nuevas generaciones en lo más importante de los valores genuinos de lo cubano.

La identidad representa algo más que la reflexión de ¿qué somos?, ¿qué valores o rasgos nos caracterizan?; es, además, el compromiso y responsabilidad de resguardar lo nuestro, defender la cubanía desde el escenario más cercano: nuestra localidad. Analizar la identidad nacional o local no son formas separadas ni ajenas en su comportamiento; al contrario, lo nacional adquiere fuerza y riqueza a través de las cualidades regionales. Ante la realidad que vivimos los cubanos, resulta oportuno enfatizar algo expresado por Fernando Ortiz: “Toda cultura es esencialmente un hecho social. No sólo en los planos de la vida actual, sino en los de su advenimiento histórico y en los de su devenir previsible [...] toda cultura es creadora dinámica. Así es la de Cuba”.⁵

⁵ Fernando Ortiz: ob. cit., p. 58.

La haitianidad en el contexto de la cultura popular tradicional cubana

Orlando Vergés Martínez

Con la llegada de cientos de miles de inmigrantes haitianos durante los primeros treinta años del siglo XX, se inició el más reciente intercambio en profundidad que haya sostenido la cultura cubana con otra cultura; subrayó el más reciente intercambio en profundidad para significar que, para entonces, la cultura cubana es ya el resultado de encuentros e intercambios sucesivos de otras culturas.

Por otro lado, el encuentro de lo haitiano con lo cubano o viceversa, debido a su proximidad en el tiempo, a su magnitud, extensión y resultados latentes, figura como un intercambio que está teniendo lugar, un proceso sociocultural no concluido.

En igual período llegaron a Cuba otros grupos de inmigrantes¹, cuyas inserciones en los ambientes cubanos tuvieron lugar, básicamente, a nivel de las relaciones intrafamiliares y también en los marcos de algunas localidades específicas. En cambio, el monto de la inmigración haitiana y su distribución por toda la mitad oriental del país, le han proporcionado mayor notoriedad.

Se puede hablar de un sentimiento de haitianidad ampliamente difundido en el contexto de la cultura popular tradicional cubana. Tanto que, a mi modo de ver, estamos en presencia de un caso que estimula la ocurrencia de procesos formativos actuales en la cultura cubana.

Este sentimiento —o si se prefiere, conducta, para usar un término más cercano a la sociología de la cultura— es sostenido hoy no precisamente por aquellos inmigrantes que llegaron a principios del siglo XX,

¹En un período más o menos similar y por los mismos motivos que los haitianos, llegaron a Cuba contingentes de braceros de distintas nacionalidades del Caribe, jamaicanos en su mayoría. También se registra una inmigración de peninsulares y canarios que se establecen en la zona central del país.

de los cuales solo sobrevive una pequeña cantidad, sino por los descendientes, al menos por tres generaciones de considerables magnitudes.

La descendencia haitiana en Cuba es sociológicamente significativa en las zonas de su asentamiento, no solo por la cantidad, sino además por sus cualidades y características. Conducido por estos descendientes, el sentimiento de haitianidad se ha multiplicado en las regiones donde se establecieron los haitianos en Cuba, y está comenzando a llegar también —con toda su carga de “encantamiento mágico”—, a otras zonas más al occidente del país; su inserción definitiva en el etnos social cubano se lo ha facilitado.

¿Qué rasgos distinguen este sentimiento o conducta, y cómo interactúa con los ambientes cubanos actuales? En *El vudú en Cuba*, obra pionera de los estudios cubanos sobre este particular, Joel James ofrece un análisis que merece no perderse de vista. Según este autor, la precariedad de la vida de los haitianos en Cuba, y en particular las formas discriminatorias y de rechazo a las que se vieron expuestos hasta el triunfo revolucionario en enero de 1959, los compulsó a hacer. “[...] ostentación de aquello con lo cual, objetivamente, según se ha visto, se puede imponer al resto de la comunidad dentro de la cual se encuentra viviendo; y aquí imponer equivale a decir ser aceptado. De aquí que el sentimiento de haitianidad nos esté encubriendo realmente un sentimiento de cubanidad exacerbada”.²

Y más adelante agrega: “Este recurso que aparentemente es un recurso de reafirmación de la haitianidad, en realidad es un recurso de introducción de la cubanidad, una voluntad de ser cubano y de ser reconocido como tal”.³ Este sentimiento ha obrado no solo como un mecanismo consciente empleado por los haitianos, toda vez que se sienten no aceptados por los cubanos; también opera en tanto características inmanentes, es decir, propias de este segmento humano en las condiciones de Cuba.

Como cualidad diferenciante, el sentimiento de haitianidad no es en la actualidad la respuesta a un medio hostil, como lo fue hasta enero de 1959. Hay un conjunto mayor de motivaciones, de procedencia muy diversa, que refuerza esta práctica y que la elevan hasta el nivel de un verdadero trasplante cultural que ha arraigado y proliferado en Cuba con personalidad propia y distintiva.

² Joel James: *El vudú en Cuba*, Ediciones CEDEE y Casa del Caribe, 1998, p. 91.

³ *Ibíd.*, p. 92.

La más sencilla de estas motivaciones suele encontrarse frecuentemente en los estados emocionales de nostalgia, añoranza y evocación de Haití; país que los descendientes no conocen, pero al que se sienten ligados de manera natural por ser la patria de sus ancestros. Actúan también otros móviles no menos importantes, que han transitado por una realidad de adaptación, sin perder su funcionalidad. A la haitianidad como conducta le es consustancial el ejercicio de una tolerancia controlada, que se caracteriza por la construcción pre lógica, sencilla, de la cotidianidad. Las manifestaciones socioculturales cubanas pueden acceder con relativa facilidad a sus similares de origen haitiano, y en esos acercamientos se pueden producir profundos “efectos de contagio” de las primeras por las segundas. De aquí que los asentamientos de origen haitiano hayan “contaminado” sus periferias más cercanas.

No es difícil constatar cómo en zonas más o menos distantes de algún enclave de la práctica del vudú, las expresiones religiosas existentes incorporen parte de los objetos de culto y de la parafernalia de la mencionada religión.

En la comunidad de Barranca, localidad situada a 25 km de Palma Soriano, en la provincia de Santiago de Cuba, donde los inmigrantes haitianos y su descendencia llegaron a constituir mayoría desde el año 1916, se observan claros signos de preferencia por las festividades de origen haitiano, como el gagá (celebración de la semana santa haitiano-cubana).

Los pobladores de esta comunidad reproducen en sus entornos familiares determinadas conductas aportadas por los haitianos y sus descendientes, que van desde el uso de artículos e indumentarias de vestir, hasta los recursos de la memoria oral, pasando por la acentuada proliferación de platos pertenecientes a la cocina y repostería haitianas.

La haitianidad en Cuba se patentiza con el uso extendido del creole entre los descendientes. El creole a la postre irá en desuso, pero le auguro un tiempo más de vida activa; sobre todo porque los portadores son conscientes de que, bajo determinadas circunstancias, pueden formar una comunidad de hablantes, lo que se traduce en un recurso colectivo para controlar signos, significados y conductas. Esto lo hace un grupo fuerte, leal a sí mismo.

Es probable que un sentido común tan desarrollado como el de este grupo social llegara con ellos, pero esta cualidad humana se acentúa también en las condiciones de Cuba.

La familia de ascendencia haitiana en Cuba, por lo general, prefiere la vida compartida. La familia unida, estable y extendida, asegura en esos mismos términos la continuidad de sus expresiones socioculturales. Este grupo social no se entrega con facilidad a la dispersión que ocasiona el choque con el otro. Tal vez, los intercambios entre cubanos y haitianos parezcan más lentos, dilatados y densos, debido a que las esencias culturales de procedencia haitiana fluyen —de manera controlada— a través de la descendencia y no deliberadamente, como pudo haber ocurrido con otras nacionalidades que han entrado en contacto con manifestaciones socioculturales cubanas en los últimos tiempos.

En los grupos de origen haitiano subyace siempre un ambiente social propio, casi intransferible; y aunque ya sean considerados cubanos por incorporación histórica, continúan siendo ámbitos donde se refunden la cultura material y espiritual de aquel país como prueba de un ejercicio consciente de sus portadores.

En la Casa del Caribe de Santiago de Cuba, institución pionera en los estudios sobre la presencia haitiana en Cuba, pensamos que aún este componente no ha sido lo suficientemente bien valorado en las múltiples y variadas formas de manifestación de lo cubano. Todos estos elementos que hemos diferenciado como propios y determinantes de la presencia haitiana en Cuba, tienen un peso considerable en la Cultura Nacional, el problema es que los inmigrantes haitianos históricamente se asentaron en la mitad oriental del país, no fueron más allá. Las autoridades políticas de la república en esos años iniciales, en acuerdos espurios con la oligarquía y la sacarocracia cubana, no le permitieron ir más allá de la imaginaria línea divisoria de la vieja trocha de Júcaro a Morón.

De esta manera, la presencia haitiana en Cuba no pasó de ser una peculiaridad regional. Pero, ¿por qué no llevar también a las caracterizaciones de lo nacional las manifestaciones regionales de lo cubano?, ¿acaso no pudiera esto resultar enriquecedor?

Cuando alcancemos incluir de manera rotunda las peculiaridades regionales en las definiciones de lo cubano, no solo se cuantificará lo nacional, sino que además se cualificará.

Se me antoja considerar que la consistencia que ha alcanzado en la mitad oriental del país lo que hemos dado en llamar complejo franco-

haitiano-cubano⁴ puja por un espacio de relevancia en la definición de lo cubano. Estoy persuadido que este reclamo exige no solo de un esfuerzo desde la ciencia, también requerirá de no pocas acciones prácticas.

⁴ Para el caso, más que la presencia haitiana, que nos alude a la segunda oleada migratoria provocada por el auge azucarero cubano de principios del siglo XX, conviene emplear el término complejo franco-haitiano-cubano, que para los estudiosos del tema remite también a la oleada migratoria que se produjo inmediatamente después del estallido de la revolución haitiana en 1791, y que trajo a las costas del oriente de Cuba no pocos colonos franceses con sus dotaciones de esclavos y de aportaciones considerables que llegan hasta nuestros días.

Factores influyentes en la formación de las culturas caribeñas

Yolanda Corujo Vallejo

Las culturas¹ de los pueblos caribeños, son el resultado de la profunda transculturación a que se han visto sometidas las distintas etnias que han conformado su población por espacio de cuatro siglos. Pero independientemente que existe una fuente común afroeuropea, sus culturas se distinguen por su originalidad, debido a su constitución histórica en territorios diferentes, en el seno de una vida económico social que responde a factores específicos; sin embargo esto no contradice la existencia de una unidad sociocultural en el Caribe, las que se apoyan en su comunidad histórica, económica, étnica y geográfica; expresiones culturales similares como resultado de mismo pasado colonial y una aspiración de independencia.

Estas culturas son el resultado de la fusión de elementos derivados del patrimonio indoamericanos, de la cultura de las metrópolis europeas y la herencia africana, que a lo largo de estos siglos las etnias fueron sedimentándose y mestizándose en distintas formas culturales en uno de los más complejos procesos de transculturación², donde diferentes

¹El doctor Pablo Guadarrama en su libro *Lo universal y lo específico de la cultura*, aborda el concepto de cultura como todo el proceso y el producto de la historia humana, incluyendo al mismo hombre como sujeto histórico, parte de ese proceso y su producto superior. Con la ayuda de ese concepto se pueden determinar las peculiaridades cualitativas de las formas histórico-concretas de la vida social, de la actividad de los diferentes grupos sociales, del grado de perfeccionamiento que ha tenido su producto material y espiritual, de los aspectos originales y propios de ese conglomerado social, que puede ser incluso un pueblo, pp. 43 y 45.

²El término transculturación se generó en el terreno de la antropología a partir de 1940; el concepto lo ideó Fernando Ortiz en *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar* (segunda edición, Dirección de Publicaciones, Universidad Central Marta Abreu de Las Villas, 1963). El diccionario de la Real Academia de la Lengua Española, define a este término como: “Recepción por un pueblo o grupo social de formas de cultura procedentes de otro, que sustituyen de un modo más o menos completo a las propias”. Por

culturas, correspondientes a distintos niveles de desarrollo, se mezclaron en un nuevo tipo de civilización, la cual estuvo basada en un sistema de plantación.

La plantación terminó por destruir la identidad del negro, porque rompía la continuidad de las tradiciones africanas, ya que las concentraciones esclavas se hacían con africanos traídos de diferentes etnias, a fin de evitar su comunicación y obstaculizar la formación de una conciencia de clase frente a la explotación, lo que trajo como consecuencia un proceso de transculturación entre personas de diferentes culturas africanas, además que vivienda, vestidos y alimentación eran necesidades satisfechas por el plantador, borrando el mundo cultural africano y las profundas diferencias entre ellos; operándose un proceso de deculturación³.

El sistema de producción imperante en las plantaciones llevó a despersonalizar al esclavo y a la aniquilación de todo un bagaje cultural, ya que como mecanismo de defensa, el grupo sometido procuraba recalcar la conciencia colectiva, a pesar de provenir de diferentes zonas de África, de orígenes disímiles y en algunos casos enemigos.

La plantación-esclavitud creará sus propias relaciones sociales, su propia cultura, de hecho, una contracultura⁴, instrumento de autodefensa y perpetuación. Se mezclan elementos de la cultura africana en combinación con la cultura de su propia condición esclava. Es por ello que religión, magia, música, folklore e idioma se convierten en la expresión de su empeño de mantener un universo sociocultural restringido.

lo que se podría decir que la transculturación es un proceso gradual por el cual una cultura adopta rasgos de otra, hasta culminar en una aculturación.

³ La deculturación, según Moreno Fragnals, es un proceso consciente mediante el cual, con fines de explotación económica, se procede a desarraigar la cultura de un grupo humano para facilitar la expropiación de las riquezas naturales del territorio en que está asentado y/o para utilizarlo como fuerza de trabajo barata no calificada. *Cfr.* Moreno Fragnals: *Aportes culturales y deculturación*, Editorial Pablo de la Torriente, La Habana, 1995.

⁴ Se entiende por contracultura todas aquellas formas de expresión de la masa esclavizada, resultante de la violencia sistemática. Según Moreno Fragnals, "Lo que pudiéramos llamar aportes culturales africanos a América Latina y el Caribe". Son la resultante de una cruenta lucha de clases, de un complejo proceso de transculturación-deculturación, como herramienta de hegemonía, y la clase dominada se refugia en su cultura como recurso de identidad y supervivencia. La contracultura alcanza diversos niveles, que van desde manifestaciones culturales y religiosas, hasta expresiones políticas y militares.

Las primeras manifestaciones de esta contracultura son simples supervivencias de un bagaje cultural africano, ya que este fue roto por la esclavitud, y dada la heterogeneidad étnica de los distintos grupos resultaba imposible continuar las tradiciones africanas, viéndose obligados a adaptarse a un ambiente distinto, así como descubrir otros modos de subsistencia o de organización.

Las creencias y prácticas religiosas constituyen expresiones del rechazo a la cultura del opresor, a través de lo más íntimo del ser humano, como lo es el pensamiento filosófico y religioso. La contracultura se apoya en lo específicamente negro, creando elementos de una contra ideología referida a los valores raciales étnicos.

La necesidad de vivir en un mundo blanco dominante determinará la adopción de ciertos valores propios de la civilización occidental, operándose un sincretismo peculiar entre ambos mundos; es el resultado de un sincretismo cultural generalizado en el Caribe y que igual no es propio. Los elementos de la mezcla varían según los países o están presentes en distintos grados.

La santería cubana, el *shango* de Trinidad, el vudú haitiano, entre otros, son variantes de los cultos africanos adaptados al culto católico impuesto por los colonizadores, y donde no hay ni vudú ni santería, como en Guadalupe que por razones físicas o geográficas precisas, se practica un catolicismo modificado por el animismo y el fetichismo africanos.

El africano en estas tierras no solo sería la base sobre la que se crearían las riquezas insulares, sino, y muy especialmente, que el principal aporte cultural del negro será el de contribuir a las formaciones de verdaderas expresiones de la cultura nacional. Manifestaciones culturales como la música, el baile, el canto y la religión, tendrán en estas tierras un potente influjo africano. Las culturas caribeñas son marcadamente afroeuropeas en sus distintas variantes, tanto africanas (área sudanesa y bantú), como europeas (hispánicas, inglesas, francesas y holandesas).

Estas culturas, producto de su desarrollo histórico, van a tener una serie de rasgos comunes: lo indígena mezclado con elementos traídos de Europa, África y Asia; lo europeo se ha transformado en el contacto con otras culturas, lo africano se ha modificado dando origen a nuevas formas culturales, las huellas de Asia y Medio Oriente; manifestaciones comunes (arte, formas de comunicación, religión, comidas, normas de relación, entre otras), la resistencia de los indoamericanos y los esclavos africanos a la opresión del colonialismo europeo y las luchas libertadoras.

Un elemento de unidad de las culturas caribeñas está presente en las luchas libradas por las comunidades caribeñas por alcanzar la libertad, la dignidad y la responsabilidad, lo que llevó a la élite negra a desarrollar un pensamiento que se dirige a la búsqueda de sus raíces como forma de enfrentar la discriminación racial, con vista a autoafirmarse, surgiendo corrientes como el garveísmo en Jamaica; que concibe una iglesia ortodoxa africana, con un Dios negro, ángeles negros y un Satán blanco. En Garvey se sintetiza la conciencia racial y cultural donde todos los hombres son iguales, independientemente del color.

De ser un arma de lucha contra la colonización, la negritud avanzó gradualmente bajo la influencia del socialismo como filosofía de la libertad y el impulso de los movimientos sociales caribeños, hasta convertirse en una corriente de reivindicación histórica, que acompaña un proyecto de liberación integral. Representantes de estas corrientes son Jacques Roumain, René Depestre, Jean Price Mars.

La concepción de negritud desarrollada por Frantz Fanon, René Ménil, George Lamming, Amílcar Cabral, donde los prejuicios raciales aparecen como un reflejo ideológico de las relaciones sociales de producción, así como el fenómeno global de la explotación capitalista racista. La reivindicación de las raíces africanas desemboca en el reclamo de la identidad del hombre negro en su doble condición de oprimido por su color de piel y por su condición de proletario. Así surge la conciencia de la verdadera dimensión social, de la definitiva liberación del negro. Por lo tanto, la literatura en sus expresiones más progresistas está al servicio de la transformación revolucionaria de la realidad.

Frantz Fanon en *Los condenados de la tierra*, expresa: “Batirse para la cultura nacional es primero luchar por la liberación de la nación, matriz material a partir de la cual la cultura se vuelve posible. No hay combate cultural que se desarrollara lateralmente al combate popular”.⁵

Vale decir, que la región del Caribe contiene una serie de rasgos que le otorgan su especificidad; aquello que no es África, ni Europa, sino una síntesis reelaborada de estos dos troncos comunes. Es una realidad conformada por los acontecimientos de la historia, sobre una base común y compartida por seres humanos dentro de un mismo destino. Los aportes culturales de estas dos grandes cepas se injertaron de tal forma en las

⁵ Frantz Fanon: *Los condenados de la tierra*, Fondo de Cultura Económica, México, 1961, p. 86.

distintas comunidades del Caribe, que ya no es posible hablar de cultura africana, indoamericana, ni europea por separado. La cultura actual de estos pueblos es específicamente Caribe.

Sin embargo, a pesar que los países caribeños poseen rasgos similares, las culturas de los pueblos del Caribe se distinguen por su originalidad debido a la metrópolis colonizadora, la constitución histórica en territorios diferentes en el seno de una vida económico social que responde a factores específicos, mayor o menor cantidad de esclavos africanos, el grado de resistencia a la aculturación, la historia de los pueblos (desarrollo de las sociedades prehispánicas); modo de vida, idioma y distintos grados de sincretismo cultural.

La síntesis entre elementos culturales dispares, principalmente procedentes de las antiguas civilizaciones indoamericanas, del encuentro histórico de las civilizaciones europeas y africanas, y más recientemente, fuentes orientales y norteamericanas, hacen que la identidad caribeña sea el reconocimiento de esa síntesis racial y cultural que caracteriza a la región.

Identidad y problemática racial

Maricelys E. Manzano García

El tratamiento a la problemática racial cubana adquiere hoy significativa importancia, por diversas razones, en primer lugar porque a pesar de la eliminación por la Revolución del racismo instituido desde el poder, este fenómeno se reproduce a nivel de la psicología individual y social, desplazándose a esferas privadas de la vida, entendiéndose la familia, los grupos afines, así como las relaciones interpersonales¹, esto se revierte en las instituciones del poder que son asumidas por los mismos hombres y mujeres que sostienen un doble discurso en torno al tema, al ser los mismos que no asimilan en los espacios privados las diferencias del color de la piel²; en segundo lugar estudios realizados evidencian niveles de desigualdad asociados al color de la piel que polarizan la sociedad cubana de una manera tan evidente como la que se podría visualizar a partir de nuestra estructura socioclasista. Estas investigaciones demuestran que persiste un predominio de la población negra y mestiza en barriadas más deprimidas, el ingreso está permeado por el fenómeno de la discriminación, y en este caso no es resultado de lo heredado solamente como el anterior³,

¹ Rodrigo Espinosa Prieto y Rodríguez Ruiz Pablo: “Raza y desigualdad en la Cuba actual”, *Temas*, no. 45, enero-marzo, 2006, p. 44.

² El color de la piel en el caso cubano es, a nuestro juicio, una variable a tener en cuenta cuando de la problemática racial se trate, pues tiene más significación en los individuos que el término raza, ya a fuerza del desarrollo alcanzado por la ciencia en las diferentes ramas del saber, incluyendo los estudios del sabio cubano Fernando Ortiz, se ha impuesto el criterio de la inexistencia de las razas, pero es un hecho que no somos iguales, al decir del destacado investigador Esteban Morales Domínguez en, “Como concepto científico la raza no existe. Es una construcción social. Sin embargo, pregúntesele a cualquier ciudadano honesto que le haya tocado vivir en la república. *Cfr.*: “Cuba: Raza y República”, *Cuba Socialista*, tercera época, no. 43, enero-marzo 2008, p. 34.

³ Vea investigaciones realizadas por los autores Pablo Rodríguez Carranza y Ana J. García: *Estructura y relaciones raciales en un barrio popular de ciudad de La Habana*, Archivo Científico del Departamento de Etnología del Centro de Antropología, 1994; Esteban Morales Domínguez: *Cuba algunos desafíos del color. Pensar a Contracorriente*

en tercer lugar, a pesar de los esfuerzos realizados, el insuficiente tratamiento al problema racial de manera franca y abierta, ha sido utilizado como elemento de ataque ideológico por el enemigo para dividir la nación cubana, no creo que los que acusan a los investigadores cubanos de hacerle el juego al enemigo, estén en lo cierto, al contrario, ceder el terreno del estudio del fenómeno a los enemigos de la Revolución cubana sería poner en sus manos un tema sensible, que abordado con superficialidad puede socavar la unidad nacional.⁴ Estos elementos que dan significación al tema racial, nos motivan a dirigir nuestra atención hacia un factor que consideramos incide de manera notable en la reproducción de los prejuicios raciales como fenómeno social, nos referimos a la identidad racial.

La identidad es un concepto lógico, muy empleado en filosofía, que designa el carácter de todo aquello que permanece único e idéntico a sí mismo, pese a que tenga diferentes apariencias o pueda ser percibido de distinta forma. La identidad se contrapone, en cierto modo, a la variedad, y siempre supone un rasgo de permanencia e invariabilidad. En la historia de la filosofía, la afirmación de la identidad como uno de los rasgos del verdadero ser, ha sido muy utilizada desde Parménides, que ya afirmó el carácter idéntico del ser. Por el contrario, otras posturas filosóficas han afirmado que es precisamente la posibilidad de variación y modificación, es decir, la ausencia de identidad, la que caracteriza el verdadero ser (tal es el caso de Heráclito y de las filosofías que admiten el cambio y el devenir como rasgos esenciales de la realidad). Una de las aplicaciones más empleadas del concepto de identidad se encuentra en la lógica, que emplea el llamado ‘principio de no contradicción’. Según este, no es posible afirmar de un mismo sujeto un determinado atributo y su contrario. La formulación elemental de este principio lógico es: “aquello que es, es; lo que no es, no es”.

Diversas son, por tanto, las definiciones que existen sobre identidad, todas con puntos coincidentes, pero cada una de ellas comprendida y asumida particularmente por los estudiosos del tema. Abordando en sín-

III, Editorial Ciencias Sociales, 2006; además, la síntesis de los resultados de la investigación realizada por el centro de antropología del Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación (Citma) “Relaciones raciales y Etnicidad en Cuba”, 2006.

⁴ Esteban Morales Domínguez: “El tema racial y la subversión anticubana”, *La Jiribilla*, año 5, 8 al 14 de septiembre de 2007, La Habana, disponible en www.lajiribilla.co.cu/2007/n331_09/331_18.html

tesis algunos de los más recurrentes análisis sobre el problema identitario en los seres humanos, encontramos autores como la destacada investigadora Graciela Pogolotti, que plantea que la identidad en primera instancia es la del hombre que se reconoce, así mismo, en segunda instancia, es la identidad del hombre que se reconoce en su comunidad más inmediata⁵. Pedro Pablo Rodríguez refiere que identidad es algo que existe en toda agrupación humana desde que pretende auto identificarse a sí misma frente a otra⁶.

Manuel Martínez Casanova, quien sustenta que por identidad se puede entender niveles de coincidencia y comunidad de elementos componentes de una estructura dada que sin ser homogéneos en sentido absoluto, sí comprendan una unidad sistémica que reconoce e incluye las variaciones de expresiones que no niegan, sino ratifican, la permanencia al sistema referido⁷. “La identidad es una necesidad cognitiva (hacer y conocer nuestro lugar en el mundo) y práctica (por urgencias económicas, políticas y sociales) pero también es una necesidad existencial”⁸.

Estos autores con los cuales coincido en su percepción, valoran que la identidad es indispensable para el ser humano, los individuos pertenecen a un grupo, deben reconocer sus raíces, su pasado más reciente, sus familiares y solo así saben quiénes son, a dónde pertenecen, y a partir de eso elegir qué elementos van a asumir para su autorreconocimiento.

Es así que podemos identificar los elementos coincidentes que conforman la conceptualización en torno a la identidad: el hombre es capaz de reconocerse a sí mismo, la identificación de elementos comunes y diferentes de un grupo de individuos frente a otro y la adquisición por el sujeto de una conciencia de sí mismos y de los demás.

Pocas palabras despiertan hoy tanta controversia como la identidad; continuamente se habla de identidad nacional, identidad cultural, identidad sexual y pocas veces de identidad racial, acaso su omisión es sinónimo de inexistencia. Pero, ¿qué es la identidad cuando de los seres humanos se trata?, una escala sucesiva de círculos concéntricos. El círculo mayor es el

⁵ Graziella Pogolotti: “Desafíos de la identidad”, *Revolución y Cultura*, no. 6, 1985, p. 10.

⁶ Pablo Rodríguez: “Nación e identidad”, *Temas*, no. 1, 1995, p. 95.

⁷ Manuel Martínez Casanova: “Reflexiones sobre cultura popular e identidad”, *Islas*, no. 128, octubre-diciembre, 2001, p. 49.

⁸ Carolina de la Torre: “Identidad e identidades”, *Temas*, no. 28, enero-marzo, 2002, p. 26.

de la humanidad toda, donde el cuerpo actúa como distintivo humano. En torno a él se despliegan maneras de conocimiento y reconocimiento que son comunes a todos los pueblos del orbe: los besos, el llanto, la mímica, la risa, entre otros. Sobre esas herramientas comunes, y a medida que se profundiza en lo humano, van apareciendo nuevas instancias de identidad: el amor, la familia, la ética, la técnica, la preferencia sexual, el color de la piel, las preferencias culturales, en fin el estilo de vida como individualización del modo de vida. Todas esas instancias nos asemejan a otros humanos y, al mismo tiempo, nos diferencian del prójimo.

Quienes aspirarían a construir mundos cerrados sobre una identidad considerada como un absoluto, y quienes desearían construir un mundo absolutamente abierto donde toda identidad hubiera sido aniquilada, no tienen en cuenta que tal pretensión significaría el exterminio del patrimonio cultural de la humanidad que se erige y existe desde lo igual y lo diferente.

Cuando decimos que el cuerpo actúa como distintivo humano no podemos olvidar que ese distintivo existe matizado por un elemento que se denomina color de la piel, con el cual nacemos y no podemos escogerlo, este elemento para el caso cubano es de singular importancia.

En la herencia del pensamiento cubano encontramos importantes consideraciones que hoy toman fuerza en los debates en torno a la problemática racial y que son referentes de gran valor al afirmar que la raza es un concepto que causa rechazo y repulsión entre los hombres de buena fe. El sabio cubano Fernando Ortiz decía “[...] pocos conceptos hay más confusos y envilecidos que el de raza. Confuso por impreciso, envilecidos por los despreciables menesteres políticos y sociales en que ha sido empleado”.⁹ Como se aprecia, su visión es clara y nos conduce por el camino de evaluar este fenómeno en su justa medida, reconocer las consecuencias nefastas que para la humanidad ha traído el vocablo implica estudiarlo.

Diversos son los orígenes asignados al vocablo raza; sin embargo, no fue hasta los siglos XVI y XVII que comenzó su empleo. Este vocablo es de raíz semítica surgido en el comercio de caballos, se extendió a la trata de esclavos y luego en un sentido general a las distinciones humanas.

⁹ Fernando Ortiz: *El engaño de las razas*, Editorial Páginas, La Habana. 1947, p. 17.

Aunque muchos son los orígenes dados a la voz raza, es la derivación semita a juicio de Fernando Ortiz la que da una explicación más verosímil, que apunta a que este vocablo fue aplicado primero a los animales para señalar su casta, y al extenderse metafóricamente a los humanos llevó consigo implícita una conceptualización de animalidad, por lo que tuvo desde su origen un sentido despectivo.

En lo biológico, raza es, según el sabio cubano un concepto metodológico de clasificación inferior a los de especie y género, y análogo al de subespecie. En lo político se trueca peligrosamente con frecuencia con el de nación, gente, casta, clase; en lo cultural se confunde erróneamente con el concepto moderno de cultura, es decir con el conjunto de medios sociales que tiene un grupo humano dado para luchar por su vida¹⁰.

De esta valoración del sabio cubano podría deducirse que entonces es un error hablar de raza y ciertamente lo es, según avalan los resultados de las diferentes ciencias¹¹; no obstante, el resultado de los debates sobre el significado y validez del concepto raza nos indica que, en la literatura de diferentes disciplinas relacionada con las variedades humanas, carece de consenso.

A pesar de ello, en campos como la biología existe una posición más o menos aceptada por los participantes en la discusión. Algunos estudios usan la palabra raza en su sentido taxonómico. Otros siguen usando el término raza, pero en el sentido de población o grupo. Un tercer grupo evita la palabra por completo y emplean el término población como sinónimo menos peyorativo. Somos del criterio que evitar el uso no conduce a la solución del problema, por el contrario, se hace imprescindible la definición del vocablo pues es un hecho que se usa y se usará a pesar de la pluralidad en el debate.

Concebimos como raza aquel grupo humano con caracteres semejantes, permanentes, hereditarios, claramente definibles y presentes en todos sus miembros¹². Cada una de estas características por separado requiere un mayor acercamiento desde la ciencia, que permita esclarecer tan difícil concepto, no obstante esta propuesta de Fernando Ortiz permite establecer en el factor hereditario un denominador común presente en el grupo humano de que se trate, que da espacio a la fusión a la mezcla

¹⁰ *Ibíd.*, p. 386.

¹¹ Carlos Rodríguez Almaguer: "Mi raza", disponible en <http://www.jrebeldede.cubaweb.cu>

¹² Fernando Ortiz: *El engaño de las razas*, p. 386.

presente cada vez con más fuerza en el mundo de hoy, que comparte los mismos problemas globales y ve reducida las fronteras nacionales.

Los hombres en su proceso identitario deben reconocerse a sí mismo, asumir los elementos comunes y diferentes de un grupo de individuos frente a otro, pero sobre todo adquirir una conciencia de sí mismos y de los demás, en esta asimilación los hombres para distinguirse y agruparse a su conveniencias y caprichos se fabrican “caretas en serie de tipo imaginario”,¹³ según sus intereses y tradiciones.

Esta careta incluye que los tipos humanos hayan usado o tenido en cuenta características tales como el tipo de cráneo, el color de la piel, el pelo y la nariz; estos tres últimos elementos, en el caso cubano, son de extraordinaria significación, debido a que su condición de pueblo americano lo ubica como portador de una mulatez, que se desprende del proceso de transculturación que da a la asimilación de la multirracia- lidad, características especiales que complejizan, a diferencia de otros contextos, el fenómeno identitario.

Por tal razón, aunque no existe ningún hombre idéntico a otro, ni a sí mismo en el transcurso de su vida, este se aferra a aquellos elementos que se comportan como indicadores estables dentro de sus característi- cas biológicas y culturales que lo hacen igual o diferente, entre ellas está, sin dudas, la raza y el color de la piel.

La identidad racial, por tanto, es resultado de la subjetividad huma- na, como la identidad en general, que se establece a partir de un elemen- to objetivo, el color de la piel y presupone la asunción por los individuos de este, con o sin prejuicio, así como un conjunto de características que desde la tradición han sido asignadas a una u otra raza, como valores o anti valores con el propósito de establecer diferencias objetivamente marcadas.

La identidad racial debe ser tratada con la misma naturalidad que enfrentamos la identidad de género, partiendo de lo innegable que re- sulta que unos nacemos hombres y otros mujeres; unos blancos, negros, mestizos o amarillos.

La historia de nuestra patria es rica en el debate del problema identi- tario, y esto no es casual; el exterminio aborigen sacudió como a ningún otro pueblo al cubano, que ha tenido que labrar desde la fusión su propia

¹³ El término es del sabio cubano Fernando Ortiz: ob. cit., p. 110.

ruta identitaria. Los años veinte de la República conocidos en la historia como “el despertar de la conciencia”, tuvieron entre sus grandes aciertos el debate sobre la identidad.

Este controvertido tema incluyó la temática racial, y desde entonces aflora el fenómeno identitario como un punto clave para el enfrentamiento al racismo, cuando apareció en el *Diario de La Marina* la sección “Ideales de una Raza”, liderada por Gustavo Urrutia, ya se modelaba que la subjetividad determinaría, en gran medida, el futuro de la nación en cuanto a la igualdad racial¹⁴.

Si antes fue importante lo es hoy también, y así lo sustentan las palabras del destacado investigador cubano Esteban Morales cuando plantea que

[...] la conciencia de la identidad racial, por la que lucharon tantos intelectuales progresistas, de todos los grupos raciales, era entonces sumamente importante para superar la situación de discriminación. Pero la discriminación ejercida, llevaba siempre adjunto un complemento adicional que no proviene solo del estereotipo negativo o del prejuicio racial, sino de una conciencia arraigada en las elites dominantes de que la discriminación racial puede ser utilizada como un instrumento de poder.¹⁵

Frente a esto, el fomento de una identidad racial construida a partir de los valores y no de los antivalores sin prejuicios y estereotipos raciales negativos, evitaría el fomento de conflictos alentados desde dentro y desde fuera del país para minar las bases de la identidad nacional.

No hay identidad nacional sin identidad cultural, la cual se materializa en lo personal a partir de la pertenencia a un grupo cultural cuyos miembros comparten la lengua, costumbres, valores, lo que se conoce como etnicidad, que no debe confundirse con el concepto de raza que apela a las distinciones físicas. Este particular en Cuba es significativo, se repite el criterio de que somos un país uniétnico pero multirracial; sin embargo estudios hacia el interior de la sociedad cubana revelan que si bien existen

¹⁴ Maricelys Manzano García: “Ortiz y Urrutia, dos miradas entorno a la problemática racial en Cuba”, *Santiago*, no. 117, 2008, p. 56.

¹⁵ Esteban Morales Domínguez: “Cuba: raza y República”, *Cuba Socialista*, tercera época, no. 43, enero-marzo, 2008, pp. 44-45.

características culturales aglutinadoras que no excluyen diferencias, estas diferencias se inclinan hacia la polarización de la sociedad a partir del color de la piel, lo cual nos indica que hay que repensar hasta qué punto lo étnico pierde valor o lo recobra como elemento de génesis de la cultura cubana.

Pondremos dos referentes de opiniones de investigadores cubanos que ilustran el criterio anterior:

La identidad del no blanco, pero sobre todo del negro, ha sido siempre una identidad muy agredida; en la misma medida en que esta siempre ha tenido que abrirse paso a través del “campo minado” por el no-reconocimiento, la no-aceptación, el estereotipo racial negativo y el juicio de valor racial hegemónico que siempre ataca la otredad; de la hipocresía, el cinismo y el racismo sutilmente encerrados en frases tales como: “es negro, pero es una persona decente”; “Es negro, pero no es bruto”; “es negro, pero es honrado”.¹⁶

Otra investigadora cubana sobre la problemática racial Yesenia Se-lier, en su trabajo “Acercamientos a la identidad racial de los negros cubanos” plantea:

Nos tomaremos la licencia de una digresión para resaltar un interesante fenómeno que se produce en la bibliografía cubana a la que hemos tenido acceso y el cual consideramos digno de un análisis de contenido. Hablamos de las alusiones del tipo: “problemática racial”, “perspectiva racial”, “cuestión racial”, “tema racial”. Aunque no estamos exentos de tales usos, queremos resaltar que, en todo caso, en esas alusiones palpitan un único tema, una única problemática y una única cuestión racial: la de la negritud. La presencia insular de los chinos es abordada generalmente en términos

¹⁶ Esteban Morales Domínguez: “Cuba: color de la piel, nación, identidad y cultura: ¿un desafío contemporáneo?”, material en formato digital. p. 9. El autor añade el nota 20: “Muchas personas no aceptan esta realidad. Unos porque no les interesa, otros porque nunca han topado con ella, la mayoría porque les abochorna, otros porque siempre han vivido de ella con ventaja”.

culturales. Es el negro nuestro único verdadero demarcador racial, nuestra única y perversa otredad.¹⁷

Estos ejemplos unidos a otros no citados pero consultados, nos permiten aseverar que abordar el tema racial en Cuba exige de una mirada al fenómeno identitario, de manera que el enfrentamiento al otro, al diferente, sea realizado desde posicionamientos desprejuiciados y sí con los elementos culturales dotados de valores positivos y utilizados como medios simbólicos de afirmación de la propia identidad.

Las ciencias biológicas, entre ellas las neurociencias, estudian el fenómeno de referencia. Por ejemplo, en un despacho de la prensa de la agencia EFE, tomado el 30 de octubre de 2007, se plantea que a los tres meses, el ser humano ya tiene identidad racial. A esta conclusión llegaron los investigadores del Centro Adler en Jerusalén. Para el estudio, los bebés, sentados delante de un monitor, observaron alternativamente rostros blancos y negros. Sus reacciones y tiempo de observación, fueron los principales indicadores para tales resultados. El experimento suena tan curioso como las conclusiones: bebés blancos y negros, cada uno de ellos sentados en el regazo de sus madres y delante de una computadora que les mostraba un rostro blanco y otro negro durante diez segundos cada vez. La observación de sus reacciones y del tiempo que miraron a esos rostros, les permitió concluir que los bebés se concentraron y “preferieron” la imagen del rostro de su mismo color.

Tras el experimento con las criaturitas, Yair Ben Haim, jefe de la investigación, aseguró: “Este descubrimiento podrá ayudar a actuar contra el racismo y a comprender la formación de los estereotipos que los fomentan”.¹⁸ Si bien estos experimentos no son concluyentes ni determinantes, pensamos que más que contribuir a la eliminación del racismo lo fomenta. No creo que la identidad se forme por transmisión genética. Su componente socio cultural no puede ser sustituido, de lo contrario, cómo explicar que, a pesar de las características fenotípicas, encontremos individuos que no asumen el color de su piel y luchan con todas sus fuerzas por lograr una imagen diferente y normas de conductas socialmente atribuidas a un grupo racial diferente al suyo.

¹⁷ Yesenia Selie: “Acercamientos a la identidad racial de los negros cubanos”, 2007, disponible en <http://www.unb.ceam.nescuba.artigos.cu>

¹⁸ *Ibidem*, p. 18.

Para que podamos sentirnos parte de una nación o de un grupo social cualquiera, es necesario sentir, ante todo, su mismidad; pues solo se puede ser parte de algo, si se es, antes que todo, uno mismo. Por lo que no es de temer entonces, que alguien trate de reafirmarse en lo que es, porque esa será la condición ineludible para que logre ser parte de cualquier otra cosa, aunque solo se tratase de una posibilidad teórica.

Cultura ambiental, identidad y desarrollo comunitario

Bertha Nudis Ferrer Hechavarría
Luisa Carrión Cabrera
Celia Sánchez Ferrer

Inicialmente, el término cultura se identificaba con el cultivo de algo, desde la agricultura hasta la acción de hacer la corte; y se vinculaba en sus diferentes acepciones a lo cuidado, adornado, refinado, lujoso y cultivado desde las maneras de vestir, el ejercicio corporal, hasta la alimentación espiritual, la práctica religiosa, de la literatura y las artes.

Nuestro José Martí planteó que “ser cultos es el único modo de ser libres” y trató de contribuir activamente a la conformación de lo que consideraba cualidad indispensable al género humano, que es la disposición general hacia el bien, aunque las excepciones no le sirviesen más que para confirmar la regla. Su aspiración era que el hombre fuese cada vez mejor y con ese fin puso todos sus empeños redentores.

El término cultura ha ido evolucionando, y en la actualidad encontramos múltiples definiciones a pesar de lo certera que resulta la valoración del novelista e intelectual Gabriel García Márquez, al considerar que en el fondo todos sabemos qué abarca el término cultura, pero no podemos expresarlo en dos palabras¹. Una de estas definiciones expresa que es el grado de dominación por el hombre de las condiciones de vida de su ser, de su modo histórico concreto de existencia, lo cual implica de igual manera, el control sobre su conciencia y toda su actividad espiritual, posibilitándole mayor grado de libertad y beneficio a su comunidad.

Así también se concibe una acción culta como aquella que de algún modo presupone un conocimiento de los efectos posibles de la misma, aun cuando no se tenga la explicación integral de todas sus reales causas. Dejar a la espontaneidad de las concatenaciones la acción no concebida plenamente, es índice de alguna reminiscencia de incultura.

¹ Gabriel García Márquez: El oficio de escritor (Entrevista). *Correo Unesco*, 1996, disponible en <https://es.unesco.org/courier/febrero-1996/gabriel-garcia-marquez-oficio-escriptor-entrevista>

En el tratamiento de la cultura debemos prestar atención a otros términos como el de Autenticidad. Auténtico debe ser considerado todo aquel producto cultural, material o espiritual que se corresponda con las principales demandas del hombre para mejorar su dominio sobre sus condiciones de vida, en cualquier época histórica y en cualquier parte, aun cuando ello presuponga la imitación de lo creado por otros hombres.

La cultura auténtica es siempre específica y, por tanto, histórica, y debe ser medida con las escalas que emergen de todos los demás contextos culturales, pero en primer lugar de las surgidas del mundo propio. En ese proceso de realización de acciones culturales auténticas se va forjando la identidad cultural de una nación, pueblo o región, que aunque puede ser manipulada con los fines ideológicos más disímiles, en definitiva sobrevive y se alimenta de las demandas incumplidas por generaciones anteriores.

En la época contemporánea, debido al proceso de globalización creciente de la vida social, el concepto de cultura no solo se amplía en su contenido e incluye cada vez nuevos elementos que anteriormente eran considerados exclusivamente de algunos pueblos, por lo que la universalidad de la misma no solo se enriquece, sino que se le reconocen nuevas determinaciones que lo complementan en mayor medida.

A partir de estos presupuestos, las autoras de este trabajo consideran impostergable la necesidad de que las comunidades enfrenten los problemas ambientales en el camino al desarrollo, y sean depositarias de una cultura ambiental que lo posibilite. En este empeño tiene gran importancia la implementación de proyectos comunitarios, pues las comunidades constituyen grupos sociales claves en la solución a los problemas ambientales a nivel global y local.

El enfoque marxista del medio ambiental se basa en el análisis de la relación hombre-naturaleza como una unidad, cuya base es la actividad humana. Tal actividad es engendrada por las necesidades objetivas, diseñadas por nuestra especie, y que son el motor del pensamiento, la creación y la transformación de la realidad por el hombre.

Una mirada al medio ambiente desde una óptica socioeconómica, requiere el reconocimiento de la identidad de los pueblos como parte de sus formas culturales de apropiación del patrimonio de recursos naturales. Se trata de tener en cuenta la definición de su sentido de la vida y de existencia en sus contextos culturales.

Las diversas formas de interpretación cultural manifestadas en formas artísticas, apreciaciones éticas, estéticas, conocimientos y habilidades específicas, relaciones con la realidad social y natural, se expresan en vivencias humanas, que son parte de la idiosincrasia cultural de los pueblos. Ellos suman las tradiciones de su historia y el carácter específico de las relaciones tradicionales, adquiridas por las distintas generaciones, a los conocimientos actuales. La pérdida de estos componentes produce conflictos en la conducta y en las formas de apreciación de la sociedad y, por ende, de la naturaleza.

Estos elementos, además, deben formar parte de la concepción del desarrollo de los pueblos e incluyen también las prácticas productivas. La determinación de estos componentes condiciona la identidad del grupo humano en cuestión y es de gran importancia para garantizar un uso y comprensión adecuados de la naturaleza.

Desde el pasado siglo se ha ido produciendo un deterioro acelerado del medio como consecuencia del patrón tecnológico vigente, los estilos de desarrollo y los actuales ritmos de explotación, transformación y consumo de recursos naturales. La expansión de la economía internacional ha generado una presión creciente sobre el equilibrio de los ecosistemas, así como la capacidad de renovación y productividad de los recursos naturales, la destrucción ecológica y étnica, por el hecho de que la naturaleza y la cultura no tienen valores asignables dentro de la actual racionalidad. Los procesos naturales y culturales que son el soporte de todo proceso productivo, son externos a una economía fundada en el trabajo y el capital como factores fundamentales de la producción. La naturaleza suministra materia prima para la producción, pero las decisiones las toma el hombre y dependen de la oferta del valor (del capital) y de la fuerza de trabajo. La cultura interviene en tanto que la economía incorpora, como presupuestos, ciertos principios como valores universales del hombre. Pero la cultura como estilo de vida y de desarrollo, como derecho de las comunidades sobre sus territorios y espacios étnicos, sobre sus valores y prácticas tradicionales y sus instituciones para la autogestión de sus recursos, no ha estado contemplada en los paradigmas de la economía que hasta hoy rigen el mundo.

Lo anterior exige cambios de concepciones y paradigmas que habrán de producirse a partir de una nueva concepción de desarrollo, no solo desde el punto de vista económico sino del desarrollo en general. La crisis ambiental tiene raíces esencialmente culturales. La estrategia adaptativa del hombre a los procesos naturales se da, principalmente a través

de una plataforma cultural, pues la cultura es un mecanismo básico de adaptación a la naturaleza que combina formas de organización social y de construcción simbólica². Enfrentar la crisis ambiental exige el restablecimiento de la relación armónica entre la naturaleza y la sociedad, se requiere de una nueva cultura, se requiere comprender el desarrollo desde una concepción que incluya a la cultura.

La base cultural de los procesos ambientales se expresa en la manera en que el hombre construye su relación con el entorno, con sus semejantes y consigo mismo; esa construcción se realiza a partir de una determinada cultura. Como ya se ha dicho, la situación actual exige una nueva cultura ambiental que contemple, además de aspectos relativos a la conservación y adecuado manejo de recursos del medio ambiente, el espíritu de solidaridad y responsabilidad que armonice con las aspiraciones de lograr el desarrollo sostenible.

En este empeño, la educación ambiental realiza una importante contribución dado que ella permite que las personas participen en la elaboración y ejecución de estrategias que posibiliten un adecuado manejo de recursos y, por ende, la solución de problemas que afectan la calidad del medio ambiente. Este tipo de educación supone una práctica comunitaria que descubra ante los miembros de la comunidad, los problemas que afectan la calidad de su entorno y, por tanto, su vida cotidiana, y que necesariamente actúen para contrarrestar los efectos de dichos problemas.

La educación ambiental es un elemento importante para el desarrollo de los individuos, pero el hombre como ser social no se limita a la comprensión de tales o cuales necesidades, sino que como ente activo actúa, interviene y en cada caso pone de manifiesto no solo sus conocimientos sino también sus actitudes, aptitudes, valores, etc., que se conforman de acuerdo con su cultura. El hombre como ser consciente actúa en la sociedad en correspondencia con sus conocimientos, aspiraciones, motivaciones, en fin, de acuerdo con su cultura, su visión del mundo y su capacidad de influir y modificar su entorno.

² Esta valiosa idea es sustentada por Ángel Maya: *La fragilidad ambiental de la cultura. Una interpretación de las relaciones entre medio ambiente y desarrollo*, Instituto de Estudios Ambientales, Colombia, 1991. De alguna manera, entronca con la visión de la cultura como un fenómeno de grupos, como proceso de adaptación de los grupos a los entornos naturales, dada por Edgar Schein en su trabajo acerca de la cultura empresarial. *Cfr.* Edgar Schein: *La cultura empresarial y el liderazgo. Una visión dinámica*, Plaza y Janes Editores, España, 1988.

Lo anterior permite comprender que el tratamiento de la cuestión ambiental entraña un enfoque educativo-cultural. Se requiere de una cultura medio ambiental que contribuya a que el individuo analice de modo profundo, real y en su integridad, los complejos procesos, acontecimientos y fenómenos que tienen lugar en el infinito mundo material, la interacción entre ellos y, consecuentemente, evalúe el alcance y los impactos de su actividad transformadora sobre el medio ambiente, no solo para el presente sino también para el curso objetivo de los acontecimientos futuros.

En este y en trabajos anteriores, las autoras conciben a la cultura medio ambiental como un sistema de conocimientos y valores ambientales que orientan el proceso de intercambio del hombre con su entorno biofísico y social, que implican un conjunto de comportamientos individuales y colectivos con relación al uso racional de los recursos naturales; a la vigilancia sobre los impactos ambientales derivados de la actividad humana; a la participación de los agentes del desarrollo en la autogestión de sus recursos y la conservación de sus valores culturales y patrimoniales.

En este sentido, la cultura del medio se manifiesta como un proceso dialéctico de intercambio entre la sociedad y la naturaleza, que implica el perfeccionamiento consciente de la actividad práctica de los individuos y de la sociedad en su conjunto, así como de los conocimientos, actitudes, valores, comportamientos y acciones que se manifiestan en el proceso de interdependencia del hombre con los demás componentes del medio que a su vez se modifican.

La cultura medio ambiental debe contemplar el sistema de valores y actos de los hombres que lo vinculan a la naturaleza y a sus semejantes; por ello, el marco de análisis y manifestación de la cultura del medio es, en un sentido amplio, la relación sociedad-naturaleza. Cuando se habla de valores se hace referencia tanto a los objetivos, que resultan de la actividad práctica de los hombres o son asimilados directamente de la naturaleza, como al sistema subjetivo que se refleja en obras literarias, de arte, en la preocupación por la salud y educación, la solidaridad, la elaboración de normas de reglamentación de las relaciones en la vida cotidiana, la actitud hacia la naturaleza, etc. De este modo, la cultura ambiental surge de fundamentos humanos, ético-morales y estéticos profundos, y debe contribuir a la materialización de la justicia social.

Desde el punto de vista sociocultural, debe tenerse en cuenta que la cultura medio ambiental también contempla, necesariamente, el cómo los

factores objetivos que conforman el medio natural condicionan la manera en que los individuos y la sociedad se apropian de este, lo transforman y se autotransforman, de acuerdo con sus tradiciones. Coincidimos en este análisis con las ideas expuestas por el arquitecto, Dr. Fernando Salinas, al fundamentar que en la cultura ambiental se sintetizan las condiciones del medio natural y del paisaje diseñado, los conjuntos urbanos y espacios públicos (calles, plazas, parques), las edificaciones, elementos de la técnica y la tecnología, el diseño gráfico, pintura, escultura, el vestuario, entre otros elementos que se integran en la vida cotidiana de las personas como elementos importantes de su dinamismo, y que deben formar partes insustituibles de la nueva cultura que contribuirá al disfrute de una vida más plena y mejor para todos, que satisfaga las aspiraciones del desarrollo humano sostenible³.

Como bien señala el destacado filósofo Antonio Gramsci en sus *Cuadernos de la cárcel*⁴, la creación de una nueva cultura significa especialmente, difundir críticamente verdades ya descubiertas y hacer que se conviertan en base de acciones vitales, elementos de coordinación y orden intelectual y moral. Esta idea es válida en este análisis, pues para que surja y se afiance una cultura del entorno, se debe trabajar de manera ardua, aportando nuevas pautas sobre la base de los nuevos y antiguos conocimientos y experiencias susceptibles de ser incorporadas conscientemente a las conductas cotidianas de los individuos y, poco a poco, a las de la sociedad en su integridad.

Analizar la cultura medio ambiental desde esta óptica obliga a prestar atención a la adquisición de conocimientos, a la creación artística, a la herencia social, los nuevos modos de ser y de hacer que se manifiestan en el proceso de la creación de valores materiales y espirituales, así como en las vías y métodos de que se valen las distintas sociedades para acceder al desarrollo. Por ello implica, además, una cuestión ética por cuanto un individuo con determinadas aspiraciones debe valorar no solo el alcance de sus acciones en los límites de su relación con el entorno, sino también en qué medida dichas acciones afectan a los demás y qué consecuencias podrían derivarse para las futuras generaciones. Por esto incluye, además, aspectos relativos a la convivencia y el respeto ínter e

³ Fernando Salinas: "La cultura ambiental de nuestra América", *Arquitectura y Urbanismo*, vol. 12, año 92, p. 52.

⁴ Antonio Gramsci: *Cuadernos de la cárcel*, no. 21, tomo 6: Problemas de la cultura nacional, Ediciones Era, México.

intrageneracional, de ahí que fortalecer la cultura del medio constituya una urgencia en el camino hacia un desarrollo sostenible. A tales efectos, todos los esfuerzos deben integrarse en programas educacionales complejos capaces de influir, de manera efectiva, en la comprensión del mundo y conducta de los hombres.

Han quedado expresadas con amplitud las ideas que fundamentan la necesidad de que las comunidades enfrenten los problemas ambientales en el camino al desarrollo y sean depositarias de una cultura ambiental que lo posibilite. En este empeño tiene gran importancia la implementación de proyectos comunitarios, pues las comunidades constituyen grupos sociales claves en la solución a los problemas ambientales a nivel global y local. Teniendo en cuenta lo anterior, se implementan proyectos de educación ambiental para el desarrollo local sostenible en comunidades santiagueras entre las que se encuentran Cayo Granma, Ocuajal del Turquino y Venceremos. Estos proyectos tienen entre sus distintas líneas de desarrollo, a la cultura ambiental.

En estas comunidades encontramos una situación bastante común y es que presentan parámetros de educación y cultura que muestran un comportamiento específico, ya que como promedio la población aparece con noveno grado de escolaridad, pero en realidad hay un desnivel entre la población de jóvenes y adultos de la primera edad, con mayor nivel que el resto de la población, es decir, los adultos de la segunda y tercera edad poseen niveles más bajos. Desde el punto de vista de la identidad, muchas personas gustan de este entorno costero a pesar de lo afectado que está debido a la contaminación producida por la actividad industrial y a la huella ecológica que provocan sus moradores y los transeúntes.

Es perceptible la necesidad de fortalecer el trabajo diferenciado con los distintos grupos etarios, y en este quehacer la cultura tiene una importancia capital para contribuir a revertir la situación ambiental.

Entre las acciones culturales que se han venido poniendo en práctica en estas localidades se encuentran la contribución a la capacitación de las comunidades para el cuidado del medio ambiente, dado que este proceso da paso a la elaboración de estrategias para sistematizar el trabajo de educación ambiental con adecuación a sus condiciones propias; toma la superación como base y promueve la puesta en práctica de un programa de acción, que facilita el desarrollo del trabajo de educación y cultura ambiental comunitario unido a procesos de cambio. Se enfatiza así mismo en

acciones que contribuyen a desarrollar la educación ambiental en los niños para que asuman actitudes y comportamientos ambientales positivos.

Otras acciones están dirigidas a estimular en niños y jóvenes el cultivo de algunas manifestaciones culturales para su mejor desarrollo, aprovechando el potencial de la comunidad; dinamizar la vida cultural de la comunidad para su mayor bienestar; incentivar el cuidado del medio ambiente en la población; potenciar el desarrollo de la conciencia de ahorro en los miembros de la comunidad para la mejor administración de sus recursos.

Estas acciones que se realizan desde la cultura involucran a todas las personas, pero ponen su acento en los niños, jóvenes, mujeres y adultos mayores, y suponen un fuerte vínculo con instituciones y organizaciones comunitarias, promotores culturales y de deporte y todos los actores que contribuyen a dinamizar la vida de la comunidad.

En sentido general, el tratamiento responsable de la actual situación ambiental exige que se contemple su dimensión cultural, pues la cultura del medio ambiente es un factor imprescindible para lograr el desarrollo local sostenible, o sea, ella constituye una vía para el desarrollo de una vida más plena a partir de los valores materiales y espirituales que atesora; en tal sentido, mueve voluntades para la utilización de esos valores y la creación de otros como expresión de la transformación del entorno y del propio hombre, y como instrumento y expresión de progreso. La formación de una cultura ambiental presupone la ejecución de proyectos y programas contentivos de acciones sistémicas y sistemáticas en las comunidades que potencien su identidad y contribuyan a mejorar la calidad de vida de los pobladores de las localidades.

Identidad contemporánea en El Cobre: el mercado de vírgenes

Kenia Dorta Armaignac

Nadie pondría en discusión hoy en Cuba la afirmación de que el poblado de El Cobre¹, es uno de los sitios más emblemáticos de la cubanidad. Jerarquía constituida y asentada a lo largo de siglos, resultado de la apropiación y valoración de este sitio, basados en privilegiar más su significación como espacio de sedimentación simbólico-cultural en torno a la virgen de la Caridad del Cobre, que por su importancia como sitio relevante, tanto por su ubicación geográfica para la ciudad de Santiago de Cuba, como de recursos económicos y naturales privilegiados.

Lugar publicitado y promocionado intensamente por las agencias turísticas, visitado de manera constante por una multitud heterogénea de personas, su tradicional actividad económica, vinculada a sus recursos minerales, cobre y oro, contribuye, aún, a modelar sus componentes identitarios. Por ello no es desacertado aseverar, siguiendo la definición del investigador y profesor mexicano Gilberto Giménez, que El Cobre puede ser considerado como un geosímbolo, es decir, un espacio socio-cultural que, además de responder como todo territorio a necesidades económicas, políticas y sociales

[...] es también objeto de operaciones simbólicas, una especie de pantalla sobre la que los actores sociales (individuales y colectivos) proyectan sus concepciones del mundo [...] como objeto de apego afectivo [...] como lugar de inscripción de un pasado histórico y de una memoria colectiva².

¹ Agradezco en El Cobre, de manera especial, por el apoyo desinteresado, a las familias Cruzata y Guerrero, a Belkis Fernández Vidal y a los jóvenes vendedores de artesanías.

² Este es un concepto desarrollado por la llamada geografía cultural para referir aquellos espacios socioterritoriales que, por razones políticas, culturales y religiosas, tienen una significación relevante para los grupos sociales en la construcción de identidad al integrarlo como referente de primer orden al sistema cultural. *Vid.:* G. Giménez: *Estudios*

Un rasgo distintivo del paisaje cultural de la comunidad obrera actual —desde que el viajero se acerca a ella, que no por ser de reciente creación se puede dejar de considerar ya tradicional— lo constituye, sin dudas, los productos culturales artesanales que allí se fabrican y el floreciente mercado asociado a ello, que incluye, además, flores, pequeñas piedras de cobre, medidas de la virgen y otros objetos³. En ese mercado no importa la calidad y elaboración de la pieza, ni el cuidado que pongas en el rostro y otros atributos; lo que importa es que llamen bastante la atención y tengan mucha decoración. Quién dijo que no tienen calidad y que no son bonitas, es que ellas —las piezas— son así. No es una pintura que tiene que parecerse a la virgen porque si no la gente no sabe qué es, esto se hace a mano y todo el mundo ni tiene la misma mano, ni la misma mente, ni la misma virgen en el corazón⁴.

El Cobre siempre ha sido conocido en Cuba y en el extranjero por la virgen y el santuario, pero ahora también por la artesanías de la virgen. La apreciación de la actividad artesanal como recurso de valor simbólico constitutivo de la memoria histórica y la identidad nacional, fruto de las diversas maneras de interpretar y simbolizar la experiencia social por parte de los actores sociales, es lo que pudiera explicar la sostenibilidad de este mercado artesanal durante años y la creciente demanda de esos productos. Aunque tienen como base temática a la virgen, el elemento convocante al que se apela es a la cubanidad que ella representa en su más amplio abanico de expresiones⁵. En este proceso de construcción de sentido, la cultura resulta convención construida y mediadora de los procesos de la realidad: el símbolo virgen, el Cobre como espacio socio-cultural y las artesanías como objetivación en artefactos de la dimensión simbólica expresiva de la cultura están investidos, para muchos hoy, de lo “culturalmente representativo de la cubanidad”.

sobre la cultura y las identidades sociales, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Instituto Tecnológico y de Estudios superiores de Occidente, 2007, p. 120.

³ Kenia Dorta Armaignac: “Mercado de Vírgenes. Una aproximación a la artesanía actual en El Cobre”, *Del Caribe*, no. 35, 2001, p. 114 y Kenia Dorta Armaignac: “Mercado de Vírgenes: de la artesanía al souvenir”, *Anales del Caribe*, Casa de las Américas, 2008, p. 88.

⁴ Declaraciones de artesanos al pedirles que valoraran sus propios productos ante la interrogante de por qué la repetición de los “tipos artesanales”. La primera respuesta es de un artesano que proviene de la enseñanza artística, las otras corresponden a artesanos sin formación artística.

⁵ Julio Corbea: *Santiago de Cuba: La ciudad revisitada*, Ediciones Santiago, 2001, p. 16.

Pero no solo es la preeminencia del valor simbólico contenido en estos productos artesanales lo que otorga relevancia al quehacer artesano en El Cobre. La valoración de esta actividad por los pobladores como recurso sostenible para el desarrollo endógeno de la comunidad, junto a la inclusión y el estímulo del recurso artesanía como parte de estrategias de desarrollo regional.

Dentro de este escenario actual, enmarcado dentro de una compleja urdimbre de redes: de mercado, institucionales, profesionales y mediadas por criterios de legitimación diversos, una abundante y diversa cantidad de ejemplares artesanales han hecho su aparición en el mercado artesanal del Cobre. Diversidad que se muestra en relación con la variedad formal y técnica que, a partir del tema virgen, allí se recrea.

Otra visión, más encauzada hacia una interpretación sociocultural del mercado y de la variedad artesanal de la virgen, posibilitaría una interpretación que, sin desdeñar la importancia de los imperativos económicos, ayudaría a comprender mejor cómo se articulan en la actualidad, los nuevos procesos sociales con las diversas formas en que los sujetos en nuestro tiempo reequilibran el capital simbólico frente a las variadas formas de hegemonía cultural y las múltiples dimensiones de la vida contemporánea.

No es propósito de este trabajo el análisis de la noción artesanía con la que se define a un tipo particular de objetos producidos contemporáneamente y que rodean nuestra cotidianidad, tampoco incursionar en las premisas históricas y el contexto sociocultural a partir del que emerge la construcción moderna que sirve para designar “lo artesanal”⁶ y el sistema de referentes que engloba este concepto, lo cual ha favorecido su reconstrucción de múltiples maneras por las ciencias sociales y humanísticas. Solo plantear que, cuando se habla de artesanías, se está aludiendo a una gran heterogeneidad de objetos que refieren a una diversidad de realidades productivas, de comercialización, de estéticas, de funciones y usos sociales dentro de la vida. Por ello, no pueden ser comprendidas, ni siquiera descritas de manera apropiada, fuera de su escenario societal general y de su contexto histórico, de ahí que, más que encuadrar su variedad en una generalización conceptual, es más pertinente entenderlas como productos culturales contemporáneos específicos.

⁶ Kenia Dorta: “Mercado de Virgenes. Una aproximación a la artesanía actual en El Cobre”, *Del Caribe*, no. 35, 2001, p. 116.

La noción de artesanías que se utiliza en este trabajo parte de poderlas entender en un doble sentido, como producto cultural de un contexto sociocultural y, a su vez, como una producción social que se objetiva en torno a su propia naturaleza —contenidos, estructuras simbólicas y productivas, formas y motivos estéticos del lenguaje artesanal—, a través de las construcciones sociales que los actores realizan sobre los procesos de su realidad social. Por eso, también ellos mismos son objetos productores de sentidos en la medida en que proporcionan formas de interpretación sobre las representaciones simbólicas, los ordenamientos sociohistóricos y los modos de reequilibrar el capital simbólico y elaborar la identidad y la diferencia de los sujetos basados en su experiencia social.

A partir de esta perspectiva, la producción artesanal de El Cobre es hoy expresión de la complejidad que muestra la sociedad cubana en los últimos años. La gestación de este mercado —que si bien en sus orígenes tuvo una marcada intención comercial, inscrito en el “espíritu de época”⁷ que marcó a la Cuba de los noventa y fue una respuesta endógena comunitaria ante los cambios acelerados, generados por el impacto de los procesos globalizadores en nuestro ámbito, entre ellos la irrupción del turismo— en El Cobre “lo artesano” se ha convertido en una “especie de marca” de la comunidad.

Nuevas particularidades de la producción de artesanías y del vigoroso mercado asociado a ello en El Cobre muestra el surgimiento de familias artesanas, en las que todos los miembros se dedican a la confección de artesanías. Sin embargo, no estamos en presencia de talleres artesanales de tipo familiar, sino ante una modalidad de empleo a tiempo completo que ocupa a todos los miembros del núcleo familiar, en el que cada uno, de manera individual, se abastece del material necesario, los accesorios y los instrumentos de trabajo para elaborar los objetos artesanales y luego comercializarlos en un mercado que se gestó y naturalizó a contrapelo dentro de la comunidad, lo cual generó tensiones diversas en diferentes momentos de su desarrollo.

La potenciación del trabajo por cuenta propia por parte del estado cubano ha favorecido la intervención de las autoridades de la comunidad en lo relativo a legalizar el estatus de los que intervienen en el proceso

⁷ Alain Basail Rodríguez: “Consumos culturales e identidades deterioradas. Políticas culturales y lo social cubano invisible” en *Sociedad cubana hoy. Ensayos de sociología joven*, Editorial de Ciencias Sociales, 2006.

artesanal y el mercado, ya sea de manera directa o indirecta: artesanos, intermediarios, suministradores de materias primas, entre otros, también en la organización y reglamentación de los espacios de venta, con el propósito de dotar al mercado y a la comunidad de una imagen a través de la construcción de puestos de venta⁸.

Con la finalidad de ordenar la variedad predominante de ejemplares y establecer, de manera convencional, tipos o modelos por los cuales guiarse en este trabajo y establecer los “tipos artesanales”, hemos respetado los criterios de clasificación que los propios artesanos usan para denominar las piezas. Este propósito no parte de modos de valoración y apreciación ajenos al contexto cultural en el que los objetos artesanales se realizan y adquieren su sentido, y no se define con criterios culturalmente externos los ejemplares artesanales, sino que identifica los que son reconocidos y representativos para los artesanos.

Es preciso señalar que la idea a partir de la cual se elaboran estos “tipos artesanales” se apoya, con toda intencionalidad, más que en el valor formal y estético de los objetos, en los atributos didácticos que contienen las piezas donde se aprecia el componente descriptivo-didáctico de dar a conocer, se convierte en un modo de narrar que abarca todo el espacio compositivo de la pieza⁹. Se alude a elementos del patrimonio natural y arquitectónico de la localidad —nótese la inclusión del santuario en muchas de estas piezas y el recurrente uso de la piedra de cobre como elemento decorativo y cromático en la composición—; la reiteración de los símbolos patrios en las piezas, el uso de elementos naturales como el girasol, conocida como flor de la virgen o flor de Ochún, en fin, todos

⁸ Según datos ofrecidos por representantes de la Dirección Municipal de Trabajo y Seguridad Social del Consejo Popular El Cobre, las categorías de: vendedor de flores, artesanos y productor-vendedor de artículos religiosos, son las que registran el mayor número de personas, le siguen las de vendedor de recursos naturales y vendedor de figuras de yeso. De todos modos, aún continúa resultando muy difícil conocer la cantidad de artesanos. Por ello, el rostro actual del quehacer artesanal y este mercado, ofrece una fisonomía que destaca a jóvenes y hombres, e invisibiliza el protagonismo de las mujeres artesanas, que son numerosas.

⁹ Y aquí lo interesante está dado en la apropiación consciente por parte de los artesanos de la historia local. Manuel Martínez Casanova explica que los cambios ocurridos en el color de la indumentaria de la virgen, es una muestra evidente de cubanización de la virgen, del azul como color litúrgico oficial, al amarillo “la virgen de la Caridad es del Cobre y patrona de las minas respectivas, y el cobre, como el bronce y el oro, es metal de Oshún” en Manuel Martínez Casanova: *Las devociones marianas en Cuba*, Editorial Capiro, Villa Clara, 2009, pp. 106-109.

estos elementos recorren la pieza de un extremo a otro para producir el efecto de narración deseado, que actúa como vínculo e interrelación permanente entre la tradición, la memoria colectiva y la experiencia social.

La apelación permanente de este escenario a lo nacional, a lo representativo de la cubanidad, permite inscribirlo dentro de un circuito más amplio de producciones artesanales de carácter regional que, a partir del tema de la virgen mestiza —el mestizaje como referente cultural de jerarquía mayor en la conformación de lo etno-nacional—. Los afectos y ese sentimiento que da identidad, al que convoca la virgen como símbolo le es característico a los pueblos latinoamericanos y caribeños, y en la Cuba de hoy, lo convierte en caudal inagotable de creación cultural sumamente rico, y de gran proyección de futuro, donde los relatos muy diversos sobre la experiencia social no parten de una división tajante entre la cosmogonía y la historia, la naturaleza y sus usos comerciales.

Parte III
Diferentes miradas a la identidad
y la cultura

Connotación de Fernando Ortiz en el proceso de identidad cultural cubana

Vivian Cherdys Noblet Valverde

La identidad en cualquiera de sus aristas constituye el ser y el sentir propio de cada hombre, es lo que nos hace tan especial ante los demás, es nuestra razón de ser cubano. Lo que les proponemos es un análisis filosófico integrador crítico desde el presente. Sentirse identificado con su país es una muestra de que se siente y padece por él, que se siente amor por su tierra.

Para su formación es indispensable la existencia de una conciencia comprometida por los integrantes de una sociedad, por quienes poseen rasgos afines, valores, necesidades y modos de vida que los distinguen de otras sociedades. Su contenido esencial es la cultura. Tiene una historia de gestación y desarrollo cuyo inicio se remonta a la época en que los habitantes de Cuba reflexionaron en relación con el sentido de pertenencia diferente al español.

Este esquema pervivió hasta finales de la década de 1920, cuando un grupo de intelectuales de la sociedad —inmersa en un proceso de desintegración nacional y pérdida de la soberanía—, se dieron a la tarea de crear un imaginario colectivo en el que la cultura afrocubana comenzó a ser valorada como un aporte más de la cultura cubana. Entre ellos se encontraba Fernando Ortiz, cuya obra estuvo enmarcada dentro de las ideas más avanzadas de un proyecto cultural ajeno a las élites, con profunda raíces populares y alto nivel científico de acendrado humanismo.

Si la filosofía es actividad humana que tiene por objeto resolver problemas humanos. En nuestra circunstancia, la tarea principal de la filosofía consiste en plantearse y resolver el más humano de nuestros problemas: la identidad de nuestro ser¹.

¹ Alejandro Serrano: “Prolegómenos a una teoría del ser latinoamericano”, *Anuarios de estudios latinoamericanos*, no. 17, 1985, p. 20.

La identidad no se forja en la imitación de lo extraño, ni con la copia mimética de las influencias extranjeras². Es un proceso dialéctico de afirmación, negación y creación que enmarca una realidad histórica concreta por sujetos reales y actuantes. Se forma en nuestro actuar diario, a la cual se incorporan elementos positivos y negativos. Nos hace diferente ante otras personas y, a la vez, iguales en nuestra nación, ya que cada una tiene su identidad nacional.

La cultura como proceso y resultado de la actividad práctico-espiritual deviene grado cualitativo de universalización del hombre y de su obra, a tal punto que lo reproduce en calidad de sujeto, humanizando la naturaleza y haciendo historia³.

Su función integradora dimana del hecho de que la producción social, siendo la producción de las condiciones materiales de vida del hombre, de sus relaciones y su conciencia es, al mismo tiempo, su auto-producción, lo que existe no como rama independiente y aislada de la actividad humana, sino como forma de la propia producción material espiritual⁴.

La cultura cubana en su génesis se forjó en un proceso de transculturación, cuyo componente negro es fundamental para su comprensión, en la medida en que se ha insertado en la sociedad en totalidad devenida síntesis: la cubanidad. Por los sentimientos nacionales y la autoconciencia nacional pasan todas las realidades de una nación o pueblo, las que forman su amor patrio. En esta expresión de identificación absoluta con su país, la identidad nacional adquiere su máxima expresión y las garantías de preservación, defensa y desarrollo. El amor a la patria sintetiza en su expresión concreta los sentimientos nacionales y la autoconciencia de un país en un nivel tal que todo se subordina a un ideal supremo: "Cubanidades" la calidad de lo cubano, o sea su manera de ser, su carácter, su índole, su condición distintiva, su individuación dentro de lo universal"⁵.

Aseveraba Ortiz que cubanismo, como clasificación sociológica, psicológica o etnográfica podía entenderse como el giro o modo propio de

² Leopoldo Zea: *América en la historia*, Fondo de Cultura Económica, México, 1957, p. 12.

³ Federico Engels y Carlos Marx: *La ideología alemana*, Editora Política, La Habana, 1980, p. 72.

⁴ V. Mezhúiev: *La cultura y la historia*, Editorial Progreso, Moscú, 1980, p. 116.

⁵ Fernando Ortiz: *Estudios etnosociológicos*, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1991, p. 32.

hablar, es carácter; aún fuera de su lenguaje, se entiende también como la tendencia o afición a imitar lo cubano, a quererlo o servirlo. No puede asumirse como una tendencia ni como un rasgo, sino como un complejo de condición o calidad, como una específica cualidad de cubano. Hay varias maneras de serlo, en lenguaje general y corriente: por residencia, por nacionalidad o por nacimiento.

¿Qué realmente identifica a la cubanía? Un espíritu, una voluntad, una conciencia, un gusto, una mentalidad de las cuales todos somos copartícipes, más que un territorio. Se puede no haber nacido en Cuba y ser profundamente cubano si asumes todo esto. La cubanía es una expresión de una calidad propia.⁶

La cubanidad no compendia simplemente la tierra donde se nace ni la ciudadanía política que se goza y a veces se sufre. Es más que eso. Es defender nuestros ideales y principios, es demostrarle al mundo qué es lo que sentimos, lo que queremos, quiénes somos y de qué estamos hechos, en síntesis, lo que nos hace especial y únicos.

Sin embargo, no hay una raza cubana, raza pura no hay ninguna. La raza no es sino un estado civil firmado por autoridades antropológicas, pero ese estado racial suele ser tan convencional y arbitrario y a veces tan movedizo como la nacionalidad. La cubanidad es condición del alma, es complejo de sentimientos, de ideas y actitudes, es amor a lo que se tiene.

La herencia cultural de los pueblos de África en la formación histórica de la cultura cubana, sin distinción de matices epiteliales ni resabios protagónicos de una u otra etnia, constituye un hecho sustancial e imprescindible para el conocimiento de la diversidad de manifestaciones que hoy la conforman, asimilada como una identidad cultural cambiante y distinta cualitativamente de sus componentes indígenas, hispánicos, africanos y chinos originarios, así como de otros inmigrantes llegados en pleno siglo XX de diversos países.

El aporte del negro africano a la cubanidad no ha sido escaso. Contribuyó con su inmensa fuerza de trabajo a la incorporación económica del país a la civilización mundial, además su pugnacidad libertadora, que franqueó el advenimiento de la independiente patria pero, sobre todo, en

⁶ Fernando Ortiz: “¿Afrocubanía?”, 2011, p. 18, disponible en <http://www.fundacionfernandoortiz.org>

tres manifestaciones: en el arte, la religión y en el tono de la emotividad colectiva.

La analogía propia del negro y su alma, siempre en crisis de transición, penetran en la cubanidad por el mestizaje de razas y de cultura, embebiéndola de esa emotividad jugosa, sensual, retozona, tolerante, acomodaticia y firme que es su gracia, su hechizo y su más potente fuerza de resistencia para sobrevivir en el constante error de sinsabores que ha sido la historia de este país. Su integración del criollo al sistema representacional de un cuerpo de creencias bien estructurado, y su permanencia en el mismo demuestra, además, una aspiración metafísica trascendente de un grupo humano que pretende conservar, de manera dialéctica, su identidad, en condiciones críticas de subsistencia; desde la resistencia, hasta su consolidación como elemento de la cultura popular en el nuevo etnos, en la nueva conciencia colectiva que lo reinterpreta y asume, lo reactualiza y libera.

Hay cubanos que, aún con tales razones, no quieren serlo y hasta se avergüenzan y reniegan. En ellos la cubanidad carece de plenitud, está castrada. “[...] son precisas también la conciencia de ser cubanos y la voluntad de quererlo ser [...] esa plenitud de identificación consciente y ética de lo cubano”⁷ Afirma Ortiz, “[...] pienso que para los cubanos habrían de convenir la distribución de la cubanidad, condición genérica de lo cubano, y la cubanía, cubanidad plena, sentida, consciente y deseada, cubanidad responsable, con las tres virtudes teologales de fe, esperanza y amor”⁸

La cultura cubana, en su desarrollo histórico, no solo se ha nutrido de sus elementos originarios, o sea de sus raíces, sino de su potencialidad creadora y reproductoras que generaron una nueva fuente nutricia, de las decenas de generaciones nacidas en Cuba y que han sido capaces, primero, de tomar conciencia de sí como pueblo a partir de su existencia previa y de una tradición por transformarse en pueblo para sí, dueño de su entidad y de su futuro.

No puede comenzarse a estudiar el proceso de formación de la nación cubana a partir de una definición conceptual, ni de los elementos

⁷ Colectivo de autores: “Los factores humanos de la cubanidad”, en *Ética y sociedad*, conferencia ofrecida por Fernando Ortiz a los estudiantes de la fraternidad Iota-Eta en la Universidad de La Habana [tabloide], 1939 p. 10.

⁸ *Ibíd.*, p. 11.

de superficie que presenta toda historia. Se trata de todo lo contrario, es decir, de penetrar en las figuras del proceso real que, como un cuerpo vivo y transformado a través de los siglos produce esa realidad cambiante e inacabada que constituye la cubanidad. Pero una nación adquiere sus perfiles propios solo a partir de las características del pueblo que la compone. Por ende, a través de la comprensión de los distintos períodos por los que atraviesa el pueblo, podemos entender este proceso de formación de lo cubano.

Sin embargo, el proceso de formación de la cultura nacional no podía entenderse al margen de la contribución africana, de profundo arraigo popular. Fue Fernando Ortiz quien supo quebrar los prejuicios que habían silenciado esa fecunda zona de nuestra realidad, fuente del imaginario popular, portadora de una visión del mundo y de una herencia musical que sigue dejando huella indeleble en lo que somos. Ortiz incorporó a la ciencia contemporánea su concepto de transculturación, de extraordinaria vigencia en nuestros días caracterizados por masivas migraciones.

Ortiz establece un análisis concreto del fenómeno identitario. Aspecto que se materializa en sus rasgos y valores, cuya singularidad se expresa en las particularidades nacionales y locales en su relación con el devenir histórico nacional, regional y global; cuestión que apunta hacia la percepción de la identidad como un proceso de interacción entre lo macro y lo micro en el ámbito sociohistórico.

La identidad cultural ha de ser explicada a partir de sus manifestaciones en la cotidianidad, donde puede interpretarse como una variable explicada o dependiente, cambiante en sus expresiones concretas: lenguaje, instituciones sociales, idiosincrasia, cultura popular, relaciones familiares, arte y literatura. Ellas están en función de un conjunto de variables independientes, entre las cuales resultan interesantes: el tiempo o momento histórico, espacio geográfico, estructura socioclasista, etnicidad, migraciones, género y generaciones humanas.

La identidad puede comprenderse como una diferenciación hacia afuera y asunción hacia adentro. Existe la identidad cuando un grupo humano se autodefine, pero es necesario que sea reconocido como tal por los demás. Es producto del devenir histórico y atraviesa distintas etapas; se reproduce de manera continua, se desarrolla, enriquece o debilita e incluso desaparece. Presenta distintos niveles de concreción, se refleja en la vida cotidiana y en la cultura popular y adquiere vuelos a través de la creación intelectual del grupo portador.

La identidad tiene una estructura dialéctica compleja. En este sentido, puede apreciarse que este autoconcepto emerge de una comparación y comprobación siempre antitética, referida a las diferencias y a las similitudes. Desde esta óptica, el fenómeno de la identidad, al establecerse socialmente, se manifiesta en una dinámica funcional cuya expresión implica la posibilidad de ser modificada, dirigida o reorientada.

La cubanidad no es reducible al etnos o a su relativa provisionalidad. Esto es, al modo histórico transitorio y con ingredientes fugaces en que la unidad se fragua en los mestizajes. Como cualidad peculiar de la cultura de Cuba, se forma para Ortiz a expensas de los desgarramientos del etnos y de la aspiración a una forma o unidad superior, que lo trasciende en su cualidad provisoria y se revela en los orígenes y en su condición de futuridad⁹.

No podemos concebirla como un proceso estático. En ella convergen un grupo de factores que pueden llegar a destruirla, retrasarla o agregarle nuevos elementos, pero lo que la hace propia de cada nación es la forma peculiar y distintiva de su cultura con que se enfrentan estas situaciones.

En el proceso identitario de la cultura no pueden asumirse únicamente las expresiones de los logros, realizaciones y paradigmas. Junto a ellos han de situarse las utopías racionales y los errores que contribuyen a perfeccionar nuestro proyecto social.

En otro sentido, fue Fernando Ortiz quien aportó una de las más manejadas definiciones de la cubanidad:

La cubanidad es la calidad de lo cubano; lo cubano es un ajiaco. En realidad, para cocer el ajiaco hace falta el fuego; la pasión de Prometeo. Pero esa pasión no solo puede cocinar el ajiaco, sino algo más esencial: en lugar de una simple mezcla de elementos, crear una combinación nueva, una calidad nueva; esto es, un pueblo nuevo, una cultura nueva.¹⁰

Lo esencial es el resultado de fases y etapas diversas en la formación de nuestro pueblo. Ese fondo profundo que condiciona actitudes, aspiraciones, sentimientos, modos de ser y de vivir y, sobre todo, esa compleja

⁹ Fernando Ortiz: "Los factores humanos de la cubanidad", *Revista Bimestre Cubana*, vol. XLV, no. 2, 1940, p. 4.

¹⁰ Fernando Ortiz: "Los factores humanos de la cubanidad", *Revista Bimestre Cubana*, Vol. XLV, no. 2, 1940, p. 7.

amalgama que conforma lo más profundo de la mentalidad cubana. Profana, libérrima, alegre, fuerte, retadora y siempre situada en el límite de todos los límites. También es la necesidad de ser y la obligación de buscar su deber ser, porque de lo contrario sería su no ser. Esta resulta la razón por la cual Fernando Ortiz coloca como uno de sus rasgos definitorios no solo la conciencia de lo que significa ser cubano, sino la voluntad de serlo.

Es estudiar y conocer defectos y debilidades; reconocer la existencia de marginalidades creadas por las distorsiones acumuladas históricamente. Por ello podemos concretar que la cubanidad es no solo como la pasión por lo posible sino, como la idea de lo posible, la búsqueda constante del deber ser de una sociedad que nunca logra estar conforme consigo misma y que siempre se mueve con los latidos constantes del peligro. La identidad cultural, sintetiza los componentes de la evolución de los pueblos, que se concretizan y hacen suyos en las especificidades locales como exponentes de originalidad y autenticidad.

El volver a nuestras raíces, no significa detenerse solo en el concepto de identidad cultural para determinar los rasgos que permiten interpretar aquel sector de la actividad del hombre que se recoge o el establecimiento de los factores de la producción material y espiritual que se fijan en el término, sino hurgar en la profunda necesidad del rescate, defensa y desarrollo de la identidad de los pueblos latinoamericanos¹¹.

¹¹ Vivian Noblet: "Identidad cultural clave de la reflexión latinoamericana: Cuba", *Revista Caribeña de las Ciencias Sociales*, 2019, disponible en <http://www.eumed.net/rev/caribe/2019/09/identidad-cultural-cuba.html>

Felipe Martínez Arango y la conservación del patrimonio cultural

Adelsa Martínez Labañino

“El hombre es un ser mortal, pero su ciencia lo trasciende”.

Ricardo Vázquez Díaz

La fundación de la Universidad de Oriente el 10 de octubre de 1947, fue la materialización de un viejo sueño de la efervescente intelectualidad santiaguera que anhelaba una institución de estudios superiores, que contribuyera al desarrollo y promoción de la localidad. Destacadas personalidades se vincularon a este joven proyecto y, entre ellos, por la calidad de su gestión científica, pedagógica y sus proyecciones socioculturales, se destacó el doctor Felipe Martínez Arango.

Felipe Francisco de la Caridad Martínez Arango nació el 29 de enero de 1909, en Santiago de Cuba. Fueron sus padres el destacado cirujano doctor Felipe Martínez Ferrer y Lucila Arango Duany, santiagueros de origen. Realizó sus primeros estudios en el Colegio Dolores de su ciudad natal, continuó el Bachillerato en el Instituto de Segunda Enseñanza de la capital y luego matriculó Derecho Civil en la Universidad de La Habana, donde se doctoró en 1934.

Precisamente en la década del treinta del siglo pasado, el movimiento estudiantil universitario desarrollaba acciones de protestas contra el régimen imperante. Martínez Arango se relacionó desde sus inicios con el Directorio Estudiantil Universitario (DEU) desempeñándose como redactor y director del periódico Directorio, colaboró también con la revista de la Universidad de La Habana. Además, apoyó el Ala Izquierda Estudiantil (AIE) la que tuvo un papel determinante en la preparación de la huelga general que culminó con la caída del régimen machadista, el 12 de agosto de 1933.

Durante esta etapa se vincula con el Museo de Antropología de la Universidad de La Habana, donde ejercían como docentes Carlos García Robiou y René Herrera Fritot, quienes habían desarrollado una significativa labor en trabajos de campo y exploraciones en diversos sitios arqueológicos. Su perfil intelectual nos revela un pensamiento renovador y una visión amplia, calidades que gestaron un compromiso tanto con

la identidad cultural de su localidad como la del país. Considerado por muchos como una figura polémica (por sostener con argumentos y no claudicar en criterios y puntos de vista propios) en todo momento se mantuvo fiel a sus principios de lucha. Desde su profesión fomentó la preservación de los valores autóctonos de la región, esta fue la principal premisa a lo largo de toda su trayectoria, siendo un celoso continuador de estas tradiciones socioculturales e históricas en el Oriente de Cuba. Tradiciones en la que asumió la notable responsabilidad de seguir el legado de figuras como el educador Juan Bautista Sagarra Blez (también abogado, filósofo y escritor) y del patriota, escritor e industrial santiaguero Emilio Bacardí Moreau, quien fuera el primer alcalde republicano de Santiago y que Fernando Ortiz calificara en la ocasión de su deceso como un polígrafo cubano.

Su quehacer estuvo impregnado de la pasión y amor a la localidad, esto se percibía en la labor docente que desempeñara en la Universidad de Oriente donde, según comenta el profesor e investigador Rafael Du-harte Jiménez, desarrolló una labor de excelencia en la que ponía no solo el conocimiento teórico, sino que vinculaba este a sus propias experiencias como historiador y arqueólogo, inyectándole a la clase la pasión y el gusto por el trabajo investigativo y fue ese el principal legado que atesoran todos sus alumnos.

El papel desempeñado por el profesor e investigador Martínez Arango en el acontecer histórico social de la ciudad, se evidencia en lo referido por el historiador Gerardo Castellanos, cuando comenta cómo fue el recorrido de su llegada a la ciudad de Santiago de Cuba, en ocasión de participar en el IV Congreso de Historia en el año 1946, y al describir el recibimiento relata lo siguiente:

En la Comisión organizadora están los ilustrados hermanos Cañas Abril (Pedro y Enrique); de Acción Ciudadana y Sociedad de Geografía e Historia y Grupo Humboldt, el fervoroso Martínez Arango y el presidente Rafael G. Ross, el enjuto y nervioso martiano Rafael Argilagos; el ingeniero y cartógrafo Ulises Cruz Bustillo y cultísimo Luis Ross Comas. En caballeros y damas lo más selecto de Santiago. Ni lo

desapacible de la noche, con lluvia pertinaz, había impedido que el recibimiento fuera popular y caluroso...¹

Ferviente admirador de la memoria histórica e identidad de nuestra Patria, terminó siendo uno de los más esclarecidos promotores de la misma en la primera mitad del siglo XX; se preocupó por la preparación de las nuevas generaciones, para que actuaran de forma consciente y justa ante los desafíos del momento que les tocara vivir. Al respecto el doctor Leonardo Griñán Peralta, en el prólogo a la primera edición del libro *Próceres de Santiago de Cuba*, al hablar acerca de este destacado investigador, afirma: “Sin referirme a otras cualidades tuyas, aludiré solamente a su hondo amor a la ciudad en que nació, devoción que ha sido la fuerza impulsora capaz de mantenerle el entusiasmo siempre vivo, en medio de la tarea no siempre grata, que se impuso a sí mismo”.²

Recibió en dos ocasiones el Premio Nacional de Historia por los trabajos presentados al IV y VII Congreso Nacional de Historia, en los años 1945 y 1948, celebrados ambos en Santiago de Cuba. La presentación del primero de ellos no fue una coincidencia, sino la contribución del autor a la conmemoración del primer centenario del natalicio del G- general Antonio Maceo; en *Próceres de Santiago de Cuba* el autor expuso el desempeño de los hijos de esta tierra tanto en hechos relevantes de la historia, como por haber brindado durante las luchas insurreccionales extraordinarios esfuerzos al servicio de la independencia de la Patria, razón por la que esta obra constituye un acto de reivindicación para la urbe oriental.

El investigador Jorge Ulloa Hung, en el artículo “Felipe Martínez Arango: Historiador y arqueólogo santiaguero”, realiza un acercamiento al trabajo realizado por esta destacada personalidad en el ámbito de ambas ciencias, que ha posibilitado un conocimiento más amplio y pertinente en cuanto a importantes hechos históricos que hasta ese momento no estaban suficientemente analizados. Con respecto a *Próceres de Santiago de Cuba* refiere:

Un elemento a destacar en la obra es el hecho de distinguir a personalidades de realce histórico, cubiertas del polvo del olvido. En este sentido, es una aproximación fuera de lo común

¹ Rafael Duharte Jiménez: *Santiago de Cuba siglo XX. Cronistas y viajeros miran la ciudad*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 2005, p. 108.

² Felipe Martínez Arango: *Próceres de Santiago de Cuba*, La Habana, Cuba, 1946, p. 11.

a la contribución de Santiago de Cuba a la nacionalidad cubana y un estímulo al sentimiento patriótico nacional.

Es esencial señalar el uso para este propósito de fuentes diversas, entre las que sobresalen documentos inéditos; así como una búsqueda acuciosa entre personas bien informadas, descendientes, amigos y conocidos de una buena parte de los próceres estudiados, además de testimonios, datos y sugerencias de protagonistas directos de las gestas revolucionarias.³

Otra de las obras de significativa importancia en el quehacer de esta personalidad es *Cronología Crítica de la Guerra hispano-cubano americana*, Premio en el VII Congreso Nacional de Historia (1948), este título se realizó respondiendo a necesidades didácticas y patrióticas de la Universidad de Oriente y la nación, mediante un acucioso estudio de las fuentes y precisión cronológica de los hechos históricos, aporta una visión novedosa, cotidiana y fidedigna de los hechos acontecidos durante esa contienda bélica y el verdadero rol desempeñado por las fuerzas cubanas en la misma. Ambas investigaciones constituyen obras de consulta obligada al acercarse a dichos temas y, particularmente la Cronología premiada en 1948, muestra la valentía del autor teniendo en cuenta que el tema y los cuestionamientos a lo que constituyó —según Lenin— la Primera Guerra Imperialista por el reparto del Mundo (fines del siglo XIX), fue expuesto en un contexto socio político e histórico totalmente adverso.

La primera edición de *Cronología Crítica de la Guerra hispano-cubano americana* fue realizada en el año 1950, y fue necesario hacer una segunda edición en 1960 por la importancia de la misma, y como argumentara José Antonio Portuondo en la página de Advertencia cuando expresa:

Por su excelente documentación y certero manejo de las fuentes más autorizadas, por su rigor metódico y absoluta precisión cronológica, que permite al lector revivir día a día los más relevantes aspectos de un episodio capital de nuestra historia, la obra del Dr. Martínez Arango constituye el

³ Jorge Ulloa Hung: “Felipe Martínez Arango: Historiador y Arqueólogo”, en *Tres siglos de historiografía santiaguera*, Oficina del Conservador de la Ciudad, Santiago de Cuba, 2001, p. 99.

mejor índice o guía para un curso universitario sobre la Guerra Hispano Cubano Americana...⁴

Su bibliografía recoge todo el laborioso devenir en la esfera histórica y arqueológica, así se demuestra en la nota previa del libro *Arqueología de Maisí II*, donde el autor dice:

Donde principia la tierra cubana —y no poco de su historia— por el levante de la provincia de Oriente, en una playa junto a la misma punta de Maisí, tuvimos la buena fortuna de localizar por primera vez en Cuba un sitio arqueológico con restos superpuestos de tres culturas aborígenes diversas, recuperados en excavaciones bien controladas. El hallazgo pudiera agregar algunos datos complementarios a la Prehistoria de Cuba y a la dinámica-cultural del área central de las Antillas. Su recuento, estudio y conclusiones, muy abreviados se resumen en esta ponencia-informe, que enviamos XLII (62) Congreso Internacional de Americanistas que se celebró en París en 1976 como un tributo muy modesto a los beneméritos colegas franceses que organizaron el primero de estos eventos en Nancy hace cien años.⁵

Meritorio fue su desempeño como profesor fundador de la Universidad de Oriente y primer director del Departamento de Extensión y Relaciones Culturales, durante el cual desarrolló un formidable trabajo; entre sus principales acciones se destaca la inauguración de las Escuelas de Verano. Durante estas acciones se promovía el intercambio de experiencias entre alumnos y profesores de instituciones homólogas nacionales e internacionales, dándole una nueva visión a la entonces joven institución, que también contribuía en la promoción desde lo histórico cultural a todos los valores que se conservan en nuestro territorio, representando en esa época una iniciativa renovadora desde lo pedagógico hasta lo estético y humanista. Al respecto, la doctora Daisy Cué Fernández, en entrevista realizada opina que:

Es preciso destacar las conferencias impartidas por profesores de la propia Universidad, así como también por alumnos

⁴ José Antonio Portuondo: "Prólogo", en *Cronología Crítica de la Guerra hispano-cubano americana*, segunda edición Universidad de Oriente, Departamento de Extensión y Relaciones Culturales, Santiago de Cuba, 1960, p. 9.

⁵ Felipe Martínez Arango: *Arqueología de Maisí II*, Editorial Oriente, 1980.

destacados y profesores de otras instituciones invitadas nacionales o foráneas, todo lo cual propició también la creación de los cursos de verano en los que se generaba el intercambio cultural entre el alumnado y el profesorado generando asimismo el impulso de un turismo cultural y pedagógico partiendo de la historia patria.⁶

Acerca del tema abunda el Dr. Giovanni Villalón García en su libro *Cronología de la Educación en Santiago de Cuba (1522-1958)*, cuando nos expresa que la misma comenzó el 1 de agosto de 1948: “[...] con una conferencia sobre lenguaje activo y lenguaje lógico, pronunciada por el profesor Alvero Francés que fuera presentado por Gabriel León Bicet a nombre del Dr. Martínez Arango, director de la escuela. Los cursos desarrollados fueron de alto nivel...”⁷

En este periodo se celebró un ciclo de conferencias que comenzó en enero hasta junio de 1953, precisamente en el año del centenario de nuestro Apóstol. En uno de los periódicos de más circulación en la época, el *Diario de Cuba*, se puede constatar la significación del mismo, al expresar que:

[...] pensamos que el departamento universitario organizador del ciclo, tan dinámico y certeramente timoneado por Martínez Arango, y que ha ofrecido a la cultura cubana un buen número de publicaciones interesantes recogiendo el esfuerzo magnífico de nuestra joven universidad, debería publicar íntegros, en un gran volumen todos los trabajos de este ciclo, con lo cual brindaría sin duda un alto servicio al enriquecimiento de la bibliografía martiana...⁸

Pensamiento y acción constituye uno de los aportes a la bibliografía martiana e histórica de nuestra nación, documento que fue compilado y publicado por el Departamento de Extensión Universitaria y Relaciones Culturales bajo la dirección del doctor Martínez Arango, es un gran aporte al rescate de la memoria histórica de la nación, y justamente en el contexto histórico en el que se desarrolló, fue un desafío de los intelectuales cubanos por la continuidad del legado cívico martiano, además

⁶ Entrevista a la doctora Daisy Cué Fernández, 3 de febrero de 2013.

⁷ Giovanni Villalón García: *Cronología de la Educación en Santiago de Cuba (1522-1958)*, Ediciones Santiago, 2006, p. 59.

⁸ *Diario de Cuba*: 19 de junio de 1953.

de ser el punto de partida de estos hombres de mentes abiertas y renovadoras hacia el horizonte de una sociedad más justa y libre. Precisamente este ciclo terminó un mes antes de una de las acciones más importantes que se produjeron en Santiago, el Asalto al Cuartel Moncada, el 26 de julio de 1953.

El doctor Martínez Arango se caracterizó por la búsqueda incesante y detallada de la verdad, destinó paciencia y dedicación en cada hallazgo, conjuntamente con un trabajo de laboratorio acucioso, y dentro de los múltiples documentos recogidos de las investigaciones, se encuentran más de 20 000 fichas de catálogo científico que contienen los objetos más significativos de las colecciones. Como resultado de tan ardua labor y fruto también de su quehacer divulgativo, se publicó el *Registro de todos los sitios Arqueológicos investigados por la Sección Arqueológica Aborigen de la Universidad de Oriente* en México, DF, 1982. En esta publicación, aparte del registro de sitios, hay una interesante propuesta de estudio de las culturas aborígenes y su cronología, tomando en cuenta las características expresivas verificables en la cerámica, su textura y que es identificada como Ceramógrafo. Finalmente, aparece un Mapa Arqueológico Aborigen de la zona oriental del país.

Según plantea Eduardo Montalbán, quien fuera alumno del arqueólogo Ramón Navarrete Pujol, a su vez discípulo de Martínez Arango: Fue la primera publicación en la que se plantea una contribución al *Mapa Arqueológico Aborigen de Cuba* pues, al concluir el listado del registro de los sitios, el doctor Martínez ubicó un mapa de la región oriental de Cuba, donde aparecen señalados todos los yacimientos arqueológicos estudiados por la Sección de Investigaciones en esta zona del país. Esto representa, indudablemente, el primer intento concreto de realización del referido mapa arqueológico, donde se localizaban los sitios estudiados en diferentes fases de investigación y también con un evidente propósito de preservación. De esta manera, el trabajo que realiza en la actualidad el investigador José Jiménez Santander (arqueólogo del Museo de Ciencias de Santiago de Cuba, durante años) a cargo del censo y *Mapa Arqueológico de Cuba en la Capital*, representa una continuidad de la intención y el aporte materializado por el Dr. Martínez Arango en esa dirección⁹.

En la década del cincuenta, el doctor Martínez tuvo que marchar al exilio al igual que otros profesores de la Universidad de Oriente, que

⁹ Entrevista realizada a Eduardo Montalbán Quintana, 17 de mayo de 2013.

apoyaban la autonomía universitaria, y durante este periodo integró el equipo de arqueólogos que descubrieron la Tumba Real del Templo de las Inscripciones en la ciudad Maya de Copán. Además, fue secretario de la Sociedad de Geografía e Historia de Oriente, miembro del Grupo Humboldt, específicamente de la Sección de Historia y de la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales.

A propósito del Grupo Humboldt, es preciso destacar que el mismo fue creado con carácter académico y científico por la iniciativa del alcalde Luis Casero Guillen, quien siempre tuvo preocupación por los problemas de la historia y la cultura de nuestra urbe, el objetivo de esta singular asociación fue esclarecer y profundizar en el conocimiento del territorio oriental desde una nueva perspectiva socio histórico cultural, por lo que una de sus características fue la multidisciplinariedad. Por primera vez, en nuestro país se creaba un equipo de trabajo con estas características, lo que permitía dar una visión más integral y profunda del sitio en estudio. Con respecto al tema, en el libro *Arqueología Indocubana*, el investigador José Álvarez Conde expresa:

[...] se reúnen en magnífico bosque de altos pinos, formando el ya famoso “Grupo Humboldt” de Santiago de Cuba, que entre otras interesantes actividades, ha comenzado a desarrollar exploraciones arqueológicas prehistóricas. La extraordinaria disciplina y seriedad que reina en su organización, debiera servir de ejemplo no solo a agrupaciones análogas, sino a Cuba entera ¡que ojalá perteneciera toda al Grupo Humboldt!¹⁰

En cuanto a la incursión del Dr. Martínez en este grupo, podemos decir que escribió las crónicas de las expediciones 64 y 65, las que se publicaron bajo el título *En Marcha con el Grupo Humboldt*. El propósito del mismo era, esencialmente, dar a conocer, divulgar, promover los valores históricos, culturales de la región oriental e informarle al lector todos los detalles de las peripecias que acontecían durante las mismas.

Como secretario fundador de la Comisión Pro-Monumentos, Edificios, Lugares Históricos, Artísticos y Culturales de Santiago de Cuba, trabajó junto a la directiva de la revista cívica *Acción Ciudadana*, en poner énfasis a un llamado de atención pública hacia los lugares, hechos o personalidades

¹⁰ José Álvarez Conde: *Arqueología Indocubana, publicaciones de la Junta Nacional de Arqueología y Etnología*, Impresiones Ucar García S.A., La Habana, Cuba, 1956, p. 130.

históricas de la ciudad y de la región oriental que se encontraban olvidados, desconocidos en el tiempo o en gran deterioro y con peligro de perderse. Publicó diversos artículos, cuestionando la desatención del gobierno hacia el cuidado de espacios públicos y edificaciones patrimoniales; por ejemplo, en el titulado *Nuestro Vivac Municipal*, el Dr. Martínez refiere:

Los negativos de estas fotografías, no han aparecido aún, al momento de escribir estas líneas, pero hacemos esfuerzo por recuperarlas, ya que podrían ser de interés a los lectores de ACCIÓN CIUDADANA y a los santiagueros en general. Como quiera que las condiciones actuales del Vivac no han mejorado, estimamos que desgraciadamente, nuestro informe no carece de actualidad. Este llegó a manos del Sr. Presidente de la República (la prensa periódica así lo hizo constar) pero [...] Santiago con su miserable Vivac en idénticas condiciones [...] hasta que la dignidad santiaguera se decida a rescatarlo por sus propios esfuerzos.¹¹

En cuanto a este escrito, el autor declara el estado de deterioro que presentaba el inmueble citado y las gestiones que realizó como Oficial de Prueba del Consejo Superior de la Defensa Social; denuncia que las pruebas recogidas (fotos) se han perdido, y llama la atención acerca de la negligencia del gobierno. Desde la tribuna de la prensa escrita, hace un llamado a la sociedad santiaguera ante la indolencia del gobierno de turno en cuanto al deplorable y deteriorado estado del edificio que corre el peligro de perderse; trata de mover la conciencia del ciudadano ante la inminente amenaza, que se podría traducir no solo en la pérdida material, sino también de los valores inmateriales que conforman el patrimonio histórico-cultural de la Patria.

Asimismo, en la revista *Acción Ciudadana*, no. 64 del 28 de enero de 1946, revela su inconformidad con los hechos que ocurren en la ciudad que atentan contra el cuidado y conservación de lo original de nuestro patrimonio local, y alerta a los lectores y opinión pública en cuanto a la incidencia frecuente de los mismos cuando expresa:

Estos signos de incultura, tienen raíces comunes con otros. Por ejemplo: las frecuentes demoliciones, en los barrios más

¹¹ Felipe Martínez Arango: "Nuestro Vivac Municipal", *Acción Ciudadana*, no. 2, 28 de febrero de 1943, p. 6.

típicos y antiguos de la ciudad (que no constituyen zona comercial, entiéndase bien) de nobles y más que bicentenarios caserones, de sabido valor sentimental, histórico y arqueológico —que bien podían restaurarse, conservando su sello autóctono, de cosa propia y muy nuestra— para ser sustituidos por exóticos, antiestéticos, y a veces calurosos e incómodos, cajones de concreto, denominados de tipo “moderno”. No aceptar la arquitectura primitiva —en algunas pequeñas zonas al menos— de los más viejos barrios de la ciudad, sería dar al traste con el más típico e interesante patrimonio artístico, histórico y arqueológico de Santiago de Cuba...¹²

El profesor hace referencias a los cambios que van surgiendo en la conformación arquitectónica de nuestra ciudad y el enorme riesgo que se percibe al realizar demoliciones, sin tener en cuenta la importancia del legado histórico, artístico, arqueológico y cultural del mismo. Otra muestra de la sistemática labor de este destacado intelectual santiaguero, se resalta en su preocupación por una de las obras más significativas de nuestra urbe, planteada en su artículo “Las obras finales del Parque Céspedes” y, al respecto nos dice:

Una de las obras de mayor envergadura que ha realizado “ACCION CIUDADANA” y en la que ha puesto su mayor empeño y amor a la ciudad, es sin duda alguna la del Parque de Céspedes, que luce ya casi terminado y que se dejó sin cumplimentar los detalles que faltan, por la prisa general que existía de celebrar en él, el acto de la bandera que se lleva a cabo los días 31 de diciembre de cada año y que fue instaurado por el benemérito santiaguero Don Emilio Bocardí Moreau.¹³

En consonancia con esta línea de trabajo, el doctor Martínez elaboró un listado con los lugares más significativos de la ciudad, con el fin de presentarlos a la consideración de la Junta Nacional de Arqueología y Etnología para que fueran declarados monumentos nacionales por su importancia y también con la señalización en forma de tarja fijada en los

¹² Felipe Martínez Arango: “Incumplimiento de un viejo y necesario acuerdo de nuestro Ayuntamiento”, *Acción Ciudadana*, no. 2, 28 de enero de 1946, p. 6.

¹³ Felipe Martínez Arango: “Las obras finales del Parque Céspedes”, *Acción Ciudadana*, no. 65, 31 de marzo de 1946.

mismos. Entre los lugares citados se encuentran la Casa Natal de Don Emilio Bacardí Moreau, Sitio (Casa Natal) de la Excelsa poetisa Luisa Pérez de Zambrana, Casa Natal de José Antonio Saco, Casa Natal del Lugarteniente General Antonio Maceo, Casa Natal del poeta José María Heredia, entre otros. Indicó también señalar lugares donde estuvo enclavado el primer teatro de esta ciudad, construido por emigrantes franceses en 1799, tarja en la Batería Alta de la Socapa de la Guerra Hispano Cubano Americana y la tarja en el Castillo del Morro, entre otros monumentos.

En la actualidad, la ciudad de Santiago es considerada la segunda provincia, luego de La Habana, con mayor cantidad de monumentos nacionales declarados (48 sitios y construcciones) y en la preservación del patrimonio histórico, artístico y cultural del territorio se reconoce el esfuerzo y entrega de esta personalidad cuando en el artículo “Ciudad Monumento en Conjunto”, refiere:

Este pensamiento de preservación del patrimonio construido estuvo presente desde inicios del siglo XX, con la labor precursora de numerosas personalidades como Emilio Bacardí Moreau, José Bofill Cayol, Federico Pérez Carbó, Ulises Cruz Bustillo, Fernando Boytel Jambú, Felipe Martínez Arango y Francisco Prat Puig; también contó con la línea programática de asociaciones cívicas como la Junta de Heredia (1889-1903), el Comité Protector de Monumentos Públicos (1911-1913), la Sociedad de Geografía e Historia de Oriente, el Comité Pro Monumentos y Lugares Históricos y Artísticos de Santiago de Cuba (1944-1956) y Acción Ciudadana (1940-1961).¹⁴

Aunque la Oficina del Conservador de la Ciudad ha realizado una labor importante por el rescate y conservación de lugares y monumentos significativos de la ciudad, todavía en nuestra urbe quedan muchos lugares por evaluar en este sentido, y así lo confirma el documento entregado por la Comisión Pro-Monumentos y Lugares Históricos y Artísticos de Santiago de Cuba a la Junta Nacional de Arqueología y Etnología de la Habana el 17 de Abril de 1945, elaborado por el profesor Martínez en el ejercicio del cargo de secretario de dicha comisión; el mismo contiene cuatro listados en los que se relacionan según el propósito: Relación A:

¹⁴ Suplemento Especial de la revista *Bohemia*, por el 500 Aniversario de la fundación de la ciudad de Santiago de Cuba, Especialistas redactores de la Oficina del Conservador de la Ciudad, 24 de julio de 2015, año 107, no. 15, p. 31.

Se declararan Monumentos Nacionales: 24, Relación B: Lugares que serán marcados por una placa: 66, Relación C: Se declaran monumentos nacionales por su singular valor arqueológico-histórico: 22 y la Relación D: Zonas de interés artístico: 5.

El doctor Martínez fue una persona de gran sensibilidad, comunicativa, carismática, con gran sentido de responsabilidad, conocimiento y dominio de las acciones que realizaba, ejemplo de dedicación, y demostró un gran amor por Santiago. Además, cuando emitía un criterio acerca de alguna problemática, fundamentaba bien sus argumentos, por lo que sus ideas eran tomadas en cuenta. Esta afirmación la podemos corroborar en carta enviada por el Dr. Martínez Arango al alcalde Luis Casero Guillen, con fecha 17 de enero de 1951. En la misiva Martínez primeramente le comenta acerca de las opiniones discrepantes entre los concejales sobre la idea del alcalde de construir un Palacio Municipal, lo que es apoyado por Martínez Arango por la importancia del tema, aunque le aconseja mantener para ese proyecto el sitio del viejo ayuntamiento, por los valores arquitectónicos y arqueológicos que posee.

Asimismo, pone a su disposición una copia de los planos originales que se proyectaron para esa edificación en 1738, sugiere que se le pueden adaptar algunos elementos arquitectónicos al nuevo proyecto del nuevo Palacio Municipal, brinda su apoyo siempre que se edifique en el mismo lugar del entonces deteriorado edificio Ayuntamiento, pues como documentara en su hermosa epístola: [...] Arrancar la Casa Ayuntamiento de su actual ubicación es adulterar la tradición y producir en el alma de la vieja ciudad un traumatismo innecesario...¹⁵

Además, brinda argumentos que sustenten la iniciativa del alcalde alegando su significación histórica, la que podría ser aprovechada con fines de promoción o divulgación de los valores histórico-culturales del territorio (lo que hoy conocemos como turismo cultural), cuando dice:

Estamos totalmente de acuerdo en la construcción de edificios públicos [...] pero hágase una excepción, una culta excepción,

¹⁵ Francisco Prat Puig: *El Nuevo Palacio Municipal de Santiago de Cuba*, Departamento de Extensión y Relaciones Culturales, Universidad de Oriente, Santiago de Cuba, 1951 p. 33.

en beneficio de la propia ciudad, el Palacio Municipal. Así podrá orgulloso, el guía de turistas, tras interesante recorrido por los campos de batalla de San Juan y el Caney, las Casas de Heredia y de Maceo, Ciudadamar, El Morro y la Socapa, la incomparable bahía, el Puerto de Boniato, el Balcón de Velázquez, el Museo Bacardí y tantos otros lugares, penetrar en nuestro Ayuntamiento, detenerse respetuoso y decir al peregrino emocionado: aquí, en este mismo solar, hace más de cuatro siglos se constituyó uno de los primeros Ayuntamientos autónomos de América —a manera de los de Castilla y fue su primer alcalde Hernán Cortés; esto fue el ombligo de Cuba durante los primeros años de la conquista y colonización [...] Aquí también se arrió por vez postrera la bandera roja y gualda de la monarquía española antes que en ninguna otra ciudad cubana, y terminaría diciendo nuestro guía [...] Aquí mismo y no en otro sitio, cada año el día treinta y uno de diciembre, a la media noche, el pueblo de Santiago, alegre y devoto a la vez, desborda esta plazuela grávida de historia.¹⁶

De esta manera, podemos ver la preocupación que tiene este defensor de los valores auténticos, no solo en cuanto a la preservación del patrimonio material de la urbe, sino por rescatar, conservar y promover la memoria histórica, y una forma de defenderla, es el aprovechamiento de todos estos recursos desde una nueva perspectiva, el turismo cultural, estrategia que ha llevado a un mayor desarrollo a otras ciudades del mundo.

También, formó parte de la Sociedad Patronato de la Ciudad en 1960, que contó en sus inicios con un local provisional ubicado en la Loma del intendente, entre Padre Pico y Rabí. El objeto de esta sociedad fue la conservación y exhibición de cuanto objeto y documento sirviera para la adecuada exposición de las circunstancias geográficas, urbanísticas, arquitectónicas, históricas y culturales que formaban parte de esta ciudad, su presidente fue Francisco Prat Puig, vicepresidente Daniel Serra Badue y Felipe Martínez Arango, entre otros.

En 1982 el doctor Martínez Arango realizó un viaje a Miami, Florida EE.UU., adonde llegó procedente de Cuba en delicado estado de salud

¹⁶ Felipe Martínez Arango: “El nuevo Palacio Municipal de Santiago de Cuba”, principios en que se inspira un Proyecto Premiado, Santiago de Cuba, 1951, pp. 32-34.

por una dolencia cardíaca que lo aquejaba, razón por la que los familiares insistieron en su permanencia en aquella ciudad; ya no volvería a su ciudad natal a la que siempre mantuvo en su pensamiento desde una Cátedra de Estudios Cubanos que desempeñara en la Universidad de la Florida. Allí tuvo tiempo para concluir lo que sería su obra póstuma, titulada *Los Aborígenes de la Cuenca de Santiago de Cuba* (Ediciones Universal, 1997), obra que resume más de cuarenta años de investigaciones en la arqueología aborigen de Cuba y particularmente en la cuenca de Santiago. Falleció en Miami, a los 93 años de edad.

Muchas fueron las acciones en las que intervino este incansable hombre de ciencia como gestor y promotor, incentivando el cuidado y rescate de lo más auténtico de nuestra historia entre las nuevas generaciones, algunas quedaron plasmadas en su aporte bibliográfico, otras en la memoria de los que aún agradecen sus esfuerzos y su amor incondicional a la urbe santiaguera.

Suzy Castor. Haití, historia y destino¹

Lídice Duany Destrade

El presente artículo no tiene como objetivo primario indagar en el pasado o el presente de la hermana nación haitiana, ni analizar las diferentes corrientes ideológicas y sus tendencias, con las cuales se relaciona el movimiento social; tampoco valorar la complejidad de su estructura socioeconómica. Su propósito consiste, en tratar de aproximarnos, someramente, a cómo Castor, introspecciona y teoriza sobre algunos procesos y acontecimientos vitales que han intervenido en la forja de la cultura e identidad nacional de ese pueblo, y cómo percibe la cotidianidad de la vida sociopolítica y su devenir. Planteado así el asunto, el carácter ensayístico que se declara, hace que la complejidad salte a la vista, pues lo que se reflejará será la apreciación del autor de este trabajo, sobre que presupuestos, la historiadora, politóloga y activista de los derechos humanos, ve e interpreta cuestiones fundamentales relacionadas con el pasado y el presente de esa nación caribeña.

Detrás de lo anterior subyacen dos motivaciones: la primera, acercarnos a determinados aspectos cosmovisivos de su pensamiento; y la segunda, que justifica el riesgo o vulnerabilidad de la primera, es contribuir a promover e incentivar el conocimiento sobre una personalidad —a nuestro juicio insuficientemente estudiada—, y que sin lugar a duda, se ubica por derecho propio en los primeros planos del pensamiento social contemporáneo, desde una perspectiva crítica sobre la realidad de su país y de la región, en general. En tal sentido, es una invitación a adentrarse en su ideario.

Suzy Castor (1936) nos entrega, a través de su praxis, una percepción comprometida y auténtica de las coyunturas por las cuales ha transitado su patria, desde el acto fundacional hasta nuestros días.

¹ Este trabajo está dedicado a la memoria del profesor doctor José Antonio Escalona Delfino (1949-2012).

Comenzaremos por plantear, que en sus concepciones y pautas interpretativas está inmanente, sin restarle un ápice de originalidad, la influencia del pensamiento emancipatorio de los siglos XIX y XX, como herencia cultural de un patrimonio común, dado que los pueblos que hoy componen, lo que Martí llamó “Nuestra América” (concepto, que a nuestro juicio, es el que mejor los integra), han sido protagonistas o sujetos de una historia semejante, caracterizada por la acción depredadora, enquistante y hasta degenerativa, de los colonialismos, las oligarquías domesticas y las políticas imperiales. En esta raigambre está anclado el perspectivismo axiológico y político, de Suzy Castor, más allá del antillanismo noble, inteligente y patriótico que insufló para bien, a muchos de nuestros próceres.

Suzy Castor no solo es una prestigiosa historiadora e investigadora social haitiana de su país y del Caribe, sino una destacada activista social, preocupada por los sectores más humildes y desfavorecidos en donde la situación y el destino de los refugiados e inmigrantes han ocupado, durante una buena trayectoria, una singular atención suya, en particular los procedentes de Sudamérica y Centroamérica, en México; y los haitianos en la República Dominicana. Con la misma intensidad, se ha pronunciado por una mayor participación de la mujer en el escenario político, aunque considera como una benéfica “mutación” su incremento desde 1986 en la sociedad haitiana.

Graduada en 1958 en Ciencias Sociales en la Escuela Normal Superior de su país, presionada por el régimen duvalierista, tuvo que someterse a un exilio político en México por más de 30 años, junto a su esposo Gerard-Pierre Charles. En la Universidad Nacional Autónoma de México hace su doctorado en Historia, e imparte docencia en las facultades de Filosofía y Letras y de Ciencias Políticas; fundó en 1972 el Centro de Estudios del Caribe en la Facultad de Ciencias Políticas, y cuatro años más tarde, la revista *Caribe Contemporáneo* (1976).

Tras la caída de Baby Doc, regresa a su patria y crea con Gerard-Pierre Charles el Centro de Investigaciones y de Formación Económica y Social para el Desarrollo (Cresfed). Fue vicepresidente de la Asociación de Historiadores de América Latina y miembro del Tribunal Permanente de los Pueblos. Actualmente dirige la fundación Gerard-Pierre Charles e integra el comité académico del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (Clacso).

Ha escrito numerosos trabajos en calidad de autora, coautora o compiladora. De su autoría se destacan *La ocupación norteamericana de Haití y sus consecuencias* (1915-1934) en 1978; *Puerto Rico: una crisis histórica* (1979); y *Migraciones y relaciones internacionales. El caso haitiano-dominicano* (1987); además ha publicado decenas de artículos en diferentes revistas científicas internacionales. Entre ellos se encuentran: “El combate por la democracia en América Latina”, “El significado de la revolución de Saint-Domingue”, y “La transición haitiana: entre los peligros y la esperanza”. Se destacan las profundas valoraciones realizadas en innumerables entrevistas charlas, ponencias, cursos y conferencias para distintas instituciones académicas, medios de difusión, congresos y otros espacios científicos y sociales.

En el análisis de la producción intelectual de Suzy Castor pueden distinguirse tres grandes focos temáticos de interés, estrechamente vinculados entre sí, que se corresponden con tres momentos de la historia de Haití. El primero desde el nacimiento de la colonia hasta la independencia en 1804, el segundo desde la ocupación norteamericana de 1915 hasta el derrumbe de la dictadura de la dinastía duvalierista y el tercero desde la instauración del gobierno de Bertrand Aristide hasta la actualidad.

La imbricación que tienen estos temas entre sí en su obra, revela rasgos metodológicos medulares en su acercamiento a los fenómenos histórico-sociales, tales como: asumir los hechos en su heterogeneidad, pero no de una forma aislada, sino en sus múltiples conexiones contextuales e intercontextuales, sin desligar lo interno de lo externo, lo cual no significa privarlos de autonomía, estudiarlos en su génesis y desencadenamiento lógico; lo cual no excluye una armónica articulación entre el enfoque diacrónico y sincrónico, concebirllos en su totalidad como procesos; sin despojar de rol al carisma de las grandes líderes y visualizar la universalidad de ellos, a través de su especificidad.

En el trabajo “Significado histórico de la revolución de Saint-Domingue”, la investigadora destaca cómo esta revolución constituyó un hito en la historia universal, al incidir profundamente en la vida de América, África y Europa como continentes involucrados en el tráfico comercial de la trata negrera. Analiza la excepcionalidad de este acontecimiento de liberación anticolonial y antiesclavista, al engendrar al primer país independiente de América Latina, hecho de especial connotación para el proceso de emancipación de los restantes enclaves coloniales de la

región. Cuestión que, a su juicio, no siempre ha sido tratada con toda la envergadura que merece, ya que:

[...] los fundamentos ideológicos de la esclavitud, del colonialismo y del racismo fueron sacudidos en sus cimientos, trastocando el propio contexto ideológico donde se habían formados personalidades, tales como: Toussaint Louverture, Dessalines, Petion y Christopher; lo que la lleva a concluir, que la connotación de tal suceso, “fue más allá de lo que muchos de la época podían entender”²

Lo anterior ya anuncia otra de las cualidades de su quehacer historiográfico y político: la honestidad científica de su partidismo. En sus análisis impera el apotegma: “Al pan, pan y al vino, vino”, lo cual puede constatarse cuando, sin tapujo alguno, señala los aspectos menos indagados (o más solapados) especialmente por la historiografía occidental. Como es el caso de la victoria del ejército haitiano sobre las tropas napoleónicas, superiores en experiencias y tecnologías bélicas, la cual atribuye a factores subjetivos tan esenciales, como el predominio de la unidad en el pueblo por encima de las diferencias y en la conciencia de que todo el mundo tiene derecho a vivir y a soñar.

Al exponer estas ideas, parafraseándolas cuidadosamente para no distorsionar el espíritu de la letra, nos podemos percatar cómo la analista hace énfasis en la unidad como un factor determinante de todo cambio social; aspecto cardinal de su manera de ver el desenvolvimiento socio-histórico, tan concurrente y controversial en el discurso y el hacer libertarios de los últimos doscientos años; unidad que ha sido la gran ausente, en momentos trascendentales, de nuestra historia.

La manera de tratar este aspecto, tan sensible para los proyectos integracionista que se gestan actualmente entre gobiernos progresistas de nuestro continente, lo revalida y le infiere un poder de convocatoria, semejante al que inspirara al chileno Francisco Bilbao, en 1856, al decir:

Uno es nuestro origen y vivimos separados. Uno mismo nuestro bello idioma y no nos hablamos. Tenemos un mismo principio y buscamos aislados el mismo fin. Sentimos el mismo mal y no unimos nuestras fuerzas para conjurarlo.

² Suzy Castor: “Significado histórico de la revolución de Saint Domingue”, *OSAL*, año 4, no. 12, septiembre-diciembre, 2003, p. 207, disponible en <http://www.sala.clasco.org.ar>

Columbramos idénticas esperanzas y nos volvemos las espaldas para alcanzarlas. Tenemos el mismo deber y no nos asociamos para cumplirlo.³

Son agudas las apreciaciones de Castor perfiladas en torno a la proclamación de la independencia haitiana, en enero de 1804. Destaca cómo este hecho fue visto como un mal ejemplo por las potencias occidentales, quienes como castigo trataron de aislarla y asfixiarla; lo cual no fue obstáculo luego, para apoyar en todos los órdenes al movimiento libertario decimonónico que se gestó en Hispanoamérica, en el que la ayuda prestada por Petión a Bolívar fue emblemática. Dolida en su sensibilidad identitaria, nos recuerda cómo a la recién nacida república, Francia le exigió el pago de una indemnización a los esclavistas expropiados que, durante muchos años alcanzó aproximadamente el 60 % de sus ingresos fiscales, lo cual constituyó, a su juicio, el principio del fin de una opción propiciadora de un desarrollo local.

En este ámbito, la intelectual haitiana analiza el complejo proceso en el que vivió inmerso Haití a finales del siglo XIX, condicionado, a su criterio, por las peculiares transformaciones acaecidas en la estructura socioeconómica del país; caracterizada por una gran dependencia externa, la existencia de serios antagonismos en el seno de la oligarquía agraria y comercial, el creciente empuje de la lucha campesina y la necesidad de resolver el problema social y la modernización de la sociedad; factores que, según el razonamiento de la intelectual haitiana, condujeron, junto a otras circunstancias, a una crisis política sin precedentes que aprovecharon los Estados Unidos para invadir el país en 1915, interrumpiendo, lo que, en su criterio, sería un proceso natural de ajuste interno de los conflictos entre las clases y sectores sociales, y la marcha de la prosperidad interna.

Asimismo, considera que ello determinó un acelerado rumbo hacia el subdesarrollo, que se reflejó a partir de entonces, en la precariedad existencial de la gran mayoría de la población y en un dramático y sostenido éxodo; crisis que agravaría, mas tarde, el régimen duvalierista, y no resolvió la subida al poder de Jean-Bertrand Aristide, que es derribado por un golpe de Estado, durante su segundo mandato en el 2004; lo que provocó que se instalara en el territorio nacional la Misión de Estabilización de

³ José Escalona: "Reflexiones sobre la transcendencia de la filosofía martiana", en *José Martí. Ciencia y conciencia*, Ediciones Santiago, Santiago de Cuba, 2006, p. 56.

Naciones Unidas para Haití, y con ello, un proceso eleccionario al término del 2005, mediante el cual, arribó al poder René Preval.

En su artículo “La transición haitiana, entre los peligros y la esperanza” al estudiar la dinámica del funcionamiento social del país ante las nuevas circunstancias, y destaca que “[...] por vez primera los excluidos pretenden su inclusión no solo social, sino también política”.⁴ Plantea, a nuestro parecer, el núcleo básico de su filosofía política: que la justicia social y la democracia deben sean accesibles a todos por igual. En tal sentido, expresa:

Las dos reivindicaciones que atraviesan esta época, dignificar al hombre y cambiar el Estado, aunque utilizadas de manera confusa, acarrear un contenido claro. Por una parte, el respeto de la dignidad del hombre y el derecho a la ciudadanía para todos y, por la otra, la exigencia de un sistema político donde las reglas del juego y las leyes sean respetadas y de una nueva institucionalidad que permita la realización de un proyecto nacional y favorezca la participación real de todas las capas sociales.⁵

En esta misma línea de análisis, la Castor al valorar la necesidad y la realidad de esta encrucijada señala que, la contradictoria situación por la que atraviesa el país, se revela en que los sectores de la burguesía y la clase política tradicional, muestran su incapacidad de gobernar y de legitimarse sólidamente; mientras el vigoroso movimiento social, falto de organización política, tampoco llega a consolidar una dirección política y económica capaz de llevar adelante un proyecto nacional y solucionar la cuestión de la hegemonía política. Esta deplorable situación socioeconómica, llegó a su colapso tras el devastador terremoto de 2009.

En nuestra opinión, el núcleo o idea central en la que descansa su pensamiento político para el cambio social y el avance de la sociedad haitiana en los momentos actuales, está, en lo que denomina “la refundación de Haití”, la cual a su juicio, no significa rehacer la historia, pues como sucesión de acontecimientos es irreversible, sino en hacer una auténtica lectura de ella, que permita la asimilación de las experiencias del pasado con sus errores, aciertos y desaciertos; asumiendo críticamente

⁴ Suzy Castor: “La transición haitiana: entre los peligros y la esperanza”, *Cuadernos del Pensamiento Crítico Latinoamericano*, no. 7, 2008, p. 31.

⁵ *Ibíd.*

las lecciones emanadas de ellos, para ponerlas en función de esta radical renovación que propone⁶.

El efecto demoledor del terremoto funcionó como la anunciación trágica de esta necesidad; corroboró la idea de la inevitabilidad de trastocar el orden social o preconcebirlo, ahora en los marcos de una sensata renovación de la tecnología urbanística.

En su entender, para refundar la nación hay que emprender tres tareas fundamentales, las que considera “constituyen la condition sine qua non para cualquier cambio”.⁷ Modernizar la política, establecer un sistema de participación que haga posible la ciudadanía para todos y modernizar la economía, porque “un país que no produce, no existe”. Vinculada a esta última premisa, se pregunta: “¿Cómo puede existir un país cuando la mayor parte de su presupuesto depende de la ayuda internacional?”⁸ Es decir, cuando no es capaz de producir para satisfacer las necesidades básicas de sus habitantes. A esta coyuntura se añade la cruda realidad de ser un país con un PIB de 3,900 millones de dólares, con una tasa de desnutrición cercana al 50 %, y un índice de analfabetismo próximo al 51 % de su población. Luego del desastre producido por el sismo, Suzy Castor expresaba, que este propósito refundacional había adquirido una mayor complejidad al insertarse en un proceso de reconstrucción bajo la tutela internacional, que margina al pueblo haitiano como decidor.

Una constante que aparece en la “cruzada” permanente que sostiene para movilizar voluntades y ayudas para su pueblo, es la reiteración de los principales factores históricos del drama ya bicentenario que vive su país, y que —como se recoge en la relatoría del seminario “La política de cooperación hacia Haití: los enfoques nacional, regional e internacional. Un balance y retos a futuro”— resume así:

- El aislamiento que sufrió la flamante república desde su advenimiento por las potenciales coloniales.
- La colosal e injusta indemnización económica que le impuso Francia.

⁶ B. Petrich: “Para refundar Haití tenemos que pensar en grande”, *Estudios Sociales*, año 41, vol. 40, no. 150, 2009, p. 23.

⁷ J. C. Páez: “Suzy Castor. Los haitianos tenemos que refundar Haití”, *El Hispano*, no. 22, año 3, 2005, p. 7.

⁸ *Ibíd.*, p. 8.

- La ocupación norteamericana (1915-1934) que dislocó la perspectiva de un modelo propio de desarrollo e implantó un sistema político y económico desnaturalizado.
- La dictadura de la dinastía duvalierista (1957-1986) que hizo más frágil la pervivencia de esa nación en el marco de las relaciones internacionales.

Lógicamente, en los dos últimos factores, Castor ve la incidencia negativa mayor sobre un proyecto de desarrollo interno durante estos años, ya que el daño abarcó, tanto la base como la superestructura social, es decir, la manera de imaginar y representarse.

Una de las tesis más importantes del ideario político de Castor frente a los intentos (conscientes o inconscientes) de encontrar justificaciones complementarias en determinadas especificidades nacionales, es su noción de que las peculiaridades no llevan necesariamente a la excepcionalidad, pues muchos de los problemas de que afectan el país están presentes en otras naciones de la región.

Al abordar la complejidad de la comprensión de lo que acontece en Haití en el marco de las relaciones internacionales, señala que hay que tener en cuenta los siguientes aspectos: La conflictividad permanente que debilita los procesos de democratización, la situación económica fragilizada y ausente de producción, la pobreza extrema y la exclusión; la debilidad del Estado haitiano que carece de una adecuada estrategia política y económica para resolver los problemas internos y administrar eficazmente los recursos, dados por la cooperación internacional a partir del catastrófico terremoto y la falta de voluntad política⁹.

Frente a esta realidad, enarbola, uno de los principales preceptos de su filosofía política, contenida en el postulado de que, el cambio de la situación en Haití depende, básicamente de los propios haitianos; apoyados en la Cooperación Internacional que tendría que dejar de lado todo asistencialismo y la dependencia. No obstante, ella destaca el beneficio de algunas acciones de la cooperación Sur-Sur y Triangular, que ejemplifica con la labor de los médicos cubanos.

Este punto demuestra que la filosofía política, de corte humanista y patriótico de Suzy Castor está basada en una interpretación histórica de los desafíos que tuvo que enfrentar el proceso de gestación de la nación

⁹ Suzy Castor: ob. cit., p. 15.

haitiana por la defensa de los valores nacionales, la justicia social, la democracia participativa, el antingerencismo y el optimismo en la edificación de una sociedad mejor.

Su rasgo vertebrador será el optimismo, asentado en el reconocimiento de que “Haití es un país y los haitianos un pueblo”, con una memoria histórica que no deja morir los ideales heroicos en que se encumbró. Un optimismo que como ella misma señaló, no es beato, sino con una fuerte carga de confianza en el futuro, de un futuro en el que se puede aceptar la solidaridad, pero donde el mayor peso está en los propios haitianos, a quienes le dice: “La indignación de hoy hay que transformarla en algo positivo y convertirla en fuerza para la lucha”.¹⁰

¹⁰ J. C, Páez: ob. cit., pp. 6-7.

Acercamiento al pensamiento identitario de Gérard Pierre-Charles

Carmina Pérez Pelipiche

El complejo proceso de la identidad analizado desde varias aristas y desde la óptica de muchas ciencias, presenta la relación entre la igualdad y la diferencia, entre lo idéntico y lo distinto, entre lo que permanece y lo que cambia como un proceso de renovación constante. La concepción filosófica de identidad como expresión de igualdad a través de la diferencia, resulta importante para comprender la visión identitaria del destacado autor haitiano Gérard Pierre-Charles.

La obra de Gérard Pierre-Charles recorre diversos aspectos de la realidad caribeña y latinoamericana y, través de su incursión en la vida sociopolítica, económica y sociocultural del área, brinda importantes elementos que, tras un primer intento de estudio de su obra ha permitido orientar este análisis hacia la búsqueda de su comprensión de la identidad.

De acuerdo con lo anteriormente expresado, este trabajo pretende mostrar la importancia del pensamiento de Gérard Pierre-Charles para la comprensión de la realidad caribeña y latinoamericana desde la óptica de la identidad. (punto y seguido) Su obra se caracteriza por el estudio profundo de la realidad caribeña y latinoamericana; revela cómo el Caribe, como conjunto regional, ha ejercido históricamente, desde el descubrimiento y los inicios de la colonización una influencia notable en la evolución del continente americano¹, pasando por las guerras de independencia y la posterior fase de reconquista colonial, hasta la Revolución cubana.

Su consideración de la imposibilidad de entender las particularidades de la organización social antillana, sin tener en cuenta la función histórica de las Antillas en el desenvolvimiento del capitalismo mundial

¹ Gérard Pierre-Charles. "El Caribe y América Latina", en *Relaciones internacionales y estructuras sociopolíticas en el Caribe*, Universidad Nacional Autónoma de México, 1980, p. 13.

y su análisis del papel histórico del Caribe en América Latina, conducen a mostrar su dimensión regional de la identidad, pues destaca cómo el Caribe se ha sobrepuesto al resquebrajamiento y a la dispersión del arco antillano.

Se finca la identificación plena de esa área, con los problemas y anhelos de los pueblos latinoamericanos. Sin embargo, el Caribe no ha logrado vencer su aislamiento en relación con Latinoamérica. Dicha insularidad, más que un fenómeno natural viene a ser un hecho histórico, inseparable del fenómeno colonial.²

En este sentido valora que la polarización de las entidades caribeñas y latinoamericanas hacia esferas diferentes de dominación colonial imperialista, ha implicado la imposición de moldes económicos y socioculturales diversos, lo que ha dificultado, a su vez, la comunicación entre ambos conjuntos. Este distanciamiento y desconocimiento recíproco propio de las relaciones entre uno y otro, fenómeno cuyo alcance resulta mayor que la misma separación espacial, y el cual abarca desde la percepción común del hombre de la calle, hasta la preocupación del científico social, con vistas a lograr una visión completa de la realidad caribeña y continental.

Esta situación determina que un antillano, desde su universo económico, político y cultural, conformado por la dominación foránea, se sienta más identificado con la metrópoli que con América Latina. Asimismo, por lo general lleva al latinoamericano a excluir el perímetro antillano del espacio y la problemática del subcontinente³.

Se esfuerza por revelar los lazos que nos unen y nos separan a los caribeños y latinoamericanos, base de su comprensión de la dimensión regional de la identidad, proponiendo, en correspondencia con el lugar del Caribe en el continente y la integración entre esas dos regiones, sean reevaluadas las bases de la comunidad de acciones, intereses y perspectivas de desarrollo, ya que generalmente, la historiografía y la ciencia política latinoamericana, no les han otorgado todo el valor que merecen.

El papel del Caribe, también debe ser considerado en tal dimensión actual, así como el lugar que juega en la política latinoamericana, en relación a la conducta de los Estados Unidos

² *Ibídem*, p. 16.

³ *Ibídem*, p. 18.

hacia este subcontinente, en el contexto de una política internacional, sobre todo después de la Revolución Cubana.⁴

De tal manera, resalta la importancia de reexaminar, de modo complejo y profundo, las relaciones internacionales que han sustentado el proceso de conformación de las naciones y nacionalidades del Caribe y analizar cómo estas han moldeado las estructuras productivas, la organización social, la fisonomía cultural y el edificio político de las sociedades antillanas, destacando que: “Esta fuerza externa ha entrebuchado y se ha entrelazado en formas diversas amalgamándose con la multiplicidad de los componentes internos de cada entidad antillana, para dar a cada una su morfología particular”.⁵

Su consideración respecto a que la experiencia de cada entidad y cada constelación de territorios en situación de dependencia contribuirán a romper el encasillamiento existente que ha convertido a la zona en un universo balcanizado, brinda importantes elementos hacia un conocimiento de la identidad colectiva de la región y de las correspondientes cualidades individuales. Enfatiza en la necesidad de evaluar la viabilidad de proyectos de conquista de una soberanía auténtica por parte de las naciones antillanas, dentro del contexto geopolítico y estratégico, pronunciándose “En cuanto a la conciencia conformadora del porvenir y el proyecto del futuro por construir, que encierra la solidaridad entre los pueblos del Caribe y el conglomerado latinoamericano”.⁶

En esta perspectiva de análisis de la identidad caribeña, valora cómo dentro de la diversidad de situaciones notorias en el pasado y en el presente del Caribe, se destacan determinadas regularidades que plasman su perfil sociológico, que

[...] cobran más fuerza que la comunidad histórica en sí o la geografía. En su contenido, van más allá del denominador común afroétnico y cultural [...]. Son elementos esenciales de la identidad actual del Caribe y figuran el carácter de la dependencia y el subdesarrollo propios de esta porción del Tercer Mundo.⁷

⁴ *Ibíd.*, p. 17.

⁵ *Ibíd.*, p. 18.

⁶ *Ibíd.*, p. 18.

⁷ Gérard Pierre-Charles: “El perfil estructural de la dependencia en el Caribe”, en *Relaciones internacionales y estructuras sociopolíticas en el Caribe*, UNAM, México, 1980, p. 187.

En este análisis sobresale su visión de cómo, independientemente de los rasgos etnológicos e históricos, los países del Caribe están signados por caracteres generales propios a la región, que pueden ser resumidos, a su juicio, en las siguientes categorías:

1. El predominio del capital imperialista en los sectores minero, agrario e industrial que producen directamente para el mercado mundial.
2. La tendencia al reforzamiento del sector burocrático mediante empréstitos y donaciones oficiales estadounidense.
3. La conformación de la estructura social en función de la dominación externa.⁸

Sobre la base de estos aspectos, incursiona en el modo en que se define un perfil estructural desde el punto de vista sociológico, que revela la dependencia de la producción caribeña y de las características de la estructura social, del elemento externo. Destaca que:

Si bien la estructura económica de las entidades caribeñas se ha hecho desde fuera y hacia fuera, su composición social también manifiesta una orientación similar. La pirámide social conectada con el polo dominante está moldeada por éste en sus estratos altos. La irradiación va desde arriba hacia abajo, actuando con mayor o menor intensidad sobre el carácter de clase, la conciencia colectiva y clasista y el comportamiento (incluyendo los hábitos de consumo) de la población subordinada. Solamente los sectores más populares y nacionales, desde el punto de vista de sus intereses objetivos o del arraigo cultural, guardan la autenticidad esencial.⁹

Este análisis del comportamiento de la estructura social de las sociedades caribeñas en dependencia del elemento externo, lo realiza atendiendo a una concepción materialista, en tanto sitúa el elemento económico como determinante de la situación social expresada y lo lleva asimismo a penetrar en cómo, en dependencia de la situación social de los hombres de estas sociedades respecto a su posición económica se revela la gama de intereses y objetivos, que se proyecta en forma piramidal. Destaca así, cómo los sectores sociales más alejados de la cima de

⁸ *Ibíd.* pp. 187-188.

⁹ *Ibíd.*, p. 197.

esta pirámide social, están más identificados y apegados a los elementos culturales nacionales, de tal forma, que mantienen los valores legítimos de su existencia como pueblos caribeños.

Continúa expresando que:

En las comunidades nacionales que tienen cierta tradición independiente (Haití, República Dominicana, Cuba) la afirmación de la personalidad nacional toma las expresiones más diversas y vigorosas. El nacionalismo tiene raíces en el pueblo. La imposición o adaptación de ciertos valores de la sociedad dominante no altera la opción nacionalista expresada o potencial, del grueso de la población. La resistencia a la opresión parte de los trazados culturales e históricos y es más susceptible de proyectarse hacia una dimensión económica y política. Ahí se definen de forma sistemática y masiva los sistemas de valores de la sociedad dominante usando para ello los medios de comunicación, los patrones de consumo, las instituciones culturales y religiosas.¹⁰

Se expresa una importante valoración sobre rasgos característicos presentes en Haití, República Dominicana y Cuba, donde resalta una comunidad de sus sistemas de valores que denotan una “personalidad nacional” propia, con raíces en el pueblo y definida por sus tradiciones culturales e históricas, que imprimen un sello peculiar al modo de manifestarse, expresarse, defender lo propio y proyectarse en las diversas esferas de la vida social.

Vemos así, cómo dentro de su visión de la dimensión regional de la identidad, se perfilan elementos que distinguen características, patrones y comportamiento de los países en los que, aunque se expresa como regularidad la existencia de una estructura económica y estructura social derivadas del elemento externo, se manifiestan de forma diferente en correspondencia con las tradiciones de independencia y el nacionalismo expresadas en la base popular.

Concluye que la configuración económica y política del Caribe presenta rasgos típicos de las sociedades históricamente dominadas por el capitalismo y el imperialismo, y que comparten la condición de satélites de los centros de dominación del imperialismo mundial.

¹⁰ Ídem.

Consecuente con su visión de la identidad regional (caribeña y latinoamericana), se destaca su visión de la dimensión nacional de la identidad, es decir, respecto a su tierra natal, Haití, que se expresa en el grueso de su obra científica y su quehacer social, obra que arroja importantes valoraciones respecto a la realidad nacional, y que denota un compromiso constante con su patria, insistiendo en la necesidad insoslayable de su desarrollo económico, como vía fundamental para la salida del atraso, la miseria y el estado de depauperación.

En su primera obra escrita: *La economía haitiana y su vía de desarrollo* (1965), realiza un exhaustivo análisis de la sociedad haitiana, utilizando el marxismo como hermenéutica, para poder explicar el desarrollo de la sociedad en sus diferentes etapas de desarrollo, conforme a la concepción marxista-leninista de la formación económico social. A través de este análisis va mostrando la situación económica, política y social de Haití, su desarrollo histórico y las condiciones que han propiciado y propician que este país se suma cada vez más en la degradación. En correspondencia con este estudio que analiza y critica las bases de la situación de atraso económico y de crisis sociopolítica en el que se encuentra la sociedad haitiana para los años 60 (situación que se mantiene en la actualidad), no solo critica, sino que este estudio lo realiza en función de proponer un modelo de desarrollo económico.

En esta importante obra expone que el desarrollo económico del pueblo haitiano forma parte de procesos de gran magnitud traducidos en movimientos socioeconómicos y políticos de lucha contra los males de esa sociedad, movimientos que al interior de las comunidades, cobrarán forma propia en dependencia de la realidad concreta del grado de contradicciones existentes entre las clases sociales y la fuerza de las pretensiones de bienestar de los sectores populares. De acuerdo con esto destaca que: “Esas condiciones determinan, en definitiva, la naturaleza de los cambios estructurales, la necesidad de conceder prioridad a tal o cual reforma fundamental, el grado de radicalización de las masas, el ritmo y la orientación de la revolución”.¹¹

Vemos que, la propuesta claramente se dirige hacia la realización de una revolución en los diversos aspectos de la vida económica de Haití, lo que constituye una importante propuesta de grandes cambios y transformaciones

¹¹ Gérard Pierre-Charles: “La economía haitiana y su vía de desarrollo”, *Cuadernos Americanos*, México, 1965, p. 280.

que necesariamente deben imponerse a esta sociedad, donde acentúa el rol decisivo que en este proceso tiene el economista quien, además, debe “como ser social, identificarse con las aspiraciones a la felicidad de las grandes mayorías”.¹²

Su sentir como haitiano lo lleva a buscar soluciones favorables para las amplias masas de la población, y a ser consecuente con las necesidades reales del país, dándose cuenta que este proceso revolucionario debe involucrar a las multitudes trabajadoras, identificarse con esas necesidades reales y las aspiraciones de las mayorías, pasos importantes para llevar a efecto la batalla de la transformación económica de Haití.

En esencia, los verdaderos interesados son los campesinos pobres y medios que integran las clases productoras más numerosas del país; los obreros, quienes ansían mejorar sus condiciones de vida y liberarse del espectro del desempleo; es el sector nacional de la burguesía local, que desea ampliar el mercado local y crear las condiciones del beneficio máximo que permita la acumulación del capital; son la pequeña burguesía y la intelectualidad radicalizadas, los millares de jóvenes y viejos que nunca han tenido un sueldo y consideran el empleo como su principal reivindicación.

Al tener en sus manos el control del Estado, esos sectores integran el cuadro dirigente y constitutivo de la política de crecimiento económico. Una nueva filosofía de poder surge automáticamente al cambiar de manos el aparato del Estado. La corrupción administrativa, el favoritismo y el parasitismo tropiezan con las premisas indispensables para su desaparición¹³.

Así vemos que, la revolución económica va acompañada de una revolución política, en la que explica cuáles serán las fuerzas sociales de este movimiento y cómo el poder estatal, al cambiar de manos, por estas fuerzas sociales que arriba se señalan, debe, por tanto, al responder a nuevos intereses, producir una transformación radical en los males sociales que genera la política existente.

Considera que, en esta batalla por el desarrollo, intervienen las masas campesinas como una garantía de rápida transformación del mundo rural y de la marcha hacia el progreso continuo, tomando como base la

¹² Ídem.

¹³ *Ibíd.*, p. 281.

experiencia de países como Cuba, en que los “movimientos de masas de analfabetos” han contribuido a la organización política, a través de su colaboración de forma útil y consciente en el aparato político.

Propone, además, la creación de una reforma agraria integral, como vía necesaria para resolver los problemas de la economía rural, liquidar la anarquía respecto a la posesión de la tierra y organizar la producción agrícola sobre bases modernas, sistematizando la vida del campo y su repoblación, tomando como soporte las experiencias del desarrollo humano.

Esta reforma presupone un proceso de educación popular que permita que las masas populares, las más desposeídas e ignorantes, puedan irse instruyendo y capacitando paulatinamente, para poder llevar a cabo las tareas transformadoras y vayan desapareciendo mitos, tradiciones y prácticas que entorpecen el progreso de estas masas.

A medida que la revolución económica vaya derribando viejos moldes, amplios horizontes se abrirán para el trabajo creador del pueblo. Solo entonces lo que los escépticos, los pusilánimes o los partidarios de status quo consideran un sueño utópico, aparecerá como una realidad concreta: la de una comunidad entera solidariamente unida, conjugando su esfuerzo productivo con el desarrollo de la personalidad del hombre haitiano.¹⁴

Su confianza en la posibilidad del mejoramiento de la situación de la sociedad haitiana y vías para su desarrollo, son expuestos en esta obra, donde la unidad popular en la realización de la revolución económica, se traduce en la posibilidad real del desarrollo de la personalidad del hombre de esta nación.

En muchas de sus obras expone la cruel represión desatada por la dictadura de los Duvalier y cómo, pese a todo, se levantan movimientos de protestas y luchas constantes contra el régimen dictatorial, que indican el reclamo de sus derechos humanos, constantemente violados.

En *Crisis del estado e intervención internacional en Haití*, expone las causas de movimientos sociales en Haití (2003), que ponen de manifiesto la insuficiencia del Estado haitiano para resolver los problemas económicos y sociales de la nación, que, como muestra de esta crisis, apela al

¹⁴ *Ibidem*, p. 315.

recrudescimiento de la violencia contra la población, situación que lleva al presidente provisional, Boniface Alexandre, a solicitar intervención de la Organización de Naciones Unidas (febrero de 2004), evidente violación de los principios de no injerencia en los asuntos internos.

Estas y otras obras son muestras del sentido de pertenencia, de identificación, preocupación y búsqueda de soluciones a los problemas del pueblo haitiano, a través de las cuales critica fuertemente la situación de crisis económica y crisis política de esa sociedad, y propone soluciones para la salida de tal situación a través de medidas que beneficien a la mayoría de la población haitiana, y no solo a un reducido grupo de gobernantes, dictadores y títeres del imperio norteamericano.

La identidad nacional se expresa, por tanto, a través de su compromiso patriótico y su lucha constante por el bienestar y desarrollo de Haití, que expone través de sus obras y su labor cotidiana.

Esta primera aproximación a la obra de Gérard Pierre-Charles permite acercarnos a su pensamiento y descubrir, tras su inmensa producción académica, la esencia identitaria de este, quien aporta una considerable contribución al estudio de la región del Caribe, Latinoamérica y Haití, a través de lo que hemos dado en llamar dimensión regional y dimensión nacional de su visión de la identidad.

La dimensión regional de identidad encontrada en Pierre-Charles se orienta hacia el análisis de elementos, rasgos, características, presentes en los pueblos del Caribe y América Latina, que denotan coincidencias, que se repiten, desde el punto de vista histórico, étnico, sociocultural, que los une, que los hace parte de un todo, de una región o área determinada y que tienen, a su vez, un modo peculiar de manifestarse en cada uno de sus pueblos.

La dimensión nacional de la identidad se dirige hacia el análisis de la sociedad haitiana desde el punto de vista histórico, económico, político y social, a través de lo cual manifiesta su compromiso con la patria, la búsqueda de soluciones a los problemas acuciantes de esta sociedad y propuestas de desarrollo que involucran a los actores sociales que considera fundamentales en la realización de las transformaciones necesarias de Haití.

Esta visión identitaria de su pensamiento, puede servir de instrumento teórico y metodológico para el estudio de la vida latinoamericana, caribeña y haitiana, y contribuir al trazado de estrategias colectivas e individuales para el desarrollo de los países que conforman el área.

Reflexiones sobre la identidad racial y el patrimonio en Cuba

Pedro M. Tejera Escull
Maricelys E. Manzano García

Pudiera pensarse que la identidad racial no tiene relación con el patrimonio en Cuba, pero eso no excluye la posibilidad de reflexionar al respecto, si se toma en cuenta la riqueza de contenido del patrimonio cultural inmaterial. Por esa razón, resultan de interés estas reflexiones en términos probables en torno a la relación entre la identidad racial y el patrimonio inmaterial cubano.

El patrimonio

Una mirada sin mucho detalle, al comportamiento de los seres humanos a lo largo de su historia, podría llevar a la conclusión de que se trata de un acucioso depredador de sus propias creaciones. Las guerras y otras actitudes etnofágicas, expresadas en el comportamiento de las generaciones, dan cuenta de irresponsabilidad ante la propia creación humana. Tal vez, una actitud contraria es la que sitúa al patrimonio como recurso para frenar la depredación. En este caso sería una noción de hecho del patrimonio.

Por patrimonio puede entenderse el conjunto de bienes y derechos que componen el activo de una propiedad. En este sentido se asocia el patrimonio a bienes con un valor legativo, y cuya preservación resulta importante, como base para su multiplicación o acaparamiento. Así se introdujo desde las culturas más antiguas conocidas, representando a partir de este punto de vista, una noción de derecho.

Sin embargo, con el tiempo los bienes que componen el patrimonio como consecuencia lógica del desarrollo social acumulado se han ido multiplicando, la preocupación por su preservación se acentúa y la visión que tenemos acerca de su contenido se amplía. Hoy se habla de Patrimonio de la Humanidad, más allá de espacios estrechos, con conciencia de que lo preservado tiene significación universal. Las Naciones Unidas se han pronunciado por su identificación y preservación.

El concepto de Patrimonio de la Humanidad fue reconocido por la Unesco en 1972 como parte de la Convención para la Protección del Patrimonio Mundial, Cultural y Natural. Dicha convención internacional fija el marco administrativo y financiero para la protección del patrimonio de la humanidad cultural y natural, formado por

[...] los monumentos, conjuntos y parajes que poseen un valor universal excepcional desde el punto de vista de la historia, del arte o de la ciencia y por monumentos naturales, formaciones geológicas, parajes naturales que poseen un valor excepcional desde el punto de vista estético o científico.¹

En el presente análisis es de interés el patrimonio cultural. Este incluye todos aquellos elementos y manifestaciones tangibles o intangibles producidas por las sociedades, resultado de un proceso histórico, en donde la reproducción de las ideas y de lo material se constituye en factores que identifican y diferencian un país o región dado. Mientras que el patrimonio cultural de la humanidad lo compone no solo los monumentos y manifestaciones de la cultura popular, sino también las poblaciones o comunidades tradicionales, las artesanías y artes populares, la indumentaria, los conocimientos, valores, costumbres y tradiciones características de un grupo o cultura.

La especialista Marta Arjona, en *Patrimonio cultural e identidad* señala que: “un bien cultural es determinado como tal solo cuando la comunidad lo selecciona como elemento que debe ser conservado por poseer valores que trascienden su uso o función primitiva”.² En la Conferencia Mundial de la Unesco en 1982 sobre el Patrimonio Cultural celebrada en México, se elaboró una definición que contempla tales matices³. A partir de ello se habla de patrimonio cultural material e inmaterial. En este último se agrupan tradiciones orales, artes del espectáculo, rituales.

La Convención de la Unesco en 2003 para la Salvaguarda del Patrimonio Cultural Inmaterial lo define como los usos, representaciones, expresiones, conocimientos y técnicas que las comunidades, los grupos

¹ Convención sobre la Protección del Patrimonio Mundial, Cultural y Natural, 1972, p. 2, disponible en <https://culturalrights.net/es/documentos.php?c=18&p=186>

² Marta Arjona Pérez: *Patrimonio cultural e identidad*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1986, p. 20.

³ Unesco: Conferencia Mundial sobre el Patrimonio Cultural, México, 1982, p. 14, disponible en <http://biblioteca.udgvirtual.udg.mx/jspui/handle/123456789/2261>

y, en algunos casos, los individuos reconozcan como parte integrante de su patrimonio cultural⁴.

En relación con estas conceptualizaciones, en Cuba donde existe una Comisión para la Salvaguarda del Patrimonio Cultural Inmaterial, se identifican como resultados científicos a considerar: *El Atlas Etnográfico de Cuba: cultura popular tradicional*⁵, y *El Atlas de los instrumentos de la música folklórico-popular de Cuba*⁶.

Por otra parte, como expresiones músico-danzarías portadoras de la cultura cubana en la actualidad, existen registradas y atendidas 98 expresiones, distribuidas por toda la geografía del país. Según su tipología etnodemográfica existen:

- Dos agrupaciones de estirpe hispánico;
- veinticuatro de estirpe africano;
- veintidós del caribe insular, diecisiete de estirpe campesino;
- catorce pertenecen al son;
- siete a la rumba;
- doce a las populosas y arraigadas fiestas carnalescas.

La presencia de expresiones culturales identificables como Salvaguarda Urgente por su cualidad exclusiva de un solo territorio o localidad son:

- la casa-templo de Quebra Hacha (Conjunto de Kinfuiti), Mariel, Artemisa.
- Casa-templo de los tambores gangá (Gangá de Perico), Perico, Matanzas.
- Tambor Yuka, El Guayabo, Pinar del Río.
- Casa-templo Kalunga, Trinidad, Sancti Spíritus.
- Cabildo Kunalungo, Sagua La Grande, Villa Clara.

A partir de lo anterior, puede apreciarse que se privilegian aquellas construcciones de la cultura cubana, a los cuales se asigna un determinado valor, por sus orígenes, perdurabilidad, conservación de tradiciones, síntesis cultural y formas de recrear el ser cubano auténtico. Se parte de

⁴ Unesco: Convención para la Salvaguarda del Patrimonio Cultural Inmaterial, 2003, disponible en <https://ich.unesco.org/doc/src/01853-ES.pdf>

⁵ Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello y Centro de Investigación y Desarrollo de la Música Cubana, La Habana, 1999.

⁶ Centro de Investigación y Desarrollo de la Música Cubana, La Habana, 1997.

un determinado consenso y se trata de una asignación de significado. También se aprecia el carácter abierto del registro, así como la necesidad de la divulgación de dichos bienes. De esta forma, puede identificarse una tendencia desde que los organismos internacionales comenzaron a preocuparse y ocuparse de la preservación del patrimonio: la constante ampliación de los bienes y valores que se consideran como parte del patrimonio. Primero patrimonio cultural mueble e inmueble, luego cultural tangible e intangible, lo cual plantea constantemente la pregunta de qué se incluirá dentro del mismo.

Entonces queda a la investigación y al consenso de los pueblos, sumar nuevos bienes patrimoniales, y la búsqueda de otros procesos o manifestaciones que cumplan semejantes requisitos, y sobre todo que, posean atributos, que puedan ubicarlos en esta condición. En función de esta apreciación, la autora Laura Cruz Ríos señala:

La razón, innegable, de ser capaces de reconocernos en nuestros espacios, fronteras, perspectivas, experiencias; de reencontrarnos con nuestra historia; interpretarnos, asimilarnos, buscar de nosotros, los modelos de expresión; nos convierten, sin dudas, en defensores voluntarios e involuntarios del patrimonio cultural inmaterial y de su capacidad identitaria creativa y dinámica.⁷

Habría que indagar, precisamente, en las manifestaciones originales de la esencia y la existencia del cubano y su capacidad de síntesis de lo regional y universal. Desde esta posición es que se investiga en la racialidad cubana y su expresión específica en la identidad racial, donde estos procesos son portadores de una genuinidad exclusiva, y donde ha existido vanguardismo en la proyección de la solución de los principales problemas asociados a ella, que sitúan tal problemática en un escalón diferente, orientando tal vez el camino y los riesgos de emprenderlo sin tomar en consideración la experiencia local. Desde este ángulo de análisis y sin llegar a considerarlo un bien del patrimonio inmaterial, se plantea el presente análisis como una relación digna de tomarse en consideración.

⁷ Laura Cruz Ríos: "El patrimonio inmaterial y la cultura popular tradicional cubana: La sociedad de Tumba Francesa La Caridad de Oriente", ponencia presentada en la Octava edición del evento Ciudad, Imagen y Memoria, Facultad de Construcciones, Universidad de Oriente, Santiago de Cuba, disponible en <http://www.researchgate.net/publication/239608107>

La racialidad

El tratamiento dado a este tema en Cuba encuentra en Fernando Ortiz uno de sus promotores destacados. En su contexto elaboró un concepto que sirvió como instrumento en sus investigaciones antropológicas que tanto conocimiento científico aportó, reconocido hasta hoy. Expresa el funcionamiento de las relaciones entre las razas en Cuba. Pero más allá de su valor teórico, en el orden práctico, la complejidad alcanzada por las relaciones raciales en Cuba ha exigido de nuevos estudios, entre los que se destaca la obra de Zuleica Romay⁸, la cual reinterpreta dicho concepto y lo adapta a los nuevos contextos y perfiles que adopta la problemática racial en Cuba en nuestros días. El cuadro actual es continuidad del precedente y distinto al mismo tiempo. La virtud del concepto de Romay es que permite aproximarse a la supervivencia de los prejuicios raciales, a partir del contenido de lo que ella define como racialidad.

El concepto que aquí se estudia recoge la dinámica de las relaciones interraciales, haciendo el énfasis en su expresión objetiva, más allá de la conciencia y la voluntad de los sujetos. Sin embargo, la identidad se manifiesta en el universo reflexivo de los sujetos involucrados en una racialidad. Si en otras prácticas sociales se distinguen razas a partir de determinados criterios (genéticos, fenotípicos), en el caso cubano la materialización del concepto se produce a partir del color de la piel como indicador significativo en una nación mestiza desde sus orígenes.

El Preámbulo de la Constitución de la República de Cuba de 2019 consagra el “cubanos” como un todo, depositario de una herencia de varios siglos. Al mismo tiempo reconoce como ley suprema “el culto de los cubanos a la dignidad plena del hombre”, según aspiración del Héroe Nacional José Martí. Así, la constitución actual se convierte en recurso para combatir toda manifestación que divida o discrimine a los cubanos, en el todo o en las partes.

En el articulado aparecen consideraciones importantes que expresan el tratamiento a esta temática en el contexto de dicho documento, aprobado en referéndum por el 86,85 % de los electores cubanos que ejercieron el voto el 24 de febrero de 2019⁹. En el artículo 13 f) del capí-

⁸ Cfr. Zuleica Romay Guerra: *Elogio de la altea o las paradojas de la racialidad*, Fondo Editorial Casa de Las Américas, La Habana, 2012.

⁹ Todas las referencias de la Constitución de la República de Cuba se realizan por el texto de esta edición (páginas 9, 13, 18, 37, 37).

tulo I (Título I) el Estado “garantiza la dignidad plena de las personas”. En el subsiguiente inciso (h) se protege el patrimonio natural, histórico y cultural de la nación. De esta forma se establece en el texto una relación entre cultura y patrimonio, inspiradora del presente análisis. En el artículo 16 g), en el capítulo II del mismo Título, se destaca la defensa y protección de los ciudadanos en el disfrute de los derechos humanos y se repudia cualquier manifestación de racismo o discriminación. En el artículo 17 del mencionado capítulo se declara que se concede asilo a los que luchan contra la discriminación y el racismo. En el Título V, artículo 42, se declara la dignidad como “[...] valor supremo que sustenta el reconocimiento y ejercicio de los deberes y derechos consagrados [...]” y en el artículo 41 se plantea que la garantía de los derechos humanos está en correspondencia con el principio de no discriminación.

En el artículo 42 se proclama la igualdad ante la ley, la no discriminación por origen étnico y color de la piel en el mismo capítulo. En este caso, se distingue en el texto constitucional la especificidad del color de la piel en la evaluación del problema racial en Cuba y se distingue la cuestión del origen étnico. Por otro lado, se vincula la discriminación por el color de la piel con la dignidad humana sobre la base de la lucha por la igualdad de todos y todas.

La integridad de lo cubano, por tanto, obtuvo reflejo en la Ley Primera, aprobada por una mayoría significativa de los electores. Lo cubano funciona como referente de comparación por encima de otros distingos en el orden racial, étnico y/o de otro tipo. La distinción por razón de origen desde el siglo XVI: ibéricos, africanos, chinos, llevó a la diferencia entre los que nacieron en Cuba y los que vinieron de otros lares, planteándose, de esta forma, la cuestión en otro nivel de análisis, es decir, lo cubano frente a lo otro; no importaba de dónde viniera, el asunto consistía en que era extranjero. En la medida que avanzaba la forja de la nación, independientemente del color de la piel o de la riqueza, el que nacía en la Isla era cubano y distinto del que venía de otros lares. En algún momento se utilizó el término de “aplantado” para el extranjero que trataba de transfigurarse en cubano. De todas formas, lo que no se pudo evitar fue que creciera el prejuicio entre cubanos y se reprodujera en el tiempo.

En Cuba, prácticamente desapareció la raza aborígen en términos físicos, y como consecuencia en la conformación de la cultura cubana sus creaciones no impactaron con fuerza. Tal vez por esta circunstancia propia de la Isla, las demás culturas arribantes con sus portadores migrantes, en

un panorama histórico específico, se mezclaron a tal punto, que gradualmente se evolucionó hacia lo criollo y lo cubano, diferenciándose de las partes constitutivas, las cuales terminaron siendo solo extranjeras. Esta característica ubicó a los cubanos, mestizos en pureza, independientemente del color de su piel en una misma etnia. De ahí que Jorge Ibarra Cuesta¹⁰ la definiera como nación uniétnica; sin embargo, al interior los distingos raciales se enquistaron a partir del color de la piel y en menor medida el pelo, y otros rasgos fenotípicos, los cuales han ido perdiendo significación.

Así, el problema racial en Cuba es el problema negro. Esto se debe a la manera en que se fraguaron y profundizaron las desigualdades en Cuba y se afianzaron desde lo político. En el imaginario social de los cubanos, el blanqueamiento constituye una aspiración de progreso, no solo racial, sino también social. De esta forma, esa barrera objetiva que es el color de la piel, se flexibiliza a partir de los numerosos apelativos que se han inventado para blanquear a las personas. Resulta que en Cuba “mulatico” es un color de piel —prieto, jabao, trigüeño, aindiado, pardo— son apelativos típicos, y hasta se utiliza el “mestizo” como color de la piel. A cualquier cosa se recurría para no enfrentar la realidad objetiva del color de la piel. También se introducen los tonos (mulatico claro, trigüeño oscuro) que al final termina por no entenderse nada.

La raza en Cuba es el color de la piel, rasgo inmutable, pues las cuestiones del cabello pueden ser disfrazadas (o con el corte de cabello, su tratamiento químico u otro artilugio) en una sociedad mestiza. Otros rasgos fenotípicos no tienen tanta relevancia, justamente por el grado alcanzado en el mestizaje. La tendencia al blanqueamiento constituye una de las respuestas del cubano al temor al negro predominante en la colonia; aunque hoy, superado ese temor, persiste la tendencia al blanqueamiento como símbolo de progreso racial.

Un hito importante en la evolución de la racialidad en Cuba fue el triunfo de la Revolución en 1959. Por constituir uno de los problemas sociales más álgidos, se adoptaron importantes medidas que, aunque no solo atendían a la solución del problema racial, sí impactaban de forma positiva en su solución, en tanto estaban dirigidas a lograr la igualdad social de los cubanos todos. La actitud enérgica de la Revolución ante el

¹⁰ Cfr. Jorge Ibarra Cuesta: *Patria, etnia y nación*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2007.

problema racial también contribuyó, al mismo tiempo, a su invisibilización¹¹. Esto se debió igualmente a la creencia de que las medidas jurídicas y políticas adoptadas determinarían la solución gradual del problema.

Amparados en ese tabú surgido, diversas manifestaciones de racismo y prejuicios raciales se replegaron y se enquistaron en chistes, refranes, cuentos, y de alguna manera llegaron al teatro y a la pantalla de la televisión, con una fuerte carga de humor que le servía de eficaz disfraz. En estas expresiones se relaciona el problema racial con la cultura y el nivel de instrucción, con la tenencia de dinero y de recursos materiales. El análisis de esas manifestaciones constituye una exclusividad que pocas naciones comparten.

Sin embargo, si bien se modificó notablemente el panorama, el problema racial se desplazó al interior de la vida privada y se reprodujo en términos de prejuicios, significados, aspiraciones, en otro plano de redimensionamiento de las desigualdades sociales y acompañado de prácticas culturales favorecedoras de tal reproducción. Podríamos decir que el racismo se desplazó de la conducta a la actitud, enmascarándose, pero se mantuvo ahí y comenzaron a apreciarse sus resultados en determinadas estadísticas que finalmente alarmaron y dispararon nuevamente los estudios acerca de la racialidad y sus manifestaciones más recientes. Igualmente, se incorporaron de manera reactiva otras medidas cuyas consecuencias están por verse.

La identidad racial, por otro lado, se erige como construcción subjetiva sobre la racialidad dada. Está relacionada con la manera de asumirse los sujetos raciales y su proyección concreta en el contexto de la racialidad. Está vinculada a la asimilación de símbolos, patrones culturales, códigos, imaginarios, ideales, proyecciones de lo que se quiere ser, a partir de lo que se es. Posee un componente autovalorativo y una visión desde el otro. Aunque el término ha sido definido por determinados autores de forma operativa, entonces, debido a la especificidad del caso que tratamos consideramos oportuno partir de una definición conceptual que nos permitirá mayor precisión en los razonamientos subsiguientes.

De esta forma, se define identidad racial como parte de la identidad personal construida desde la subjetividad humana, en su relación con la identidad en general, que se establece a partir de un elemento objetivo,

¹¹ Maricelys Manzano García: *La construcción de la identidad racial en Cuba. Contradicciones y tendencias*, tesis doctoral, Universidad de Oriente, Santiago de Cuba, 2015.

el color de la piel y presupone la asunción de este en el conjunto de características fenotípicas, junto a otras que, asignadas desde la tradición por los individuos, sin prejuicios; como valores a uno u otro grupo racial. La identidad racial en su interior incluye:

- Relación cada vez más cercana entre la identidad potencial y la desplegada, capacidad de insertarse, asumiendo niveles y capas como planos identitarios de manera armónica.
- Sentido del ser, entendido como la capacidad de reconocerse a sí mismo sin eufemismos que tiendan al blanqueamiento como ideal alcanzado o aspirado, significación social positiva de las características identificadas como valores para los diferentes grupos que permita desarrollar el sentido de pertenencia, mismidad o de ser.¹²

La asunción difusa de la identidad racial puede transformarse en positiva, cuando algunos elementos diferenciadores, no solo sean vividos en su carácter denotativo, sino dotado de valores para el grupo y utilizado como medio simbólico de afirmación de la identidad propia, que no aleja del otro racial, al contrario, lo complementa como parte de un grupo mayor, en este caso el cubano.

La identidad racial y el patrimonio

De esta forma, la manera de asumirse los cubanos desde la racialidad atesora algunas particularidades a tomar en cuenta como valores de significación para y más allá de la Isla. Por tanto, la identidad racial no tiene un valor en sí, sino los procesos que se articulan en torno a ella, los cuales conservan elementos que podrían ser patrimoniales, según la perspectiva en que se evalúen.

Por un lado, se ha producido una mezcla racial con rasgos *sui generis*, expresados no tanto en la diversidad racial, que contiene ricos matices como puede apreciarse por la variada coloración de la piel de los cubanos, sino en el modo que las culturas originarias se fundieron en el crisol de la nacionalidad y se reflejan en la conciencia y comportamiento de los individuos.

Así al interior de lo cubano se transfiguró la racialidad, adoptando formas específicas. Por otra parte, se fue entronizando con el tiempo una

¹² *Ibidem.*

flexibilidad apreciativa en torno al color de la piel, la cual se acentuó a partir de las transformaciones introducidas por la Revolución cubana en la dinámica racial. Precisamente, esa flexibilidad apreciativa es expresión de la erosión subjetiva de las posiciones firmes frente a la diferencia. Así se constituye en componente práctico de una nueva identidad racial.

Esas especificidades constituyen valores para la nación cubana dignos de estudiar, en torno a los cuales puede surgir el consenso necesario para evaluar su preservación. Al mismo tiempo, el tratamiento dado por la Revolución al enfrentamiento al problema racial y su repliegue y reproducción a través del tiempo, son indicativos de la complejidad de la solución de un problema que deberán enfrentar otras sociedades. Por tanto, la realidad lograda y los procedimientos pudieran ser considerados bienes a tomar en consideración por otras naciones en la solución del tema en cuestión.

En resumen, la singularidad de los procesos de identidad racial en Cuba, asociados a la forja de la nacionalidad en un contexto *sui generis*, matizados posteriormente por el impacto de la práctica dignificadora de la Revolución iniciada en 1959, confiere a la misma un gran valor patrimonial para la nación.

Si se evalúa la tendencia que subyace en la dinámica identitaria de Cuba en la actualidad, en correspondencia con los propósitos de construcción de una sociedad más justa, digna y equitativa, entonces, la singularidad cubana adquiere valor como ejemplo para otras naciones en la solución del problema racial desde el énfasis en la construcción de una identidad racial positiva. La obra de la Revolución en materia de erradicación de la discriminación racial ha sido entorpecida por la supervivencia de prejuicios y prácticas culturales en el ámbito privado que han permitido la permanencia del fenómeno, considerado inconstitucional. La experiencia acumulada es útil no solo en términos positivos, sino que sienta un precedente de tratamiento para otras naciones semejantes.

De los autores

ADELSA MARTÍNEZ LABAÑINO (1967). Licenciada en Filosofía Marxista Leninista. Máster en Estudios Comunitarios. Profesora Asistente de la Universidad de Oriente.

ADRIANA MERCEDES ORTIZ BLANCO (1962). Licenciada en Filosofía Marxista Leninista. Máster en Estudios Cubanos y del Caribe. Doctora en Filosofía. Profesora Titular de la Universidad de Oriente. Miembro Tribunal Nacional de Ciencias Filosóficas. Experta de la Junta de Acreditación Nacional del Ministerio de Educación Superior. Miembro de la Unión de Historiadores de Cuba.

AIMÉ TERESA ORTIZ BLANCO (1967). Licenciada en Educación Marxismo Leninismo Historia. Máster en Ciencias Sociales y Pensamiento Martiano. Doctora en Pedagogía. Profesora Titular de la Universidad de Oriente. Profesora principal de la disciplina Marxismo Leninismo en la carrera Licenciatura en Educación Marxismo Leninismo Historia.

BERTHA NUDIS FERRER HECHAVARRÍA (1963). Licenciada en Filosofía Marxista Leninista. Máster en Estudios Comunitarios. Profesora Auxiliar de la Universidad de Oriente.

CARMINA PÉREZ PELIPICHE (1958). Profesora Asistente de la Universidad de Oriente. Autora de varios artículos sobre la formación del docente.

CELIA SÁNCHEZ FERRER (1988). Ingeniera en Telecomunicación. Máster en Sistema de Telecomunicación. Delegación Provincial del Ministerio del Interior Santiago de Cuba.

DALIA DE JESÚS RODRÍGUEZ BENCOMO (1964). Doctora en Filosofía. Profesora Titular de la Universidad de Oriente. Coordinadora de la maestría Estudios Cubanos y del Caribe. Miembro del Tribunal Nacional de Ciencias Filosóficas, del Consejo Científico Universitario, Consejo de las Ciencias Sociales del Ministerio de Ciencias, Tecnología

e Innovación (Citma) en Santiago de Cuba. Experta en Ciencias Sociales del programa de energía en el Citma, Santiago de Cuba.

JESSICA TORRES RODRÍGUEZ (1997). Licenciada en Filosofía. Profesora de la Secundaria Básica Antonio Maceo Grajales, Mangos de Baraguá, municipio Mella, Santiago de Cuba

JORGE MONTOYA RIVERA (1957-2020). Graduado en Licenciatura en Filosofía en la Universidad de Oriente (1982). Laboró en el Centro de Estudio de Educación Superior Manuel F. Gran, de la Universidad de Oriente, Santiago de Cuba. Profesor Titular y Doctor en Ciencias Pedagógicas. Impartía las asignaturas de Filosofía, Estética, Apreciación e Historia del Arte, Filosofía del Arte y de Historia de la Filosofía en pregrado. Impartía conferencias en la formación de doctores, con los contenidos de Filosofía, Sociología y Antropología de la Educación, además de ser especialista en Epistemología de la Pedagogía de la Educación Superior. Realizó múltiples investigaciones en las esferas antes mencionadas. Posee una amplia publicación científica, entre las que se encuentran: “El proceso de investigación científica” (Universidad Estatal de Bolívar, Ecuador) y “Didáctica: Lógica de la investigación y construcción del texto científico”, Universidad Libre de Colombia. (Colombia, coautor), entre otras. Ha participado en eventos nacionales e internacionales, así como en talleres, conferencias y reuniones científicas. Por su nivel de especialización es consultante y tutor de diversos trabajos investigativos de maestrías y doctorados, tanto a nivel nacional como internacional. Dirigió más de 40 tesis doctoral como tutor. Fue miembro del Tribunal de Grado Científicos de la Región Oriental en Ciencias Pedagógicas.

KENIA DORTA ARMAIGNAC (1970). Licenciada en Historia del Arte. Investigador Agregado y Profesor Auxiliar de la Universidad de Oriente. Miembro del Departamento Historia y Patrimonio. Fue Coordinadora Académica del Coloquio Internacional El Caribe que nos une desde 2000 hasta 2019. Se desempeñó como Subdirectora de Investigaciones de la Casa del Caribe desde 2006 hasta 2019. Miembro del Consejo Editorial de la revista *Del Caribe* desde 2007 hasta 2019. Miembro de Unión de Historiadores de Cuba, y de la Asociación de Estudios del Caribe.

LÍDICE DUANY DESTRADE (1971). Licenciada en Filosofía Marxista Leninista. Doctora en Filosofía. Profesora Titular de la Universidad de Oriente. Experta de la Junta de Acreditación Nacional del Ministerio

de Educación Superior. Miembro del Tribunal Nacional Permanente de Ciencias Filosóficas.

LUISA CARRIÓN CABRERA (1963). Licenciada en Filosofía Marxista Leninista. Doctora en Filosofía. Profesora Titular. Jefa Departamento Marxismo Leninismo de la Universidad de Oriente. Miembro de la Unión de Historiadores de Cuba.

MARÍA DE LOS ÁNGELES REINA GONZÁLEZ (1958). Licenciada en Filosofía Marxista Leninista. Doctora en Pedagogía. Profesora Titular de la Universidad de Oriente.

MARÍA DEL CARMEN RODRÍGUEZ LÓPEZ (1962). Licenciada en Filosofía Marxista Leninista. Máster en Estudios Cubanos y del Caribe. Profesora Auxiliar de la Universidad de Oriente. Presidenta de la Cátedra Honorífica Ernesto Guevara de la Serna.

MARICELYS E. MANZANO GARCÍA (1965). Licenciada en Filosofía Marxista Leninista. Máster en Desarrollo Cultural Comunitario. Doctora en Ciencias Filosóficas. Profesora Titular de la Universidad de Oriente. Experta de la Junta de Acreditación Nacional del Ministerio de Educación Superior. Miembro del Tribunal Nacional Permanente de Ciencias Filosóficas. Directora de Formación del Profesional Universidad de Oriente.

NÁYADE REYES PALAU (1967). Licenciada en Educación Marxismo-Leninismo Historia. Máster en Ciencias de la Educación. Doctora en Ciencias Pedagógicas. Editora del sello Ocean Blue, Ecuador.

NERIS RODRÍGUEZ MATOS (1953). Doctora en Filosofía. Profesora Titular, Profesora Consultante, investigadora del Centro de Estudios Cubanos y Caribeños (Cesca) de la Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Oriente, Cuba. Miembro Tribunal Nacional de Ciencias Filosóficas.

ORLANDO VERGÉS MARTÍNEZ (1963). Licenciado en Historia Universidad de Oriente. Miembro del Consejo Técnico Asesor de la Dirección Provincial de Cultura de Santiago de Cuba. Coordinador General del Festival del Caribe de Santiago de Cuba. Ha participado en varios eventos en diferentes países del área del Caribe, donde también ha presentado ponencias y dictado conferencias sobre temas de la cultura y las tradiciones cubanas y sus equivalentes en el Caribe. Ha trabajado en la organización y ejecución de los Festivales del Caribe desde 1992. Es fundador de la Casa de las Tradiciones. Miembro del jurado en varias ediciones

del Carnaval de Santiago de Cuba y de otras ciudades del oriente cubano, así como de los Carnavales de Santiago de los Caballeros en República Dominicana y en los de Recife, Brasil. Director de la Casa del Caribe, Santiago de Cuba.

PEDRO MANUEL TEJERA ESCULL (1959). Licenciado en Comunismo Científico en la antigua URSS. Doctor en Ciencias Filosóficas. Profesor Titular. Experto de la Junta de Acreditación Nacional y de la Dirección de Marxismo Leninismo e Historia del Ministerio de Educación Superior. Metodólogo de Trabajo Político Ideológico Universidad de Oriente.

ROSALÍA DÍAZ SUÁREZ (1962). Licenciada en Filosofía Marxista Leninista. Máster en Estudios Cubanos y del Caribe. Profesora Auxiliar. Subdirectora docente del Conservatorio Esteban Salas.

VIVIAN CHERDYS NOBLET VALVERDE (1984). Santiago de Cuba. Licenciada en Filosofía Marxista Leninista. Máster en Ciencias Sociales y Pensamiento Martiano. Profesora Auxiliar de la Universidad de Oriente.

YOLANDA E. CORUJO VALLEJO (1958). Doctora en Filosofía. Profesora Titular de la Universidad de Oriente.

Índice

Prólogo • 5

Parte I. Conceptualizando la identidad y la cultura • 11

Aproximación a la teoría de la identidad • 13

Identidad cultural. Más allá de un concepto • 29

Desafíos de la identidad frente a la diversidad cultural • 37

Autoconciencia, cultura e identidad • 43

Cultura histórica, memoria histórica e identidad. Retos y desafíos • 50

Costumbres, tradiciones, memoria histórica, patrimonio e identidad: ¿exigencias o necesidades de existencia? • 61

Parte II. La identidad analizada en su contexto • 77

Reflexiones acerca de nuestra identidad nacional • 79

La haitianidad en el contexto de la cultura popular tradicional cubana • 91

Factores influyentes en la formación de las culturas caribeñas • 96

Identidad y problemática racial • 101

Cultura ambiental, identidad y desarrollo comunitario • 111

Identidad contemporánea en El Cobre: el mercado de vírgenes • 119

Parte III. Diferentes miradas a la identidad y la cultura • 125

Connotación de Fernando Ortiz en el proceso de identidad cultural cubana • 127

Felipe Martínez Arango y la conservación del patrimonio cultural • 134

Suzy Castor. Haití, historia y destino • 148

Acercamiento al pensamiento identitario de Gérard Pierre-Charles • 157

Reflexiones sobre la identidad racial y el patrimonio en Cuba • 166

De los autores • 177

Este libro es una compilación de trabajos que nos introducen en el análisis del complejo fenómeno de la identidad en una gama amplia de relaciones y matices que invitan a la reflexión.

Los autores participantes, investigadores de la Universidad de Oriente y de la Casa del Caribe de Santiago de Cuba, nos presentan resultados que han constituido parte de proyectos de maestrías y doctorados; otros introducen novedosos análisis que encontrarán en este espacio su primera socialización importante.

Está organizado en tres partes. La primera compendia textos que se conceptualizan como estudios de la identidad y la cultura. La segunda, analiza la identidad en su contexto y condiciones históricas, la cubanía, la haitianidad, la cultura caribeña, la problemática racial, la cultura ambiental, entre otros temas. Finalmente, se incluyen artículos que enfocan la identidad y la cultura desde diversas miradas.



Ediciones UO

ISBN: 978-959-207-689-1



9 789592 076891